

JULIO ARDILES GRAY

TRES CLÁSICOS REMOZADOS

EURÍPIDES

BOCCACCIO

CALDERÓN

ÍNDICE

	Página
Notas preliminares.....	3
<i>ELECTRA</i> , de Eurípides.....	7
<i>CUENTOS DEL DECAMERÓN</i> , de Boccaccio.....	68
<i>QUÉ ES JUSTICIA Y NO VENGANZA</i> <i>o EL HONOR DE UN BUEN VILLANO</i> (prosificación de <i>El Alcalde de Zalamea</i> , de P. Calderón de la Barca).....	146

NOTAS PRELIMINARES

ELECTRA

El texto siguiente de Eurípides se basa en las traducciones al castellano de diversos autores españoles y franceses.

Las intervenciones del corifeo, coro y semicoro han sido puestas en versos alejandrinos para hacer más fácil el escandido rítmico de la melopea.

No se han aceptado las tres unidades clásicas de tiempo, lugar y acción, como así tampoco el precepto de que las muertes no deben ocurrir en escena sino ser anunciadas por mensajeros u otros personajes.

CUENTOS DE BOCCACCIO

Elegí cinco cuentos de *El Decamerón* no solo por las posibilidades de ser teatralizados sino porque sus temas tienen una larga trayectoria en la historia del teatro. Algunos nacen en la Edad Media y llegan hasta el siglo XVIII como el del *furbo* o pícaro que utiliza su ingenio para vencer a los

poderosos. No solo es personaje de narraciones como así también de algunos *lazzi* de la Comedia del Arte. Sedujo a Moliere (cuyo maestro fue el italiano Tiberio Fiurelli) y a Goldoni en el Siglo de las Luces. El otro tema es el de la feroz crítica en contra de la corrupción del clero que, dos siglos más tarde, provocaría el estallido de la Reforma y de la Contrarreforma. Otro tema es el del viejo rico que se casa con una joven doncella, violando la ley de la Naturaleza y por lo cual es castigado. Y por último, el tema del bobo que sufre una broma cruel a manos de despiadados burladores, tema que también proviene de la Edad Media y ha recorrido no solo toda Europa, sino que hasta forma parte de la tradición oral del Norte Argentino donde el opa es el centro de los cuentos de humor negro. En la Francia medieval, este tipo de farsa o canular dio nacimiento a la *sottie*, de sot/sotte (tonto y tonta).

Los cuentos de *El Decamerón* son:

“Un alma en el Purgatorio” es la Octava Narración de la Segunda Jornada a cargo de Laurita;

“El árbol encantado” ha sido tomado de la Narración Novena de la Séptima Jornada contada por Emilia;

“El hortelano mudo” pertenece a la Narración Primera de la Tercera Jornada recitada por Filostrato;

“El avaro cornudo”, Narración Primera de la Séptima Jornada dicha por Neifile y

“El hombre preñado” pertenece a la Narración Primera de la Tercera Jornada contada por Filomena.

QUÉ ES JUSTICIA Y NO VENGANZA O EL HONOR DE UN BUEN VILLANO

La tercera pieza es una prosificación de *El alcalde de Zalamea*, de don Pedro Calderón de la Barca. Es posible que muchos pongan el grito en el cielo y me acusen de criminal literario. Pero ocurre que en la obra de Calderón lo importante es el tema y no la versificación: el conflicto entre el derecho natural y el derecho positivo. Es milagroso que Calderón, en pleno Siglo de Oro, haya arremetido en contra del fuero militar, causa irritante de injusticias y desigualdades. Es cierto que al final, la sabiduría del rey, fuente de toda verdadera justicia, aprueba la conducta de Pedro Crespo; quizás una forma de cubrirse que tuvo el autor, en previsión de las iras castrenses que el tema habría de despertar.

Por otra parte, en estas latitudes no existe una tradición del teatro en verso y los actores se ven en verdaderos aprietos por el metro y la rima, en general octosilábicos y asonantados-consonantados, cuyo recitado casi siempre es una invitación al sonsonete.

De igual modo, en esta prosificación se han evitado ciertas formas idiomáticas vigentes en el castellano de España y de muchos países latinoamericanos pero que no se usan en esta zona lingüística del Río de la Plata. Por eso, he sustituido el pronombre *vosotros* y su correspondiente conjugación verbal –causa inevitable de desgraciados furcios–, por el *ustedes*. La elipsis del pronombre *tú* responde a las mismas causas.

Por todo ello creo que la obra de Calderón puede estar más cerca de nosotros y que el “sacrilegio” merece la pena.

Julio Ardiles Gray

ELECTRA

Versión moderna de la tragedia de
Eurípides

A Clara Sterbik (in memoriam)
y María Elena Vela (in memoriam)

ADVERTENCIA

La melopea del coro y semicoro deberá ser tratada musicalmente como un recitativo operístico a dos voces. Un conjunto de percusión integrado por un derbake árabe –o bongó–, claves y sistros marcará el escandido de los versos. La coreografía deberá apoyarse en pasos lentos y gestos ampulosos.

ESCENA I

CORIFEO:

– El rey Agamenón con mil naves de guerra
llevó la muerte cruel y el terror a esa tierra.
Puso proa, hace mucho, hacia costa troyana
y arrebatole a Príamo esa joya dardana.
Ya de vuelta en su Argos tras muy largos caminos
colmó los sacros templos, sus altares divinos,
con miles de despojos logrados en combate.
Pero vida tan alta traidora mano abate
y después de haber visto tanta y tanta ventura

fue el palacio de Argos su hueca sepultura.
Clitemnestra, la bella, tendió su trampa astuta:
el acero de Egisto del pecho halló la gruta
donde mana la sangre y el ronco grito ardiente,
donde la vida duerme como oscura serpiente.
El traidor posee ahora la mujer del atrida
que al partir para Troya dejó un varón, Orestes;
y Electra, adolescente, espera de la vida
el furor desatado que llegará del Este
lugar adonde fuera, de manos de un anciano,
para escapar del odio y el miedo del tirano.
Electra, dulce joven, llegó a la edad florida,
príncipes soberanos de nobleza escogida
su mano pidieron, muchos grandes de Grecia,
a los que el cruel Egisto teme, niega y desprecia.
Teme que la doncella conciba de un argiano
un hijo que el ultraje vengue con dura mano.
Y pensó varias veces por eso en darle muerte.
Pero el traidor al cabo le reservó otra suerte.

SEMICORO:

— Diola a un pobre pastor a pesar de su estado

y con monedas de oro, dijo, sería colmado
aquel que diera muerte al príncipe doliente
que aguarda la venganza en la tierra focense.
Por ser tan pobre, Egisto puso en él su mirada
y por marido a Electra dióselo en desposada.

SEMICORO:

— Es cierto que sus padres vivieron en pobreza
y sin el vil dinero no es nada la nobleza.
Siendo el marido débil, lo será su temor.
Siendo el marido fuerte escuchará el clamor
del crimen que aun dormido pide al cielo venganza.
Siendo el marido débil, débil será la alianza.

SEMICORO:

— Pero él respetó bien a la virgen Electra
y ha eludido las trampas de la cruel Clitemnestra.

CORO:

— No importa que haya quienes lo llamen desdichado
por conservar su esposa en lecho inmaculado.
Piensa siempre en Orestes, noble y triste criatura

que un día vendrá a Argos desde su desventura.

Y llorará la suerte y el sino de su hermana

sumida en el rencor en edad tan temprana.

¡Silencio!, que nuestros pasos guíe la divina prudencia,

ya el aire nos delata vengadora presencia.

(Electra y el labrador salen de la casa. Ella está vestida pobremente, lleva un cántaro con el cual irá a buscar agua al río).

ESCENA II

Electra y el Labrador

LABRADOR: No es necesario que realices trabajos tan duros. No estás acostumbrada a ellos. Yo puedo hacerlos en tu lugar.

ELECTRA: Quiero aliviarte en tu trabajo, hacer nuestra vida más fácil y compartir contigo todas las penurias. Déjame el cuidado del hogar. A ti te corresponden las tareas del campo. Me complace enormemente verte feliz cuando a tu regreso, por la tarde, encuentras toda la casa en orden.

LABRADOR: Por suerte el agua no está lejos de la casa. En cuanto amanezca llevaré las vacas a pastar y luego sembraré en los surcos que ayer he abierto con el arado.

ELECTRA: Antes de irme quiero decirte una vez más que siempre seré tu amiga. Te estoy reconocida porque me cuidas como una hermana y porque nunca has intentado abusar de la desgraciada condición en que me encuentro.

(Electra y el Labrador salen de escena).

ESCENA III

CORO:

— ¡En medio de las sombras llega a tu orilla, oh, río!

Va en busca del agua, tiembla, ¡oh, noche!, de frío.

Sus quejas lanza al éter, triste, pobre, ultrajada,

reducida a miseria, lejos de su morada.

¡Oh, sombra de su padre, escucha ya su llanto!

¡Oh, dioses inmortales!, ¿por qué ha de sufrir tanto?

¡Negra noche, nodriza de toda blanca estrella

Ve la obra acabada de esa mujer, de aquella

que dice ser su madre y que le dio la vida
y que ahora, maldita, alimenta su herida!

(Entran en escena Orestes, Pílates y séquito)

ESCENA IV

(Orestes, Pílates y séquito).

ORESTES: (a Pílates) Nunca podré pagarte tanta fidelidad para conmigo. De todos mis amigos fuiste el único que permaneció a mi lado, a pesar de la suerte cruel a la que me ha condenado Egisto. ¡Egisto, el hombre que mató a mi padre con la ayuda de mi madre, maldita sea!

PÍLADES: No hice otra cosa sino retribuir tu afecto.

ORESTES: Esta noche he visitado a escondidas la tumba de mi padre y he llorado largamente sobre ella. Antes de partir le he dejado unos mechones de mi cabello como última ofrenda. No quiero entrar en la ciudad porque algún espía del tirano podría descubrirme. Necesito encontrar a mi hermana. Me dicen que se casó pero no sé con quien. Necesito encontrarla para que me ayude en mi venganza. Tenemos que preguntar dónde vive. Algún campesino podrá informarnos si mi hermana vive en estos lugares.

PÍLADES: ¡Escucha! ¡Alguien viene! ¡Es una sirvienta! Trae la cabeza rapada y en sus manos lleva un cantero con agua. Ocultémonos y vigilemos a la muchacha.

(Los dos se apartan. Electra entra en escena llevando el cántaro sobre su cabeza. Se dirige hacia un túmulo funerario sobre el cual derrama agua. Se arrodilla y golpea rítmicamente sobre la losa con los puños cerrados y canta su invocación a los muertos).

ESCENA V

Electra, Orestes, Pílates y el Coro

ELECTRA: ¡Padre mío, regresa, regresa de las sombras, es Electra, tu hija, quien te llama y te nombra. El invierno termina, viene la primavera; quiero verte de nuevo y dormirme a tu vera.

CORO:

— ¡No regresan jamás aquellos que están muertos!

¡No regresan jamás aquellos que están yertos!

ELECTRA: Desátate y regresa, destruye todo lazo,

Líbrate de la muerte, de su fatal abrazo.

¡Te necesito, padre, tu larga ausencia lloro,
Vuelve desde la noche, de rodillas te imploro!

CORO:

— ¡No regresan jamás aquellos que están muertos!
¡No regresan jamás aquellos que están yertos!

ELECTRA: Vuelve como volviste, con lanza vengadora,
De los muros de Ilión, que ha sonado la hora.
Te conjuro a que vuelvas por el agua y el canto.
¿No ves cómo mis ojos derraman triste llanto?
Te convoco ya mismo para una nueva guerra.
¡Limpia tu hermoso rostro de la red de la Tierra!

CORO:

— ¡No regresan jamás aquellos que están yertos!
¡No regresan jamás del reino de los muertos!
(Orestes y Píldes se adelantan. Electra trata de huir)

ORESTES: No tengas miedo. ¡No trates de huir!

ELECTRA: ¿Qué quieres? ¡Tienes una espada! ¿Quieres matarme?

ORESTES: ¡Prefiero matar a otros a quienes odio!

ELECTRA: ¿A quién buscas? ¿Por qué me miras de ese modo?

ORESTES: Nadie puede acercarse a ti con más derecho que yo.

ELECTRA: ¿Por qué, entonces, esa espada? ¿Qué buscas en mi casa?

ORESTES: ¡Quédate, escucha y pronto estarás de acuerdo conmigo!

ELECTRA: (desarmada por la actitud del recién llegado) Me quedaré, ¿qué quieres?

ORESTES: Vengo a traerte un mensaje de tu hermano vagabundo.

ELECTRA: ¿Mi hermano? ¿Está vivo o muerto?

ORESTES: Está vivo. Quiero darte esa buena noticia en primer lugar.

ELECTRA: ¡Que los dioses te bendigan como premio a tan hermosas palabras!

ORESTES: ¡Ojalá tus deseos se cumplan en nosotros dos!

ELECTRA: (impulsada por la curiosidad) ¿Dónde lo viste? ¿Dónde vive el pobre desterrado?

ORESTES: Languidece errando de ciudad en ciudad.

ELECTRA: ¿Tiene hambre? ¿Tiene sed? ¿Siente frío?

ORESTES: No, pero el destierro es eso y mucho más.

ELECTRA: ¿Vienes de parte de él para informarme de algo?

ORESTES: Quiere saber si vives y qué clase de existencia es la tuya.

ELECTRA: ¡Ya lo ves! ¡Mira mi pobre cuerpo!

ORESTES: Tu cuerpo ha sido maltratado por la pobreza y por eso me lamento.

ELECTRA: ¡Mira mi cabeza, rapada a la manera de los escitas!

ORESTES: ¿Lo hiciste tú en señal de duelo o te lo hicieron por tu condición de esclava?

ELECTRA: Lo hice yo, por mi padre muerto y por mi hermano perdido. Para mí eran los dos seres que más he querido en el mundo.

ORESTES: ¿Pero no eras, acaso, lo que tu hermano más quería?

ELECTRA: Él está ausente, está lejos de mí.

ORESTES: ¿Por qué vives tan lejos de la ciudad donde naciste?

ELECTRA: Tuve que someterme, señor, a una boda que me impusieron.

ORESTES: Lo lamento en nombre de tu hermano. ¿Te casaron con algún hombre de Micenas?

ELECTRA: Mi marido no es el hombre al cual me destinaba mi padre.

ORESTES: Habla. Te escucho. Quiero contárselo todo a tu hermano.

ELECTRA: Vivo en esa humilde casa con mi marido. Todo es tristeza en estos parajes.

ORESTES: ¡Pero es la casa de un boyero o de un labrador!

ELECTRA: Mi marido es pobre. Sin embargo, es noble y piadoso conmigo.

ORESTES: ¿Qué clase de piedad tiene tu marido contigo?

ELECTRA: Jamás se atrevió a acercarse a mi lecho.

ORESTES: ¿Hizo votos de castidad o te cree indigna?

ELECTRA: Lo que le parece indigno es ultrajar la memoria de mi padre.

ORESTES: ¿Cómo puede hacerte feliz semejante matrimonio?

ELECTRA: Mi marido no admite que quien me entregó a él, tuviese derecho alguno para hacer lo que hizo.

ORESTES: Ya entiendo. Teme la venganza de tu hermano.

ELECTRA: La teme, es cierto. Pero además es un hombre honrado.

ORESTES: Habrá que recompensarlo.

ELECTRA: Si mi hermano regresa algún día a su palacio, seguramente lo hará.

ORESTES: ¿Y tu madre aceptó para su hija semejante unión?

ELECTRA: Las mujeres aman a sus maridos y no a sus hijos.

ORESTES: Pero, ¿por qué te hizo semejante ofensa?

ELECTRA: Ella, no. Fue mi padrastro, Egisto.

ORESTES: (sin poder contenerse) ¡Egisto! ¿Y quién es Egisto?

ELECTRA: El actual esposo de mi madre, el hombre con quien se casó después de la muerte de mi padre.

ORESTES: ¿Y por qué tu padrastro te hizo semejante ofensa?

ELECTRA: Para que yo no tuviese hijos que pudieran vengarse. Mis hijos nunca serían príncipes. Mis hijos jamás podrían mandar ejércitos.

ORESTES: No deben nacer de ti hijos vengadores, ¿verdad?

ELECTRA: Ese era su propósito. ¡Pero así recibirá su castigo!

ORESTES: Sabe el esposo de tu madre que sigues siendo virgen?

ELECTRA: No. Se lo ocultamos. Ese es nuestro secreto.

ORESTES: (refiriéndose al Coro) Esas mujeres que nos están escuchando, ¿son amigas tuyas?

ELECTRA: Mantendrán es secreto tus palabras y las mías.

ORESTES: ¿Y qué podría hacer Orestes, si volviera a Argos?

ELECTRA: ¡Pregunta llena de vergüenza! ¿Acaso no podríamos actuar?

ORESTES: Pero si regresa, ¿cómo habrá de castigar a los asesinos?

ELECTRA: Debe tener tanto odio como ellos tuvieron para asesinar a mi padre.

ORESTES: Y junto con tu hermano, ¿te atreverías a matar a tu madre?

ELECTRA: Sí. Con la misma arma con que asesinó a mi padre.

ORESTES: Se lo diré a tu hermano. ¿Es firme tu promesa?

ELECTRA: ¡No me importa morir con tal de matar a mi madre!

ORESTES: ¡Lástima que Orestes no esté aquí para escucharte!

ELECTRA: Mis ojos, extranjero, no podrían reconocerlo.

ORESTES: Es verdad. Los separaron cuando ambos eran niños todavía.

ELECTRA: Solo uno de mis amigos lo reconocería.

ORESTES: ¿Aquel que, según dicen, lo salvó de la muerte?

ELECTRA: Un hombre muy viejo que educó a mi padre.

ORESTES: Y después de su muerte, ¿tu padre tuvo una tumba?

ELECTRA: La tuvo, después que lo arrojaron del palacio.

ORESTES: ¡Cuánta tristeza!

PÍLADES: Los males ajenos pueden doler como si fueran propios.

ORESTES: Pero habla, quiero saberlo todo y llevarle a tu hermano estas noticias por más que sean penosas. No debe ignorar nada. La piedad solo es patrimonio del sabio. Pero el sabio no goza de su sabiduría sin dolor.

ELECTRA: Hablaré si es preciso. Revelaré la crueldad de mis desgracias y las de mi padre. Te ruego, extranjero, que le hagas llegar a Orestes mis desventuras y las de Agamenón. Háblale en primer lugar de los vestidos que llevo en esta pobre casa, del aspecto sórdido que ofrece mi cuerpo. Dile bajo qué techo vive la que vivía en el palacio del rey. Yo misma he tenido que tejer mis vestidos para no verme desnuda. Yo misma voy a buscar agua al río. Ya no tomo parte en las fiestas sagradas, ni hay lugar para mí en los coros. Siendo virgen he de apartarme de la compañía de las

mujeres y tengo que huir del recuerdo de Cástor, a quien me habían prometido antes de que se convirtiera en dios. Mi madre, en medio de los despojos de Frigia, está sentada en un trono. Junto a ella se encuentran las cautivas que mi padre conquistó en Asia y en Troya. Llevan los vestidos prendidos con broches de oro. Mientras el palacio conserva todavía la mancha negra donde se corrompe la sangre de mi padre, el asesino se muestra en público subido al mismo carro de su víctima y en su mano criminal sostiene, orgulloso, el mismo cetro que antaño gobernaba a Grecia. La tumba, sin honores, jamás ha recibido libaciones ni ramas de mirto. Su pira permanece sin ornamentos. Hundido en la embriaguez, el marido de mi madre, quien se hace llamar “ilustre”, pisotea la tumba de Agamenón y apedrea la losa. Y se atreve a preguntarle a mi madre y a mí: “¿Dónde está Orestes? ¡Cuánto valor despliega para proteger la tumba de su padre!”.

¡Por favor, extranjero, llévale a Orestes mi mensaje! ¡Lo llaman mis brazos, mis labios, mi corazón afligido, mi cabeza rapada! Sería vergonzoso para un hijo cuyo padre exterminó a los frigios no atreverse a matar a un solo hombre, siendo tan joven como es y habiendo nacido de sangre tan gloriosa!

CORO:

— No regresan jamás aquellos que están yertos!

¡No regresan jamás del reino de los muertos!

(Entra en escena el Labrador)

ESCENA VI

Electra, Orestes, Labrador, Píldes y el Coro.

LABRADOR: ¿Quiénes son estos extranjeros? ¿Por qué han llegado hasta mi pobre casa? ¿Me buscan a mí? (a Electra). No está bien visto que una mujer converse con dos jóvenes extraños.

ELECTRA: No pienses nada malo. Sabrás cuál ha sido nuestra conversación. Estos extranjeros han venido a traerme un mensaje de Orestes. (a Orestes y Píldes) ¡Perdón, amigos míos!

LABRADOR: ¿Cómo? ¿Orestes sigue vivo?

ELECTRA: Según ellos, vive.

LABRADOR: ¿Y sabe de las penas de su hermana? ¿Se acuerda de su padre muerto?

ELECTRA: Me dicen que vendrá. Pero un desterrado siempre es débil.

LABRADOR: ¿Qué mensaje trajeron de tu hermano?

ELECTRA: Les ha encargado que se enteraran de mis desgracias.

LABRADOR: A la vista están algunas de ellas. Tú les contarás las otras.

ELECTRA: Las conocen. Ya están enterados de todo.

LABRADOR: (a Pílates y Orestes) Entren en mi casa, extranjeros. En pago de tan buenas noticias recibirán todo lo que mi hogar puede ofrecerles. Aunque nací pobre, no tengo el alma corrompida y sabré demostrarlo.

ORESTES: ¿Este es tu marido? ¿Este es el hombre que se ha puesto de acuerdo contigo para eludir el lecho conyugal con el fin de no ultrajar a Orestes?

ELECTRA: Este es el hombre a quien llaman mi marido.

ORESTES: Su apariencia no dice toda la nobleza que encierra su corazón.

ELECTRA: (a Orestes) ¿Verás a mi hermano?

ORESTES: Lo veré y cuando lo vea, le contaré todo lo que este hombre humilde ha hecho por ti.

(Pílates y Orestes entran en la casa)

CORO:

— La condición humana no se puede juzgar:

hay cosas que se muestran y otras para ocultar.

Un hombre rico, a veces, oculta otras pobrezaas

y un hombre pobre, a veces, posee otras riquezas.

El que lleva una lanza no siempre es un valiente

y no siempre es cobarde quien parece doliente.

A veces un gigante igual que una montaña

Tiene el alma servil de una vil alimaña.

La condición humana no se puede juzgar:

hay cosas que se muestran y otras para ocultar.

ESCENA VII

Electra y el Labrador

ELECTRA: (al Labrador) Conociendo la miseria de tu hogar, pobre amigo mío, ¿por qué recibes a visitantes que están por encima de tu condición?

LABRADOR: Nuestros medios, humildes o no, ¿no bastan para contentarlos si son tan nobles como parecen?

ELECTRA: De todos modos, te doy las gracias una vez más por tu generosidad. Pero ahora quiero pedirte un nuevo favor: quiero que vayas a buscar al buen viejo que fue preceptor de mi padre. Lo encontrarás en los alrededores del río Tanao, en el límite mismo de Argos y Esparta. Allí cuida sus rebaños desde que lo expulsaron de la ciudad. Ruégale que venga y que antes pase por su casa. Dile que por favor traiga un poco de comida para añadirla a la nuestra, así los recién llegados

no pasarán hambre. El buen viejo se alegrará y bendecirá a los dioses cuando sepa que Orestes, el niño a quien salvó, sigue viviendo. No lo digas en el palacio de mi madre. Ni tampoco cuentes que tenemos de visita a dos extranjeros.

LABRADOR: Llevaré tu mensaje al anciano. Vete a casa y comienza los preparativos. Y no temas: hay provisiones como para mantener a nuestros invitados durante varios días.

ESCENA VIII

CORO:

— Las naves orgullosas hacia Troya bogaban
y en busca de la gloria mil guerreros llevaban.
Innumerables remos azotaban las ondas
como un bosque de pino con sus azules frondas.
El delfín caprichoso no deja de saltar
encantado por flautas que tocan sin cesar.
Agamenón y Aquiles, el de los pies ligeros,
marchaban aguerridos con valor verdadero.
Las nereidas llevaban las armas y los escudos
labrados por Hefaistos en su yunque desnudo.

En el puerto de Nauplias me descubrió su emblema
esculpido en un bronce forjado en rara templa:
en el borde dorado, volando sobre el mar,
Teseo con sus alas parecía gozar
llevando la cabeza de la fiera Gorgona,
ayudado por Hermes y la diosa Latona.
En medio del escudo, el gran Helios radiante,
que a Héctor cegaría con su luz deslumbrante.
Con sus garras una esfinge con aspecto de fiera
resoplaba mil llamas; la leona Quimera
quería con sus dientes al héroe destrozar
pero en vano su altura no podía alcanzar.
Su lanza era de oro y su morrión de plata
que con cintas de púrpura a su cabeza ata.

SEMICORO:

— Este jefe valiente, tan fiero en la palestra
fue víctima fatal de la cruel Clitemnestra.

Mas los dioses del cielo preparan la venganza y el acero de
Orestes en rápida acechanza.

CORO:

— Verá manar la sangre de la bella garganta.

Tu perfidia, tu odio y tu crueldad que espanta
castigados serán por mano vengadora.

¡Por más que te arrepientas ha llegado tu hora!

(El Anciano, llamado por Electra, entra en escena trayendo víveres en un cesto)

ESCENA IX

El Anciano y Electra

ANCIANO: ¡Qué lejos está tu casa, hija de Agamenón a quien yo mismo eduqué! ¡Qué lejos y qué difícil es llegar cuando un pobre viejo como yo tiene los pies cansados!

(Electra sale de la casa)

ANCIANO: Hija mía, te he traído un corderito escogido entre los mejores de mi rebaño. Se lo he quitado a su madre. Además, te traigo una corona de flores, unos quesos frescos, recién sacados de sus hormas y, finalmente, un tesoro que he guardado mucho tiempo. La cantidad es pequeña pero basta con derramar unas gotas de este líquido destilado por Baco en otra bebida menos fuerte para que esta última se vuelva deliciosa. Todo esto es para ti y para tus huéspedes.

ELECTRA: ¿Por qué tienes los ojos húmedos como si hubieras llorado? ¿A pesar del tiempo transcurrido, mis penas todavía despiertan en ti el recuerdo de las tuyas? ¿Lloras por mi padre y por Orestes, el pobre desterrado, perdido para todos?

ANCIANO: ¡Oh, sí, perdido! Sin embargo, no ha sido eso lo que me ha hecho llorar. Al pasar por la tumba de tu padre me he arrodillado ante ella y he rezado. De pronto, mi rabia se encendió al ver el abandono que sufre. Hice las libaciones. Luego deposité sobre su losa ramos de mirto. Entonces, en lo alto de la pira, descubrí una oveja negra, inmolada, cuya sangre todavía estaba fresca. Junto a la oveja había mechones de cabello rubio. Lleno de emoción me pregunté quién era el hombre que había dejado esas dos ofrendas. Estoy seguro de que no fue un hombre de Argos. Puede ser que tu hermano haya llegado en secreto para rendir ese homenaje a la miserable tumba de su padre. ¿Por qué no comparas si esos cabellos, que yo traje conmigo, no tienen el mismo color de los tuyos?

ELECTRA: Tus palabras me suenan indignas. ¿Cómo puedes suponer que Orestes, por temor a Egisto, haya llegado a escondidas? ¿Qué pueden tener en común nuestras cabelleras? ¿No ves que llevo la cabeza rapada en señal de duelo?

ANCIANO: Entonces, compara tu pie con la huella dejada por el desconocido y mira si tienen las mismas proporciones.

ELECTRA: Jamás los pasos de un hermano y de una hermana son iguales. Además, el hombre siempre tiene el pie más grande que la mujer.

ANCIANO: Si tu hermano estuviera aquí yo podría reconocer la tela con que lo envolví cuando lo salvé de la muerte. Estoy seguro de que tu hermano ha conservado esa tela...

ELECTRA: Eso pasó hace tanto tiempo... Estoy segura de que la tela no existe... ¡No!... ¡No...! (vacila; luego dice con firmeza) ¡No! ¡Ha sido un extranjero quien hizo la ofrenda de sus cabellos sobre la tumba de mi padre...! (vacila de nuevo) Pero... podría ser que con la ayuda de espías de la ciudad...

ANCIANO: (nervioso) ¿Dónde están esos forasteros? Deseo verlos. Quiero interrogarlos para saber dónde está tu hermano.

(Orestes y Píldes vuelven a escena)

ESCENA X

(Electra, Orestes, Píldes, el Anciano)

ELECTRA: ¡Estos son los mensajeros!

ANCIANO: Veo que son de noble raza pero esa señal no siempre es de buen agüero. Más de un noble tiene el alma cruel... Pero no importa (a Orestes y Pílates) ¡Señores, reciban mis saludos!

ORESTES: ¡Salud, anciano!

PÍLADES: ¡Que los dioses te acompañen!

ELECTRA: (señalando al Anciano) Él fue quien educó a mi padre cuando era niño.

ORESTES: ¿Cómo? ¿Y también fue el que salvó la vida de tu hermano?

ELECTRA: Mi hermano le debe su existencia, si es que todavía está con vida.

ORESTES: ¿Por qué me mira con tanta insistencia?

ELECTRA: Sin duda, le gusta ver a los compañeros de Orestes.

ORESTES: Sí, soy su viejo amigo. Pero ¿por qué me sigue mirando con tanta insistencia?

ELECTRA: (con temor) A mí también me sorprende y me intriga su actitud.

ANCIANO: Electra, noble criatura, eleva a los dioses una plegaria.

ELECTRA: ¿Por qué, padre?

ANCIANO: Por haber obtenido el tesoro que un dios te está mostrando.

ELECTRA: ¡Explícate, padre!

ANCIANO: Mira a ese hombre, hija mía. ¡Es el ser vivo que más quieres!

ELECTRA: (balbuceante) Temo, padre, que estés perdiendo la razón.

ANCIANO: ¿Que estoy perdiendo la razón? Nada de eso. Te digo que estás en presencia de tu hermano.

ELECTRA: ¿Qué significa todo esto?

ANCIANO: Que estoy viendo a Orestes, hijo de Agamenón.

ELECTRA: ¿Y qué te lo dice?

ANCIANO: Esa cicatriz cerca de la ceja izquierda que le dejó una herida cuando se cayó en casa de su padre, un día que andaba conmigo persiguiendo a su pequeño ciervo.

ELECTRA: ¡Qué dices? (se aproxima a Orestes) ¡Sí... veo la cicatriz!

ANCIANO: ¿Y vacilas todavía en arrojarte en brazos de tu hermano?

ELECTRA: ¡Ahora, no! ¡La prueba me ha convencido!

(Se arroja en brazos de Orestes)

ELECTRA: ¡Al fin vuelvo a verte! ¡Lo he logrado! ¡Los dioses han escuchado mis plegarias!

ORESTES: ¡Por fin te he encontrado!

ELECTRA: ¡Me negaba a creerlo!

ORESTES: ¡Yo no lo esperaba!

ELECTRA: (acariciándole la cara) ¡Eres mi hermano! ¡Eres mi hermano!

ORESTES: ¡Sí! ¡Y tu único aliado! ¡Venceremos a nuestros enemigos si logro armar la red que estoy tendiendo!

ELECTRA: Estoy segura. Si la injusticia triunfara sobre la justicia habría que dejar de creer en los dioses.

ESCENA XI

CORO

–¡Ha llegado, por fin, el día tan deseado!

¡Como antorcha ya brilla el sol tan esperado!

¡De su largo destierro el salvador regresa

y el padre conmovido se revuelve en su huesa!

¡Es un dios, es un dios que trae la victoria!

¡Levantemos la voz y cantemos su gloria!

¡Los dioses tus plegarias, Electra, han escuchado

y Agamenón, tu padre, ya podrá ser vengado!

ESCENA XII

(Orestes, Electra, Anciano, Pílates)

ORESTES: (desprendiéndose de los brazos de Electra)
¡Basta ya! ¡Basta ya de caricias! ¡Más tarde podremos gozar de ellas aún más! (al anciano) ¡Anciano, ya que has venido, habla! Cómo podremos castigar al asesino de mi padre; y a mi madre, unida a él mediante un casamiento impuro? ¿En Argos, puedo contar con la ayuda y la abnegación de algunos amigos? ¿O mi causa está tan perdida como mi suerte? ¿Con quién tengo que ponerme de acuerdo? ¿Por qué camino debo marchar para encontrarme con mis enemigos? ¿Debo hacerlo de día o de noche?

ANCIANO: Para tu desgracia, hijo mío, no tienes ningún amigo. Por otra parte, es una suerte, para nosotros, poder encontrar a alguien que esté dispuesto a compartir el Bien y el Mal. Tus amigos creen que estás totalmente arruinado porque tú no les dejaste ni una esperanza siquiera. Créeme bien lo que te digo: solo puedes contar con tu brazo para recobrar tu casa, el palacio de tu padre.

ORESTES: Entonces, ¿qué debo hacer?

ANCIANO: Tienes que matar a Egisto y a tu madre. Solo así recobrarás la corona.

ORESTES: ¡Quiero esa corona! Pero, ¿cómo lograrla?

ANCIANO: Dentro de las murallas de la ciudad no podrás conseguirlo.

ORESTES: ¿El asesino de mi padre vive rodeado de guardias y de lanzas?

ANCIANO: Sí. Y porque teme, jamás puede dormir con tranquilidad.

ORESTES: Está bien, anciano. Tenemos que preparar un plan.

ANCIANO: ¡Escucha...! ¡Este puede ser el plan!

ORESTES: ¡Te escucho...!

ANCIANO: Cuando venía hacia acá he visto a Egisto.

ORESTES: Me parece un buen augurio. ¿Dónde lo viste?

ANCIANO: Cerca de los campos donde pacen sus caballos.

ORESTES: Una esperanza brilla en medio de mi desdicha.
¿Qué hacía allí?

ANCIANO: Me pareció que se preparaba para festejar la fiesta de las ninfas.

ORESTES: ¿Porque le ha nacido un hijo o porque espera uno?

ANCIANO: No lo sé. Pero quiere inmolar un toro.

ORESTES: ¿Cuántos hombres estaban con él?

ANCIANO: No he visto a ningún argiano.

ORESTES: ¿Pero quién más lo acompañaba?

ANCIANO: Todos eran criados que jamás te han visto.

ORESTES: Si soy yo el que vence, ¿estarás de mi parte?

ANCIANO: Sí. Y toda la suerte estará contigo.

ORESTES: ¿Cómo podré acercarme?

ANCIANO: Déjate ver, como al pasar, mientras consuma el sacrificio.

ORESTES: Sus dominios llegan hasta el borde del camino. Ya entiendo.

ANCIANO: Cuando te vea, querrá invitarte al banquete.

ORESTES: Seré un convidado amargo, si los dioses me lo permiten.

ANCIANO: Después, arréglatelas de acuerdo con las circunstancias.

ORESTES: La idea no es despreciable. ¿Y mi madre, dónde está?

ANCIANO: En Argos. Su marido la espera para el festín.

ORESTES: ¿Y por qué no ha ido con él?

ANCIANO: Teme la censura del pueblo.

ORESTES: Comprendo. Se sabe mal vista por todos los ciudadanos.

ANCIANO: Una esposa impía siempre es detestable.

ORESTES: ¿Cómo podré hacer para matarla junto con Egisto?

ELECTRA: Yo seré quien prepare la muerte de mi madre.

ORESTES: Esperemos que la Fortuna conduzca todo a buen fin.

ELECTRA: ¡Que la Fortuna te guarde para una de las dos tareas!

ORESTES: ¿Cuál es tu plan para con nuestra madre?

ELECTRA: Buen anciano: irás a decirle a Clitemnestra lo siguiente... (medita un momento)... Anúnciale que he dado a luz un hijo varón.

ANCIANO: ¿Le diré que hace mucho o que tu parto es reciente?

ELECTRA: Dile que me encuentre en los días de la purificación.

ANCIANO: ¿Y en qué podrá ayudar esto a la muerte de tu madre?

ELECTRA: Ella vendrá sabiendo que he sufrido durante el parto.

ANCIANO: ¿Crees que todavía tiene algún interés por ti, hija mía?

ELECTRA: Sí. Y estoy segura de que habrá de llorar por la suerte de mi hijo.

ANCIANO: Está bien. Pero repito mi primera pregunta.

ELECTRA: Si ella viene, su castigo está asegurado.

ANCIANO: Supongo que debo traerla hasta aquí, hasta la puerta de tu casa.

ELECTRA: Será fácil convertir a mi puerta en la entrada del infierno.

ANCIANO: ¡No me importa morir con tal de presenciar ese espectáculo!

ELECTRA: Pero antes debes guiar a mi hermano...

ANCIANO: Sí, hasta el lugar donde Egisto ofrecerá sus sacrificios.

ELECTRA: Luego, busca a mi madre y transmítele mi mensaje.

ANCIANO: Cuando se lo diga, creerá oírlo de tu propia boca.

ELECTRA: (a Orestes) ¡Vamos! ¡A ti te corresponde derramar la primera sangre!

ORESTES: Estoy dispuesto si alguien me muestra el camino.

ANCIANO: Me ofrezco de todo corazón a acompañarte.

ORESTES: ¡Zeus paternal, terror de mis enemigos, dignate...!

ELECTRA: ¡Piedad para nosotros, nuestras penas causan lástima...!

ANCIANO: ¡Apiádate de los seres de tu misma sangre...!

ORESTES: ¡Hera, tú que reinas en los altares de Micenas...!

ELECTRA: ¡Dadnos la victoria si nuestra causa es justa...!

(Los tres se arrodillan y golpean el suelo rítmicamente con las manos)

ORESTES: ¡Padre, tú a quien un crimen impío arrojó al reino de las sombras...!

ELECTRA: ¡Tierra augusta, a quien golpeo con mis manos...!

ANCIANO: ¡Socorro para estas criaturas tan queridas...!

ORESTES: ¡Trae contigo a todos los muertos de la guerra...!

ELECTRA: ¡Aquellos cuyas espadas te ayudaron a conquistar la Frigia...!

ANCIANO: ¡Todos aquellos a quienes los malvados inspiran horror...!

ORESTES: ¿No me oyes, padre, a quien me madre torturó?

ANCIANO: (incorporándose) ¡Sí, tu padre lo oye todo! Pero ya es tiempo de partir.

ELECTRA: (a Orestes) Y ahora te lo digo con todas mis fuerzas: Egisto debe morir. Si caes en la lucha, alcanzado por un golpe mortal, yo también moriré. Clavaré en mi costado una espada de dos filos. Voy a entrar en mi casa para tenerlo todo preparado. Si me llegan buenas noticias de ti, solo se escucharán gritos de júbilo. Pero si mueres, será todo lo contrario. Eso es cuanto tengo que decirte.

ORESTES: He comprendido.

ELECTRA: ¡Ahora demuestra que eres un hombre!

(Salen Orestes, Pílates y el Anciano)

ESCENA XIII

(Electra y el Coro)

ELECTRA: ¡Mujeres, avísenme del triunfo los clamores,

mas cuéntenme también del dolor los horrores!

Yo tendré entre mis manos la espada preparada

y la hundiré en mi cuerpo si es que soy derrotada.

Así podré escapar al furor enemigo

que querrá, en su victoria, ensañarse conmigo. (entra en la casa).

CORO

– Con su flauta armoniosa el dios Pan entonaba
la dulce melodía que en el aire quedaba
Un lindo corderito de vellocino de oro
balaba tristemente como un doliente coro.
Atreo era el dueño del cordero dorado
y por ello tenía seguro su reinado.
Pero Tiestes, su hermano, con pérfida codicia
sedujo a su mujer que era toda avaricia.
El dueño del cordero se apoderó del cetro
que Atreo había heredado de sus viejos ancestros.
El dios Zeus tonante, implacable y furioso
envió a Hermes alado, alegre y presuroso.
Al desgraciado Atreo un mensaje le dio
y a Tiestes el astuto de ese modo venció:
le propuso el gran Zeus al monarca vencido
que un pacto celebrara con su gran enemigo.
Tiestes el traicionero el cetro devolviera

si el sol, allá en los cielos al revés se pusiera.
En medio de sarcasmos, el pacto fue aceptado
y Zeus el divino cumplió con lo acordado.
La mañana siguiente el sol salió al Oeste
y por la tarde fría naufragó por el Este.
La corona de Tiestes así fue recobrada
y la pérfida esposa en las ondas ahogada.
Atreo, por su crimen, fue luego castigado
y Agamenón, su hijo, murió asesinado.

SEMICORO:

- ¡Cese ya el sufrimiento de los pobres atridas!
- ¡Cese la muerte ya de tantas nobles vidas!

CORO:

- ¡Que no paguen los hijos la culpa de un mortal, oh, padre de los dioses, venerable inmortal!

ELECTRA: (saliendo de la casa) ¿Qué ocurre, amigas mías, cómo sigue el combate?

CORO: ¡No sabemos, mas se oyen los gritos del embate!

ELECTRA: ¡Aunque vienen de lejos los oigo yo también!

CORO: ¡Sí, la voz es lejana, mas se distingue bien!

ELECTRA: ¿Los gritos del que gime, es uno de los nuestros?

CORO: ¡No sabemos pues vienen en un solo concierto!

ELECTRA: ¿Qué espero? ¡Ay, mujeres! ¿Tengo yo que morir?

CORO: ¡Aguarda unos instantes, alguien ha de venir!

ELECTRA: ¡Estoy vencida, al fin! ¡No veo un mensajero!

CORO: ¡El temor a morir es muy mal consejero!

ESCENA XIV

(Entra un mensajero)

Mensajero, Electra

MENSAJERO: ¡Vírgenes de Micenas, Orestes ha vencido y me ha enviado para que lo anuncie! ¡Egisto, el asesino de Agamenón, yace en el suelo! ¡Debemos dar gracias a los dioses!

ELECTRA: ¡Prueba que tu mensaje es verdadero!

MENSAJERO: ¡He sido sirviente de tu hermano!

ELECTRA: A causa de mi terror no me acordaba de tu rostro. Pero ahora te reconozco. ¿Dices que ha muerto el odiado asesino de mi padre?

MENSAJERO: ¡Ha muerto!

ELECTRA: ¡Oh, dioses! Y tú, Justicia que todo lo ves, por fin has llegado! ¿Dime, cómo mi hermano le dio muerte a Egisto, el hijo de Tiestes? ¡Quiero saberlo!

MENSAJERO: Te lo diré. Escucha.

(La luz se apaga en la escena y se enciende en el proscenio donde Egisto, revestido con el traje sacerdotal, se apresta a sacrificar un toro invisible sobre un altar. Orestes pasa con su séquito).

ESCENA XV

Egisto, Orestes, el Coro

EGISTO: (volviéndose y mirando a los desconocidos)
¡Salud, señores! ¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen?

ORESTES: Somos de la Tesalia. Nos dirigimos a la ribera del Alfeo para ofrecer sacrificios al Olímpico Zeus.

EGISTO: Hoy tienen que quedarse a mi lado comer conmigo. Voy a sacrificar un toro a las ninfas. Si mañana

abandonan el lecho con la aurora podrán recuperar el tiempo perdido. Vengan. Vengan. No pueden negarse (Golpea las manos) ¡Que traigan agua de inmediato para el baño de nuestros huéspedes! Tienen que llegar limpios hasta el altar.

ORESTES: Acabamos de purificarnos bañándonos en el agua clara de un arroyo. Si creen en nuestra palabra y permiten a los extranjeros tomar parte en los sacrificios de la ciudad, estamos dispuestos, señor, con todo gusto.

(Los servidores traen un recipiente con el agua lustral. Egisto, primero, luego Orestes y más tarde los miembros de su séquito se lavan las manos).

EGISTO: (levantando el cuchillo del sacrificio que va a dar muerte al toro que se encuentra sobre el ara invisible) ¡Oh, ninfas! ¡Hago votos para que yo y mi compañera, que cuida mi hogar, podamos ofrecer muchos sacrificios en señal de agradecimiento, como hoy lo hacemos, mientras la desgracia se ensaña con nuestros enemigos! (Da el golpe fatal). (a Orestes): Es una ciencia cuyo honor se atribuye a los ciudadanos de Tesalia. Ella consiste en saber despedazar un toro y en domar caballos, Tome este cuchillo, señor, y demuestre que la fama de los hombres de Tesalia es merecida.

(Orestes toma el cuchillo en sus manos, lo levanta y descarga un segundo golpe como si abriera el vientre de la víctima de donde sacará las entrañas para ser leídas por Egisto. El rey mete las manos en el vientre de la bestia, saca las entrañas y comienza su lectura. Palidece).

ORESTES: ¿Por qué está desalentado?

EGISTO: Forastero, estoy temiendo una celada. Tengo un enemigo mortal: el hijo de Agamenón, que está en guerra contra mi casa.

ORESTES: ¿Gobernando un reino, todavía tienes miedo de un pobre exiliado? Vamos, que me traigan en lugar de este cuchillo dórico un acero de Ftia. Con él partiré el pecho de la víctima con el fin de que podamos regalarnos con un asado.

(Corta el pecho de la víctima. Egisto se inclina para observar las vísceras. Orestes descarga con fuerza su puñal en la espalda del rey, quien cae. Los soldados se abalanzan sobre Orestes).

ORESTES: ¡Escuchen, nobles soldados! No he venido aquí como enemigo de la ciudad, ni de la gente, ni de mi casa. Yo soy el desventurado Orestes y acabo de castigar al asesino de mi padre. ¡Viejos servidores de mi padre, soy yo, Orestes, el hijo vengador que ha vuelto!

(Los soldados, luego de un momento de incertidumbre, lanzan gritos de júbilo, rodean a Orestes y uno de ellos le coloca en la cabeza una corona de mirtos. La luz se apaga en el proscenio y vuelve sobre la escena descubriendo a la protagonista y al coro).

ESCENA XVI

El Coro y Electra

CORO:

— ¡Mezcla tus pasos leves a mi danza, amiga!

Solo queda tu madre, esa cruel enemiga.

Salta en el aire limpio como un gran cervatillo,
tu hermano ha derrumbado con valor el castillo.

Es el único dueño del cetro y la corona
y el imperio de Egisto con valor desmorona.

ELECTRA: (gritando) ¡Egisto, el asesino de mi padre ha muerto! ¡Egisto, el asesino de mi padre ha muerto! ¡Voy a buscar todas las joyas que tengo escondidas en la casa para adornar mis cabellos y para coronar la cabeza de mi hermano, el vencedor!

(Entra en la casa)

CORO:

— ¡Sí, las joyas y el oro al vencedor del Este
y los mantos de púrpura para el valiente Orestes!
Nuestros amados reyes, como en tiempos de antaño
recobraron el trono perdido tantos años.

La justicia abatió a nuestro dueño injusto
y abriremos la danza en honor del más justo.
¡Que el son del caramillo replique nuestro gozo
y suenen los timbales bajo el árbol añoso!

(Durante la intervención del coro, llegan Orestes y Pílates.
Los servidores, a quienes se une el mensajero, traen el
cadáver de Egisto. Electra regresa engalanada).

ESCENA XVII

Electra, Pílates, Orestes y el Coro.

ELECTRA: Oh, glorioso vencedor, digno hijo de un padre vencedor de la guerra de Troya! Orestes mío, recibe esta diadema para ceñir tus cabellos. No regresas después de haber recorrido más de seis plectros en una lucha vana sino que has dado muerte a Egisto, nuestro enemigo y asesino de tu padre y el mío.

ORESTES: Electra, en primer lugar considera a los dioses como a los autores de mi suerte y ríndeme honores solo por haber servido bien a la Fortuna y a los dioses. Regreso, sí, después de haber dado muerte a Egisto. No son solo

palabras sino la realidad. Y para demostrarlo, te traigo su cadáver. Si quieres, puedes entregarlo como pasto a las fieras o a los buitres, atado a un poste. Ahora es tu esclavo que se hacía llamar tu amo.

ELECTRA: Hay algo que me ruboriza pero que, sin embargo, quiero decirlo.

ORESTES: ¿Qué es? Habla. No tienes nada que temer.

ELECTRA: Ultrajar a un muerto puede ser censurable.

ORESTES: Nadie te lo reprochará.

ELECTRA: La ciudad es malévola y goza con las murmuraciones.

ORESTES: Todos saben que entre ese hombre y nosotros ha existido un odio implacable y sin tregua.

ELECTRA: ¡Así lo haré! (dirigiéndose al cadáver de Egisto). Estas son las palabras que quería decirte cara a cara el día en que, por fin, me viera libre: ¡Tú me has perdido y nos has dejado huérfanos de un padre tan amado, a mi hermano y a mí; a nosotros, que ningún mal te habíamos hecho. Te has unido a mi madre en un matrimonio infame y has dado muerte a su esposo, que fue jefe del ejército griego en Frigia donde tú jamás fuiste ¡Sinrazón suprema! Has esperado tener en mi madre una esposa sin vicios después de haber mancillado el lecho de mi padre. Pero tienes que saberlo: el hombre que habiendo mantenido un comercio culpable con la mujer de otro, y se ve más tarde obligado a casarse con ella, es digno de compasión si se imagina que la virtud que ella no supo

tener junto a otro, la tendrá junto a él. Vivías mezquinamente ignorando tu mal. Sabías muy bien que habías tomado una esposa sacrílega, como mi madre; por su parte ella sabía que había tomado a un esposo sin piedad. Pero la perversidad que se anidaba en ambos le ocultaba a ella tu naturaleza; y a ti, la maldad de tu cómplice. Todos los habitantes de Argos te llamaban a ti con el nombre de ella y a tu mujer no la llamaban con el nombre tuyo. Sin embargo, es una vergüenza que en la casa gobierne la mujer y no el hombre. Debido a tu ignorancia te enorgullecías de ser alguien, gracias a la fuerza que te daba la riqueza. Pero esta es una posesión que se conserva poco tiempo. La naturaleza del alma, y no el oro, es lo que perdura. La opulencia, si es injusta y está en poder de los perversos, escapa de los palacios y resplandece poco tiempo. ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito para siempre!

CORO:

— La mano de los justos es lenta pero alcanza
y el criminal no puede gozar de su bonanza.
La mano de los justos es siempre poderosa
Y el criminal hoy sufre una muerte espantosa.

ORESTES: (a su séquito) Lleven ese cuerpo al interior de la casa. Es preciso que cuando llegue mi madre no vea el cadáver.

(El cadáver de Egisto es trasladado al interior de la casa. A lo lejos se oye el cortejo que acompaña a Clitemnestra).

ELECTRA: Espera...

ORESTES: Escucho un rumor lejano que se acerca cada vez más. ¿Serán soldados que vienen a Micenas?

ELECTRA: No. Es nuestra madre quien llega.

ORESTES: ¡Cuánto lujo en su carro y en sus vestiduras!

ELECTRA: ¡Resplandeciente de belleza caerá en nuestras redes!

ORESTES: (como si dudara): ¿Qué haremos? ¿Es preciso matarla?

ELECTRA: ¿Ahora sientes piedad frente a tu madre?

ORESTES: ¡Ay! No puedo olvidar que fue ella quien me dio vida y quien me amamantó con sus senos.

ELECTRA: (feroz) Ella dio muerte a tu padre y al mío.

ORESTES: ¡Oh, Apolo! ¿Por qué nos has trazado este camino...?

ELECTRA: Si Apolo es insensato, ¿quién es el dueño de la cordura?

ORESTES:... ordenándome que dé muerte a mi madre?

ELECTRA: Vengarás a tu padre, recuerda. No tienes que sentirte culpable.

ORESTES: Yo era puro. Después no podré dormir.

ELECTRA: Si no vengas a tu padre, él no podrá dormir en su tumba.

ORESTES: ¡Tendré que expiar la muerte de mi madre!

ELECTRA: ¿Quién podrá castigarte si lo único que has hecho es vengar a tu padre?

ORESTES: Ahora dudo. Pienso que no fue Apolo quien me ordenó lo que hice, y lo que voy a hacer, sino un demonio funesto.

ELECTRA: ¿Un demonio sentado sobre un trípode sagrado? No lo puedo creer.

ORESTES: No puedo admitir que el oráculo haya tenido razón.

ELECTRA: No te dejes abatir cobardemente ahora que la tienes a ella al alcance de tu mano. ¿Dónde está tu valor? ¡Tiende a tu madre la misma trampa que ella le tendió a nuestro padre para que muriera bajo los golpes de Egisto!

ORESTES: Voy a entrar en la casa. Todo es terrible para mí. ¡Pero si los dioses así lo han resuelto, que así sea! ¡Que así sea! ¡Nadie puede saber toda mi amargura! ¡Que así sea!

(Orestes entra en la casa. Clitemnestra llega magníficamente vestida y acompañada por esclavas troyanas).

ESCENA XVIII

(Electra, Clitemnestra y el Coro)

CORO:

— ¡Salve, oh reina tan noble de todos los argianos,
el poder se suaviza llevado por tu mano!

¡Ha llegado la hora en que habrás de saber
si a la diosa Fortuna le tendrás que temer!

Ha llegado la hora, tu destino ha llegado,

La mano del futuro su velo ha levantado!

CLITEMNESTRA: Bajen del carro, troyanas, y tomen mi mano para ayudarme a descender. Los templos de los dioses se adornan con los despojos de Frigia, pero esas mujeres, escogidas entre todas las troyanas, son parte del botín que yo he tomado para reemplazar en parte a mi hija perdida.

ELECTRA: ¡Déjeme, madre mía, que toque su mano bienaventurada, a mí, esclava expulsada del palacio de su padre y que vivo bajo este miserable techo!

CLITEMNESTRA: No te tomes tanta molestia, para eso están las esclavas.

ELECTRA: Yo soy la esclava. Tú me obligas a vivir lejos de mi verdadera casa. Mi casa ha sido conquistada. Yo fui vencida. Por eso soy como esas mujeres, huérfana de padre.

CLITEMNESTRA: Cuando una mujer tiene mala fama, siempre se encuentra en sus palabras un dejo de amargura. No es mi caso. Hay que conocer los hechos. Si merecen el odio, justo es que inspiren horror. Si no, ¿para qué odiar? Tíndaro, mi padre, al entregarme a tu padre, no deseó ni mi muerte ni la muerte de los hijos que tuve. Pero Agamenón, tu padre, engañando a mi hija Ifigenia con la promesa de hacerla casar con Aquiles, la llevó lejos del palacio. Las naves que iban a Troya estaban bloqueadas en Aulide por falta de viento y un sacerdote loco dijo que Eolo vendría con sus brisas si se le sacrificaba una doncella. Ifigenia, mi hija, fue depositada en el altar y el cuchillo del sacerdote segó su vida. ¿Por qué tenía yo que perder a mi hija? ¿Por qué la doncella del sacrificio tenía que ser Ifigenia? Nadie me preguntó. Tu padre, ¡maldito sea!, la arrancó de mis brazos y se la llevó con los barcos que iban a una guerra absurda, una guerra absurda porque no estaba en peligro nuestra libertad, ni el invasor golpeaba nuestras fronteras. Una guerra absurda causada por la lujuria de mi hermana Helena y por la cobardía de su marido Menelao que no supo castigar la traición a tiempo. Ahora que eres madre, sabrás lo que es perder una hija. Ese dolor es mayor que el dolor del parto. Es el dolor de saber que todas las esperanzas han sido inútiles, inútiles para siempre.

Además, Agamenón, tu padre, regresó de Troya trayendo una cautiva, una hembra sensual, poseída por un dios, una mujer

llamada Casandra y la metió en su cama. Cuando el marido desprecia el lecho conyugal e introduce en su casa a otra hembra, no tiene castigo. Pero si la mujer legítima quiere imitarlo, entonces estallan contra nosotras los reproches. El verdadero culpable es el hombre pero no sufre ni críticas ni castigos. Por el contrario, ante los hombres aumenta su consideración. Agamenón no solo sacrificó a mi hija Ifigenia sino que, al introducir en casa a esa perra troyana, me humillaba todos los días. Por eso lo maté. Era el único camino que podía recorrer. ¡Ahora, habla! ¡Tienes la libertad y el derecho de hacerlo!

ELECTRA: Tú has dado muerte al más noble guerrero de Grecia y te atreves a poner como pretexto de tu asesinato la venganza por la muerte de mi hermana. Eso es para los que no te conocen como yo te conozco. La muerte de tu hija no estaba decidida. Tu marido apenas había salido del palacio cuando ya te arreglabas delante del espejo y te vestías con los mejores trajes. La mujer que se adorna en ausencia del marido, se adorna para estar bella ante los demás, y no cuenta entre las mujeres honradas. No tenías la menor necesidad de exhibirte en la calle si es que no hubieras tenido la intención de obrar mal. Además —y yo soy la única mujer que lo sabe en toda Grecia—, te alegrabas con cada victoria de los troyanos. Cuando eran derrotados, tus ojos se ensombrecían. Tan poco deseabas que Agamenón volviera con vida de los muros de Troya. Te sobraban razones para estar orgullosa de él. Tenías por marido a un hombre que valía mucho más que Egisto. Grecia lo había proclamado jefe de sus ejércitos. Los escándalos de tu hermana Helena te permitían adquirir una noble fama. El vicio, por contraste,

pone de relieve la virtud. Convengamos, incluso, en que mi padre dio muerte a su hija. Pero, ¿qué mal te hicimos nosotros, mi hermano y yo? ¿Por qué, una vez cometido el crimen no nos devolviste el palacio de nuestros antepasados, en vez de entregar a tu amante los bienes que no te pertenecían para pagar con ellos el precio de tu boda? Tú hablas de la muerte de mi hermana pero no de la mía. Yo he muerto muchas veces, puesto que me has dejado con vida. Si la justicia consiste en devolver crimen por crimen, entonces tu hijo Orestes y yo tenemos derecho a asesinarte y así vengar a nuestro padre.

CLITEMNESTRA: El afecto por tu padre te hace decir palabras insensatas. No te reprocho que lo ames. Así es la naturaleza: ciertos hijos se inclinan en forma incondicional por el hombre. Otros, en cambio, prefieren a la madre. Quiero perdonarte, hija mía, porque no tengo demasiadas razones para justificar mi conducta. Además, tú vives aquí vestida en forma miserable cuando apenas acabas de salir de tu alumbramiento. ¡Desdichada de mí! Llevada por la cólera en contra de mi marido, he llegado más lejos de lo necesario!

ELECTRA: ¡Ya es tarde para lamentarte! Ahora el mal no tiene remedio. Mi padre está muerto y nadie lo podrá resucitar. Pero tu hijo vive errante, lejos del país, ¿por qué no haces que vuelva?

CLITEMNESTRA: Tengo miedo. Dicen que está furioso por la muerte de su padre.

ELECTRA: ¿Pero acaso no cuentas con un esposo valiente que te defienda?

CLITEMNESTRA: ¡Intratable!

ELECTRA: Sufro, pero mi cólera se aplacará.

CLITEMNESTRA: Todo habrá de pasar.

ELECTRA: Yo también temo a mi hermano.

CLITEMNESTRA: También él será menos duro contigo.

ELECTRA: ¡Oh, alma grande! También él vive en mi casa!

CLITEMNESTRA: ¿No ves? ¡De nuevo quieres comenzar con tus querellas!

ELECTRA: Me callo. Pero le temo.

CLITEMNESTRA: ¡Ni una palabra más! ¿Por qué me has llamado, hija mía?

ELECTRA: Te habrán dicho, supongo, que acabo de dar a luz. ¿Querrías ofrecer en mi lugar los sacrificios acostumbrados porque yo ignoro los ritos? El recién nacido acaba de cumplir su décima luna. Como hasta ahora no tuve hijos, me falta experiencia.

CLITEMNESTRA: Esa tarea le incumbe a quien te ayudó en el parto.

ELECTRA: He dado a luz sin ayuda alguna.

CLITEMNESTRA: No puedo creer. ¿No tienes alguna amiga en la vecindad?

ELECTRA: Nadie quiere a los pobres por amigos.

CLITEMNESTRA: Pues bien, entraré a tu casa para ofrecer a los dioses el sacrificio señalado para un nacimiento cuando han pasado los días necesarios. Después de haberte hecho ese favor, me iré al campo donde mi marido está ofreciendo sacrificios a las ninfas. (dirigiéndose a las troyanas) Servidoras, lleven los caballos a la cuadra y pónganlos en el pesebre. Después de un tiempo prudencial, regresen porque debemos partir para complacer a mi marido.

(Las servidoras se alejan)

ELECTRA: Entra en mi pobre casa, pero cuidado con ensuciarte la ropa porque todo está ennegrecido por el humo. Vas a ofrecer a los dioses el sacrificio que reclaman.

(Clitemnestra entra en la casa)

ELECTRA: El cesto sagrado está dispuesto. El cuchillo que inmoló al toro está afilado. Junto a él caerás muerta. Aun en el infierno permanecerás unida a tu esposo, cuyo lecho compartías sobre la tierra. Es todo cuanto puedo concederte. ¡Ahora me pagarás la muerte de mi padre!

(Electra, a su vez, entra en la casa)

ESCENA XIX

CORO:

— Los vientos que soplaban ahora ya cambiaron.

Antaño fue a mi príncipe a quien asesinaron.

“¿Por qué me das la muerte —clamó el rey azorado—
cuando ahora de Troya la victoria he logrado?”.

Pero los criminales del noble rey atrida
con el filo de acero le robaron la vida.

La reina corrompida que enlodó el matrimonio
impulsada, tal vez, por lúbrico demonio
con la hoja voraz de un cuchillo afilado
del príncipe inocente la carne ha desgarrado.

En cambio, hoy la justicia hace comparecer
a aquella que olvidó su casta y su deber.

CLITEMNESTRA: (desde el interior, gritando)
¡Misericordia, hijos míos! ¡No maten a su madre! ¡Les ruego
por todos los dioses! ¡No me maten!

CORO:

— Un dios hace justicia a la hora marcada.

La reina por sus hijos ahora es apresada.

¡Lamentable es tu suerte pero fuiste impía!

¡La muerte de su rey la reina ahora expía!

CLITEMNESTRA: ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Nooooo...!

(Lentamente, la voz de la reina se va apagando. Silencio. Salen a escena Orestes y Electra. Pílates y los servidores los siguen, llevando los cadáveres de Egisto y Clitemnestra a los que depositan en el suelo).

CORO:

– Han manchado sus manos con la sangre caliente,

una mancha indeleble que será para siempre.

Aquí están con la sangre de su madre, manchados.

En toda Grecia no hubo seres tan desgraciados.

Lloremos el destino de los pobres agridas,

pidamos compasión para sus tristes vidas.

ORESTES: (levantando al cielo su cuchillo ensangrentado)
¡Oh, padre de los dioses, que contemplas todos los actos de los hombres, mira estos cuerpos ensangrentados que yacen en el suelo y dime si he hecho bien en vengar la muerte de mi padre!

ELECTRA: ¡No eres culpable, hermano! Yo soy la culpable. No pude resistir el odio atroz que me abrasaba. Yo fui quien

armó tu brazo. Yo maté a mi madre, a quien me llevó en las entrañas y me dio la vida.

CORO:

– ¡Qué destino terrible fue el de esta mujer,
muerta por quienes hizo ella misma nacer!

¡Pero es justo que ahora la sangre del buen padre
cobre como moneda la sangre de la madre!

ORESTES: (siempre dirigiéndose al cielo) ¡Apolo, dime que he obrado bien! Dame una señal, dios de la luz! Tú has proclamado que yo debía vengar a mi padre pero yo no sabía que tenía que pagar un precio tan terrible. ¡Quítame el remordimiento, te lo suplico! ¿Adónde iré a hora? ¿Qué hombre piadoso querrá recibirme en su casa? ¿Quién se atreverá a mirarme?

CORO:

– Has cambiado, Orestes, tu fatal pensamiento, has cambiado tu impulso como lo hace el viento

ELECTRA: Y yo, ¿adónde iré? ¿Quién querrá recibirme?
¿En qué coro podré tomar parte? ¿Qué doncellas querrán admitirme en las danzas sagradas? ¿Quién querrá admitirme en su lecho, manchada como estoy?

ORESTES: (a Electra) ¿Viste cómo la infortunada, cuando iba a morir, nos mostraba los senos con los que nos amamantó? ¡Y yo arrastré por el suelo ese cuerpo que me dio la vida...!

CORO:

– Has debido sufrir, eso no lo dudamos.

Al escuchar la súplica tembló tu fuerte mano.

ORESTES: Gritó tomándome la cara: “¡Hijo mío, te lo ruego!”. Me abrazó y me besó en las mejillas. Temblaba. Me susurró al oído: “¡Piedad!”. Apenas si podía sostener en mis manos el cuchillo!

CORO:

– ¡Orestes, compasión para la desgraciada!

¿Cómo pudiste ver la sangre derramada?

ORESTES: Tapándome los ojos con una mano pude consumir el sacrificio y hundirle la hoja en la garganta.

ELECTRA: ¡Yo te alentaba y sostenía en mis manos otro puñal al ver tu flaqueza!

CORO:

– ¡Oh, pobre Clitemnestra, qué terrible destino,

En tu seno llevaste a tu propio asesino!

ORESTES: (a Electra) ¡Vamos! Cubre a tu madre con un lienzo.

ELECTRA: ¡Madre, fuiste nuestra enemiga, ahora te envolvemos en los pliegues de este paño!

(Los dióscuros aparecen encima de la casa)

ESCENA XX

(Electra, Orestes, el Coro y los dióscuros)

CORO:

– ¡Pero mirad, mirad, pobres hombres mortales!

¿Son demonios o bien son seres celestiales?

¿Por qué se hacen visibles a todos los humanos?

¡Son los dióscuros, sí, celestiales hermanos!

LOS DIÓSCUROS: Hijo de Agamenón, escucha. Nosotros somos los dióscuros, los dos gemelos hermanos de tu madre. Vinimos a Argos cuando vimos herida a tu madre, nuestra hermana. El castigo es justo pero no tu acto. Apolo es sabio, sí, pero ha pronunciado un oráculo poco prudente. En adelante tienes que obrar conforme a las sentencias de Zeus y del Destino. Electra tomará como esposo a Pílates para que formen un hogar. Tú abandonarás la ciudad de Argos. No te será permitido pisar el suelo de esta ciudad porque mataste a tu madre. Las Furias, esas diosas con cara de perro, te perseguirán todo el tiempo, obligándote a cambiar de lugar como si fueras un demente. Dirígete a Atenas y besa la estatua de Palas. La diosa asustará a las Furias e impedirá que te alcancen sus terribles serpientes al extender encima de tu cabeza su escudo que tiene la cabeza de la Gorgona. Cerca de Atenas se encuentra la colina llamada Ares. Allí reúnen los dioses el tribunal que juzga los crímenes. Gracias

a los votos, escaparás a la sentencia de muerte. Loxia, la pitonisa, se hará responsable de tu falta pues fue su oráculo quien te ordenó el asesinato de tu madre. Y ese ejemplo será una ley para toda la humanidad en los tiempos futuros. Las Furias, ante el fracaso, desaparecerán por una inmensa grieta cerca de la colina. Tú vivirás en una ciudad de Arcadia, en la ribera del Alfeo y esa ciudad se llamará con tu nombre. Este es el destino que te anunciamos. En cuando al cadáver de Egisto, los ciudadanos de Argos lo depositarán en su tumba. En cuanto al de tu madre, Menelao y Helena, que acaban de llegar de Troya, le darán sepultura. Comienza tu marcha. Cuando estés en paz con el Destino que hizo de ti un criminal, podrás vivir dichoso, liberado de tus males y en paz.

ORESTES: ¿Puedo hablar, hermanos de mi madre?

LOS DIÓSCUROS: Puedes hablar porque el culpable de toda esta tragedia es Apolo.

ORESTES: ¿Por qué, siendo dioses y hermano de la muerta, no pueden expulsar a las Furias?

LOS DIÓSCUROS: La sentencia de la fatalidad tenía que cumplirse y también la orden, poco prudente, dada por los labios de Apolo.

ELECTRA: Pero, ¿por qué el oráculo de Apolo me ordenó que matara a mi madre?

LOS DIÓSCUROS: Toda tu familia tiene un destino común. A todos los ha perdido la misma maldición.

ORESTES: (a Electra, abrazándola) ¡Oh, hermana mía!
¡Qué absurdo es el destino! He estado tanto tiempo separado de ti, te he vuelto a encontrar por unos instantes y ahora de nuevo debemos separarnos.

LOS DIÓSCUROS: Ella tiene un esposo, tendrá un hogar y no tendrá que abandonar la ciudad de Argos.

ELECTRA: ¡Es suficiente todo lo que has padecido para que, además, te obliguen a dejar tu patria!

ORESTES: Dejaré el palacio de mis padres y ante jueces extranjeros tendré que responder por el asesinato de mi madre.

LOS DIÓSCUROS: Ten confianza. En Atenas, donde reina Palas, también reina la piedad.

ELECTRA: ¡Abrazame, querido hermano! ¡Vamos a vivir lejos del hogar de nuestros padres, expulsados por las imprecaciones de nuestra madre ensangrentada!

ORESTES: ¡Abrazame! ¡Estréchame! ¡Llora sobre mi cuerpo como si lloraras sobre el cuerpo de un muerto!

LOS DIÓSCUROS: ¡No seas cruel! Nosotros, habitantes del cielo, sabemos comprender las miserias humanas!

ORESTES: ¡No te veré más!

ELECTRA: ¡Mis ojos no te verán más!

ORESTES: ¡Es mi último adiós!

ELECTRA: ¡Adiós, ciudad! ¡Adiós, ciudad mía! (al Coro)
¡Adiós, amigas mías!

ORESTES: ¿Ya te vas?

ELECTRA: ¡Me voy con los ojos bañados en lágrimas!

(Electra se aleja. Las mujeres del coro se colocan máscaras terribles con caras de perros).

ESCENA XXI

(Pílates, Orestes, el Coro)

ORESTES: ¡Adiós, Pílates, buen amigo! ¡Te confío a mi hermana!

PÍLADES: ¡La cuidaré como te he cuidado a ti!

CORO:

– ¡Huye hacia Atenas, huye que las Furias ya vienen
y en su rabia terrible ya nadie las contiene!

(Orestes huye)

CORO:

– ¡Huye hacia Atenas, huye, que las Furias ya vienen
y en su rabia terrible ya nadie las contiene!

(Al público)

– Y ustedes, ciudadanos, eviten al Destino
que para ser felices solo ese es el camino.

FIN

HISTORIAS DE BOCCACCIO

Teatralización de cinco cuentos de *El Decamerón*:

1. Un alma en el Purgatorio
2. El árbol encantado
3. El jardinero mudo
4. El avaro cornudo
5. El hombre preñado

A mis alumnos de la Escuela Integral de Actuación
de la Asociación Argentina de Actores.

PRÓLOGO

A telón cerrado aparecen El JUGLAR y LA JUGLARESA.

Acompañado por una guitarra, El JUGLAR canta:

Para escapar de la peste
que a Florencia castigaba
se recluyeron un día
en una casa apartada,
tres mocetones garridos
y siete las bellas damas.
Diez historias cada uno
por divertirse contaban,
para así pasar el tiempo
y que la peste pasara.

Pero como son cien historias
las que todos se narraban
yo he seleccionado algunas
para solaz de sus almas.

Porque en ellas se demuestra
que el amor que nos abraza
elude cualquier frontera,
condición social o raza,

juramento religioso
que sus designios forzara.
Y también quieren mostrar
a la estupidez humana.
Y si a todos los divierten
¡a reír a carcajadas!

1. UN ALMA EN EL PURGATORIO

(Sala de estar de una familia acomodada en la Italia del Renacimiento. Al levantarse el telón, la mujer de Ferondo se pasea inquieta. Golpes en la puerta. La Mujer va a abrir. Vuelve a la habitación seguida por El Abad).

LA MUJER: ¡Gracias por venir, señor Abad!

EL ABAD: Aquí me tiene, a su disposición.

LA MUJER: Soy yo quien debió haber ido a la abadía. Pero no quería despertar sospechas entre los vecinos, la mejor forma de que mi marido se enterara.

EL ABAD: ¡Soy todo oídos, señora!

LA MUJER: Señor, si Dios, como me ha dado, no me hubiera atado a un marido, me sería grato, siguiendo sus instrucciones, entrar en el camino de la vida eterna. Pero yo, considerando quién es Ferondo, mi marido, y sobre todo su necesidad y tacañería, puedo considerarme viuda. Pero como estoy casada, no puedo tomar otro marido. Y me considero muerta en vida porque, además, es tan celoso que no me deja ni a sol ni a sombra. Me hace espiar por los criados. Y sus celos han llegado a tal punto que ha prohibido que en casa haya algún animal macho: solo perras, gallinas, yeguas, gatas y hasta canarias.

EL ABAD: ¿Y yo qué puedo hacer, mi buena señora?

LA MUJER: Por eso le pido que me dé un consejo acerca de cómo curar al necio de mi marido.

EL ABAD: Fácilmente me doy cuenta, hija, de su gran enojo. Sobre todo cuando es usted joven y bella. Pero no se me ocurre ningún remedio que pueda curar al mentecato de su marido.

LA MUJER: Es tan tacaño que solo me visita una vez por mes pues dice que tiene que ahorrar energía para su trabajo.

EL ABAD: (luego de pensar un momento) Y bien, creo que he encontrado el remedio. Le suministraremos una medicina que ha de curarlo para siempre. Pero con una condición.

LA MUJER: Me someto gustosa. Dígamelo, usted.

EL ABAD: Tiene usted que guardar el secreto más absoluto.

LA MUJER: Seré una tumba.

EL ABAD: Si queremos curarlo, tendremos que mandarlo al Purgatorio.

LA MUJER: ¿Y cómo podrá ir al Purgatorio estando vivo?

EL ABAD: Por eso mismo. Tendrá que morir y así irá al Purgatorio y cuando haya sufrido tantas penas, se curarán sus celos y su tacañería. Con ciertas oraciones lo devolveremos a la vida.

LA MUJER: ¿Y debo quedar viuda?

EL ABAD: Sí. Por algún tiempo y, entretanto debe tener cuidado de no volver a casarse, pues Dios lo tomaría a mal.

Además, cuando vuelva Ferondo del Purgatorio, si se entera, se pondría más celoso que nunca. Es decir, que habríamos echado a perder el remedio.

LA MUJER: Con tal de que se cure, a todo estoy dispuesta. Haga usted lo que mejor le agrade.

EL ABAD: (retorciéndose el bigote) Lo haré. Pero ¿qué retribución tendré por semejante servicio?

LA MUJER: Padre mío, lo que usted diga. Siempre que esté al alcance de mi mano. Pero ¿qué puede darle a usted, a un hombre como usted, una mujer como yo?

EL ABAD: Señora, usted puede hacer por mí tanto como yo por usted. Y así como yo me dispongo a hacer lo que ha de ser su bien y consolación, usted puede hacer lo que será la consolación de mi vida.

LA MUJER: ¡Estoy dispuesta!

EL ABAD: Pues entonces me dará su amor y hará que con usted me contente, que por conseguirlo estoy que ardo y me consumo.

LA MUJER: (desconcertada) Pero ¿qué me pide usted, padre mío? Yo lo creía un santo. ¿Acaso así proceden los santos varones a quienes las mujeres van a pedirles un consejo?

EL ABAD: Alma mía, no se maraville. No por pedirle eso se hace menos mi santidad, la cual mora en el alma. Lo que yo le pido es pecado del cuerpo. Pero, sea como fuere, tanta fuerza ha tenido su gentil belleza, que el Amor me obliga a

proceder así. Usted puede ufanarse de su hermosura más que cualquier otra mujer. Los santos del cielo están acostumbrados a ver tanta belleza. Además, aunque yo sea abad, soy hombre como los otros y nada viejo, todavía. No le debe pesar lo que le digo porque así, mientras Ferondo esté en el Purgatorio, yo le haré compañía y le daré los consuelos que él le debería dar y que no le da, a causa de su tacañería. Nadie debe saber esto porque todos creen de mí lo que usted creía y aún más. No rechace la gracia que le manda Dios, que muchas mujeres desearían lo que usted puede tener, y tendrá, si con discreción atiende a mis consejos. Además, tengo joyas buenas y caras que no quiero que sean de ninguna otra mujer sino de usted.

LA MUJER: (luego de pensar un rato) ¡Acepto! Pero le ruego la más absoluta discreción.

EL ABAD: Se lo prometo. Y mi promesa es sagrada como es toda promesa de un abad.

LA MUJER: ¿Qué tengo que hacer?

EL ABAD: Cuando llegue Ferondo, vertirá el contenido de este frasquito en la copa de vino que seguramente le pedirá.

LA MUJER: (espantada) ¿Es un veneno?

EL ABAD: (tranquilizándola) ¡No! Es un narcótico que habrá de sumirlo en un profundo sueño.

LA MUJER: (aguzando el oído) ¡Espere...! ¡Espere! ¡Creo que ahí llega!

EL ABAD: ¡No se olvide de ponerle el narcótico en el vino!
¡Avíseme cuando se duerma!

(El Abad sale, La Mujer se arregla el vestido y el peinado.
Ferondo entra en escena)

FERONDO: ¡Tengo un hambre mortal!

LA MUJER: Ya te traigo de comer. ¡La comida está lista!

FERONDO: ¡No te olvides del vaso de vino! ¡Estoy terriblemente cansado! ¡Esa mula me ha dado trabajo! ¡Se empacó en la cesta y no quería subir! ¡Tuve que venir caminando más de una legua, arrastrando a ese maldito animal!

LA MUJER: ¿Después de comer vendrás a mi cama?

FERONDO: ¡Esta noche, no! ¡Ya te dije que estoy muy cansado!

LA MUJER: Siempre tienes un pretexto para no visitarme. Un día te duele la cabeza, otros días tienes sueño. Otro día, como ahora, estás cansado. ¿Para cuándo? Ya llevamos cinco años de casados.

FERONDO: ¿Cinco años? ¡Me parece que fue ayer!

LA MUJER: ¡Me estoy poniendo vieja!

FERONDO: Yo también...

LA MUJER: Y quiero tener un hijo...

FERONDO: Yo también...Yo también... Pero ahora tengo hambre y sed, mujer. Tráeme la comida. Durante la cena hablaremos...

LA MUJER: Así lo espero...

(Con rabia, la mujer sale. Ferondo queda solo)

FERONDO: (monologando) ¡Un hijo...! ¡Sí...! ¡Podría ser! ¡Por qué no? ¡Pero un hijo trae complicaciones...! Se enferma y hay que gastar en médico... Y el médico receta remedios que hay que comprar en la botica y ya se sabe que todos los boticarios son unos ladrones que se aprovechan de las aflicciones de la gente... Después, cuando crecen, hay que comprarles zapatos que ellos gastan con tanto correr... Más tarde van a la escuela... Y hay que comprarles libros y cuadernos para que aprendan a leer y escribir pero que ellos destrozan alegremente. Y de nuevo hay que comprarles otros libros y otros cuadernos... Y hay que comprarles ropas... Ropas buenas... No cualquier ropa... Porque los compañeros seguramente llevarán buenas ropas y no quiero que los padres de los otros niños digan que Ferondo es un mal padre. (reflexiona) ¡No! ¡No estoy en condiciones de tener un hijo! Tal vez, más adelante, cuando haya amasado una buena fortuna...

(Entra en escena la mujer)

LA MUJER: (depositando una bandeja sobre la mesa) ¡Aquí tienes tu comida y tu vino!

FERONDO: ¿Qué hay de comer?

LA MUJER: ¡Lo de siempre: guiso de repollo con cebolla!

FERONDO: (frotándose las manos) ¡Es mi preferido!

LA MUJER: Es tu preferido porque es lo más barato. En esta casa no se come nunca ni carne de vaca, ni de cerdo, ni pollo, ni pescado...

FERONDO: El repollo es bueno para la digestión... Y la cebolla evita las fiebres malsanas...

LA MUJER: Del asado que solía comer en casa de mis padres, solo tengo un vago recuerdo. También he olvidado el gusto del cerdo, del pollo y del pescado... En cuanto al queso, solo lo comemos para Pascuas.

FERONDO: ¡Estoy ahorrando, mujer! ¡Estoy ahorrando!

LA MUJER: ¿Para quién? ¡Solo podré comprarme un vestido nuevo cuando quede viuda!

FERONDO: Y espero que pasen muchos años antes de que se cumplan tus deseos. Cada día me siento más fuerte y vigoroso...

LA MUJER: No sé de qué te sirve tanta fuerza y tanto vigor, si vienes a mi cama cada mes.

FERONDO: Hay que ahorrar fuerza para trabajar y hacer dinero...

LA MUJER: Y todo el dinero que ahorres, ¿adónde te lo vas a llevar cuando te mueras?

FERONDO: ¡Quedará para ti!

LA MUJER: ¿Así que tengo que esperar que te mueras para poder gozar de la vida?

FERONDO: ¡Así es!

LA MUJER: Pero, ¿Cuánto vas a tardar en morirte? Con tu salud de hierro... es muy posible que yo me muera primero...

FERONDO: ¡No creo...! ¡No creo!

LA MUJER: ¡Bah! Dejemos de hablar pavadas y come tu comida que se va a enfriar.

FERONDO: (tomando la copa de vino con el somnífero)
¡Primero un trago de vino para preparar el estómago! (bebe un trago de vino, deja la copa y se queda pensativo)

LA MUJER: ¿En qué piensas?

FERONDO: ¡Este vino tiene un gusto muy raro...!

LA MUJER: Es el vino de siempre... el que tomas todos los días...

FERONDO: (dudando) No lo creo... el que tomo todos los días es más áspero... (vuelve a probarlo). Este es más dulzón... ¡Espero que no lo hayas sacado del barril de vino añejo que reservo para las grandes ocasiones o cuando viene alguna persona importante con la que tengo que hacer negocios...!

LA MUJER: Saqué el vino de la damajuana, como me has indicado...

FERONDO: (volviendo a degustar el vino) Sin embargo, lo encuentro muy dulzón... (deja la copa y trata de comenzar a comer, bosteza largamente). Tengo un sueño de todos los demonios... (se toma la cabeza con las dos manos) Creo que me voy a ir a la cama sin cenar... ¡No puedo más! (trata de incorporarse, se tambalea y cae al suelo).

(La Mujer se acerca lentamente, lo toca primero con el pie..., luego se agacha y lo toca con la mano).

LA MUJER: ¡Ferondo...Ferondo...! ¿Estás dormido? (lo sacude violentamente) ¡Ferondo...! Ferondo...! ¡Vamos a la cama...! ¡Dormir en el suelo es malsano! (le da otro sacudón. Ferondo le responde con un sonoro ronquido. La Mujer se incorpora y va hacia el lateral derecho y llama). ¡Padre... Padre... venga! ¡Creo que el vino le ha hecho efecto a mi marido!

(Aparece en escena El Abad, se acerca, lo sacude a Ferondo)

EL ABAD: ¡El pobre infeliz está frito! Seguramente dormirá hasta mañana a la noche. (a la Mujer) Antes de curar a su marido de la tacañería, cumpla usted con lo que me ha prometido. ¿Está dispuesta?

LA MUJER: (bajando los ojos, toda avergonzada) ¡Sí, padre!

EL ABAD: ¡Muy bien! ¡Pero antes debemos quitar todos estos muebles de esta sala y solo dejar un banquito!

(Ambos comienzan a despejar la sala mientras Ferondo ronca a pata suelta en el suelo.)

APAGÓN.

(Desde lo alto de la parrilla, desciende casi sobre la boca del escenario una enorme reja como la de una cárcel. Cuando las luces se encienden de nuevo, Ferondo comienza a despertarse. Se sienta en cuclillas, bosteza largamente. Se refriega los ojos).

FERONDO: ¡Cómo he dormido! (vuelve a bostezar) ¡Caí como una piedra! ¿Qué hora será?... (Se refriega otra vez los ojos. Cuando los abre, mira alrededor y ve el cuarto vacío) ¿Qué se ha hecho de los muebles? (gritando) ¡Mujer...! ¡Mujer! ¡Qué se ha hecho de los muebles? (se pone de pie) ¿Y mi cama? ¿No me digan que he dormido en el suelo? (gritando de nuevo) ¡Mujer...! ¡Mujer! ¿Dónde está mi cama? (de pronto, se da cuenta de que tiene enfrente una reja) ¿Una reja? ¿Acaso estoy en una cárcel? Y si es una cárcel ¿por qué estoy aquí? (piensa un rato) ¡No he cometido ningún crimen...! ¡Tampoco he robado! Soy un honrado comerciante. ¡Compro a 1 y vendo a 2! (duda un momento) ¡A veces vendo a 3, a 4 y hasta 5! ¡Depende de la cara del cliente! ¡Pero eso no es un crimen para estar en la cárcel! (va hacia las rejas y comienza a sacudirlas) ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Alguaciles! ¡Jueces! ¿Dónde estoy? (Aparece El Abad, disfrazado de Ángel con una larga túnica blanca, dos alas y una falsa aureola que le flota sobre la cabeza).

EL ABAD: (con voz grave) ¡Estás en el Purgatorio!

FERONDO: ¿En el Purgatorio? ¿Es decir que estoy muerto?

EL ABAD: Sí, has muerto. Y ahora tienes que purgar tus culpas antes de entrar en el Paraíso (de inmediato, comienza a darle de chicotazos a Ferondo, que se defiende de los azotes como puede: se tapa la cara con las manos; cae de rodillas)

FERONDO: ¡Perdón, Señor, por mis pecados!

EL ABAD: ¡Sobre todo, de tus celos enfermizos y de esa tacañería que tanto hace sufrir a tu mujer!

FERONDO: (gimiendo) ¡Me arrepiento de todo! ¡Me arrepiento de todo: de mis celos, de mi tacañería!

EL ABAD: ¡Ahora, prepárate para comer y beber!

FERONDO: ¿Acaso comen los muertos?

EL ABAD: (dejando una bandeja en el suelo, con comida y bebida) ¡Sí! ¡Y esto que te traigo es lo que tu mujer mandó esta mañana a la iglesia, a cambio de unas misas que deberán ser dichas en sufragio de tu alma y que, si así quiere Dios que... esta comida te sea dada.

FERONDO: ¡Muchas gracias, señor Ángel! ¡Muchas gracias! Bendita sea mi mujer. Antes de morir, yo la quería mucho. Todas las noches la tenía en mis brazos y no hacía otra cosa que besarla. ¡Y aún otras cosas, cuando tenía tiempo!

EL ABAD: ¡No mientas, Ferondo! ¡No mientas! ¡Recuerda que estás en el Purgatorio y aquí no se puede mentir porque cada vez que mientas se alargará tu estadía en estos parajes! ¡Cuanto más mientas, más tardarás en subir a los cielos!

FERONDO: Yo no quiero subir a los cielos. ¿Alguna vez pueden regresar a la vida, los que están muertos?

EL ABAD: ¡Si Dios lo quiere!

FERONDO: Si vuelvo a la Tierra, seré el mejor marido del mundo. Nunca le pegaré a mi mujer ni le recriminaré nada, salvo el vino que me acaba de mandar. Tampoco el hecho de que no me haya mandado velas. Tendré que comer a oscuras.

EL ABAD: Sí, mandó, pero se consumieron en las misas de la abadía. Además, aquí no necesitas velas porque te alumbra la luz divina.

FERONDO: ¡Es verdad! ¡Es verdad! Si algún día vuelvo a mi casa, dejaré que mi mujer haga lo que ella quiera. Pero dime, en realidad ¿Quién eres? ¿Qué has sido antes de convertirte en ángel?

EL ABAD: ¡Fui un ser humano como tú, y como era muy celoso, Dios me ha condenado a esta pena de darte de comer y beber para luego azotarte hasta que la Divina Voluntad decida otra cosa!

FERONDO: (curioso) Y aquí, no hay más personas que nosotros dos.

EL ABAD: Hay millones y millones de almas, pero no puedes verlas ni oírlas; y ellas tampoco te pueden ver ni oír.

FERONDO: (con mayor curiosidad) Y, dime, ¿a cuánta distancia estamos de la Tierra?

EL ABAD: A muchísimas leguas, tantas que ya no se pueden contar.

FERONDO: ¡Si son tantas, entonces debemos estar fuera del mundo!

EL ABAD: Ahora, toma tu vino porque tengo que apalearte de nuevo.

(Ferondo se resiste pero el Abad se acerca amenazador, con el chicote. Ferondo bebe el vino apresuradamente. El Abad levanta el chicote para comenzar su castigo. De pronto, se detiene).

EL ABAD: (como si escuchara una voz interior) ¡Sí, Dios mío! ¿Qué suspenda el castigo? ¡Así se hará, Señor! ¿Ha sido perdonado? (a Ferondo) ¡Consuélate, Ferondo, Dios quiere que regreses al mundo!; al llegar tendrás un hijo y le llamarás Benito, porque por los ruegos del santo abad en el monasterio y de tu mujer, tus pecados te han sido perdonados.

FERONDO: (a quien el vino, con el somnífero, comienza a hacerle efecto) ¡Gracias, Dios mío! ¡Que el Señor Dios tenga un buen año, como así también San Benito, el abad y mi mujer, tan dulce, tan modosa y tan graciosa!

(El abad se retira. Ferondo queda dormido en el suelo).

APAGÓN

(Cuando las luces se enciendan, las rejas han desaparecido y Ferondo duerme en su cama.)

FERONDO: (despertándose) ¡No... ¡ ¡No...! ¡No...! ¡Señor Ángel, no me castigue más! ¡Si vuelvo a la Tierra, no seré más tacaño, atenderé a mi mujer por lo menos dos veces por semana, con el fin de que tengamos un hijo! ¡Palabra de Ferondo! (se incorpora en la cama. Se refriega los ojos) ¿Dónde estoy? ¿Estoy en el Purgatorio? Se detiene, mira a su alrededor) ¿Y las rejas? ¿Dónde están las rejas? (pausa). Esto se parece a mi pieza... (de pronto, tiene un repentino ataque de terror) ¡Socorro...! ¡Mujer...! ¡Socorro...!

(Entra en la habitación la mujer, seguida de El Abad, que se ha quitado el disfraz de Ángel).

LA MUJER: (gritando) ¡Milagro... milagro... Ferondo ha vuelto a la vida! (se ve que La Mujer está en un estado avanzado de gravidez). ¡Ferondo, has despertado!

FERONDO: ¿Cómo, he despertado? ¡Estuve en el Purgatorio y he sido castigado por mis pecados: por ser avaro y por no visitar más a menudo a mi mujer!

LA MUJER: No, Ferondo, has estado dormido, como muerto durante nueve meses. Pero gracias a las oraciones del santo Abad, aquí presente, has vuelto a la vida y vas a ser padre muy pronto.

FERONDO: ¿Gracias al santo Abad? ¿He vuelto a la vida? ¿Voy a ser padre?

EL ABAD: Solo he sido intermediario entre los pedidos que tu mujer y la Divina Providencia. (le tiende una cruz) toma la cruz y bésala (Ferondo besa la cruz. El Abad lo rocía con agua bendita)

FERONDO: (pensativo) ¡Así que estuve muerto durante 9 meses! ¡Qué raro! ¡Entonces, he soñado que estuve en el Purgatorio!

EL ABAD: Es muy posible que, mientras tú dormías, tu alma haya volado hasta el Purgatorio. ¡El poder de Dios es infinito!
(Ferondo se queda pensativo. Mira el vientre abultado de su mujer)

FERONDO: ¿Y cómo se explica que mi mujer esté preñada, si durante estos 9 meses estuve en el Purgatorio?

EL ABAD: ¡Ese es otro milagro!

LA MUJER: ¡Tal vez quedé preñada después de tu última visita a mi cuarto!

(Ferondo saca cuentas con los dedos. Se corrige. Luego vuelve a sacar cuentas)

FERONDO: (dubitativo) ¡No me cierra! ¡No me cierra!

EL ABAD: No trates de explicarte los misterios de la Divina Providencia

LA MUJER: (apurada) Ahora, despídete del señor Abad y prométele que darás una gran limosna a su monasterio.

FERONDO: (yendo hacia El Abad, inclinándose y besándole la mano) ¡Gracias, Santo Padre! ¡Le enviaré una gran limosna al monasterio! ¡Y lo he de proveer de todas las velas que usted necesita para el oficio!

EL ABAD: (poniéndole la mano sobre la cabeza) ¡Que Dios te bendiga, hijo!

FERONDO: Y vuelva cuando guste, señor abad.

EL ABAD: ¡Así lo haré, hijo mío! (le hace un guiño a la mujer)

LA MUJER: Yo acompañaré al señor abad. Luego, comerás lo que te he preparado: un lechón al horno con abundantes verduras. Debes reponer fuerzas, después de todo lo que has pasado.

(La mujer y el Abad salen. Ferondo se vuelve a sentar en su cama y comienza de nuevo a sacar cuentas con los dedos).

FERONDO: ¡9 meses! ¡Pero no me cierra...! ¡No me cierra...! ¡Pero, como dijo el abad, no hay que averiguar los misterios de la Divina Providencia!

TELÓN

DESDE LO ALTO DE LA PARRILLA

BAJA UN CARTEL QUE DICE:

2. EL ÁRBOL ENCANTADO

LA JUGLARESA se adelanta y canta:

Si alguna vez de ti puedo librarme
amor, amor, amor nunca imagino
que consigas de nuevo acorralarme.

Siendo muy joven me alisté en tu guerra;
suponiéndola paz, suprema y dulce
mis armas fui sembrando por la tierra.

Más tú, tirano cruel y riguroso
al ver que así de ti yo me confiaba
me atacaste con celos, rencoroso.

Llena de amargas lágrimas y penas
al que ha nacido para muerte mía
me entregaste cargada de cadenas.

Y en tu prisión estoy tan sojuzgada
que mi dolor, mis llantos y suspiros,
mis lágrimas de amor no valen nada.

Mis ruegos todos se los lleva el viento.
Nadie me escucha, nadie quiere oírme
y de hora en hora crece el sufrimiento.

Vivir me angustia y a morir no acierto.
Conduélete, señor, de mi congoja
para que pueda yo hallar un puerto.

Y si te apiadas de mis tristes penas
has tú que venga, ya que yo no puedo
prendida entre tus brazos y cadenas.

(Las luces se apagan. Desde la parrilla desciende una gran escalera de tijeras que simula en su parte superior la copa de un árbol muy frondoso. Cuando las luces se encienden, Pirro comienza a subir por la escalera y se esconde en la copa del árbol).

EL SEÑOR NICÓSTRATO: (apareciendo en escena junto a su esposa Lidia) ¡Hija mía: ahora me voy a Fiésole a comprar el vino de la última cosecha. Espero que te portes bien y que no des que hablar a la gente, que te envidia por haberte casado con un hombre tan rico como yo!

LIDIA: Ya sabe usted, señor, que yo siempre lo he respetado. Y aunque no estoy enamorada, le estoy agradecida por haberse fijado en mí, una persona que no es de su condición social.

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡La hermosura borra todas las diferencias sociales!

LIDIA: Pero quisiera pedirle una cosa...

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Te escucho, hija mía!

LIDIA: Espero que a su vuelta de Fiésole, usted cumpla con la promesa que me hizo el año pasado.

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Qué promesa?

LIDIA: Venir a visitarme a mi cama, aunque solo sea una noche, sobre todo ahora que viene el invierno. Me siento sola y con frío.

EL SEÑOR NICÓSTRATO: Ya sabes, hija mía, que mi salud todavía no está muy buena después de los cólicos que tuve. Ahora me estoy preparando para esa visita que le haré con seguridad para el día de su cumpleaños.

LIDIA: ¿Tanto tengo que esperar?

EL SEÑOR NICÓSTRATO: Estamos en noviembre. Tan solo quedan solo quedan 6 meses.

LIDIA: ¡6 meses!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Quien ha esperado 6 meses bien puede esperar otros 6!

LIDIA: ¿No podría ser antes?

EL SEÑOR NICÓSTRATO: Estoy terminando un tratamiento y el médico me ha dicho y asegurado que dentro de 6 meses el mástil estará listo y en él podremos enarbolar la bandera. Y de ese feliz suceso espero tener un hijo que será el heredero de todos mis bienes, de todo lo que poseo. Entonces, recién podré morir tranquilo. (Se escuchan ruidos en la copa del “árbol”) ¿Quién anda ahí?

PIRRO: (entre el follaje primero y luego sacando la cabeza) ¡Soy yo, señor Nicóstrato!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Y qué andas haciendo, encaramado en la copa de ese árbol? Seguramente, robándome alguna fruta.

PIRRO: Nada de eso, señor. Ando espantando a los pájaros que no dejan madurar a las frutas.

EL SEÑOR NICÓSTRATO: Y de paso, te comes algunas que estén pintonas.

PIRRO: (con cara de espanto) ¡Patrón...! ¡Señor...! ¿Qué está haciendo?

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Cómo... qué estoy haciendo? ¿No ves que me estoy despidiendo de la señora Lidia, antes de partir para Fiésole, a comprar una partida de vino nuevo?

PIRRO: ¡Pero usted no hace eso!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Cómo? ¿Acaso me vas a prohibir que me despida de mi mujer?

PIRRO: ¡Pero esa no es una manera de despedirse...!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Cómo que no es una manera de despedirme? ¿Cómo tengo que hacerlo, sinvergüenza?

PIRRO: ¡Vestido! ¿O piensa partir desnudo para Fiésole?

EL SEÑOR NICÓSTRATO: Dime, pedazo de idio, ¿haz comenzado a beber tan temprano? Estoy vestido y bien vestido. Tengo puestas mis calzas, mi jubón de terciopelo y mi sombrero con plumas de faisán. Y además, llevo puesta una camisa de seda.

PIRRO: (con humildad fingida) ¡Perdón, señor, no quiero que se ofenda pero voy a decirle una cosa...

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Qué cosa?

PIRRO: (rotundo) ¡Usted está completamente desnudo!

(Instintivamente, Nicóstrato se tapa el sexo con las dos manos)

PIRRO: ¡Sí! Y además, hay otra cosa...

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Y qué otra cosa, sirviente borracho?

PIRRO: Con el debido respeto, por supuesto...

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Habla de una vez, sirviente inservible y ocioso!

PIRRO: Pero usted no se ofenda, porque...

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Pero qué...Pero qué...?

PIRRO: Usted lo ha querido: la señora Lidia también está desnuda.

(La señora Lidia, instintivamente también se tapa el sexo con ambas manos)

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Cómo dices, desvergonzado?

PIRRO: ¡No se ofenda! Ya le dije: ¡con el debido respeto...!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: (volviéndose hacia la señora Lidia, la mira de arriba abajo. Luego gira alrededor de la mujer sin dejar de observarla) ¡Está vestida! ¡Y muy bien vestida!

PIRRO: ¡Pero yo, desde aquí, la veo desnuda y bien desnuda...! ¡Este árbol debe estar embrujado!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Yo te voy a quitar el embrujo de ese árbol con mi bastón, en cuanto bajes, si sigues hablando estupideces!

PIRRO: ¡Se lo juro, patrón! Yo ya le dije que no tenía que enojarse. Si quiere, le puedo dar una prueba de lo que digo...!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Qué prueba ni qué prueba! (de pronto, picado por la curiosidad)... ¿Qué prueba?

PIRRO: ¡Pero no vaya a enojarse! ¡Júreme antes, que no va a enojarse y mucho menos, pegarme con su bastón!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: (piensa unos instantes y luego, atraído por la curiosidad) ¡Está bien, sinvergüenza! ¡Venga esa prueba!

PIRRO: Su señora esposa tiene un lunar grande como un garbanzo, al lado del ombligo.

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Cómo dices, atrevido?

PIRRO: ¡Ya le dije que no se enojara!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Y cómo lo sabes?

PIRRO: Porque lo estoy viendo. Desde aquí lo estoy viendo claramente. Ya le dije que este árbol está embrujado.

EL SEÑOR NICÓSTRATO: (mirando atentamente a su mujer, en el lugar donde debe tener el ombligo). (a la mujer) ¿Dime, tienes un lunar al lado del ombligo?

LIDIA: ¿Usted no se acuerda?

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Cómo para andar fijándome en pavadas!

LA SEÑORA LIDIA: Yo creía que usted se había fijado en el lunar durante la noche de bodas.

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Eso fue hace como un año...! ¡Además, lo hicimos a oscuras!

LA SEÑORA LIDIA: Es claro. Después, usted no volvió nunca más a mi pieza.

EL SEÑOR NICÓSTRATO: Ya le dije que me agarró esa enfermedad que me dejó medio idiota. Casi no podía pensar... Mucho menos hubiera podido...

LA SEÑORA LIDIA: (haciéndose la melindrosa) ¡Por favor...!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Está bien! ¿Pero tiene o no tiene ese lunar?

LA SEÑORA LIDIA: (con vergüenza fingida) Sí, señor...!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡y ese sinvergüenza se lo ha visto! ¡Por Belcebú!

LA SEÑORA LIDIA: (quejosa) ¡Pero no ha sido por mi voluntad!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Haré que derriben ese árbol a hachazos! (pensativo) Conque ese pillo le ha visto el lunar al lado del ombligo! (aterrorizado, luego de razonar mentalmente dirigiéndose a Pirro, que está en el árbol) ¡Y si le ha visto el lunar, sinvergüenza, tiene que haberle visto otra cosa más a mi mujer: ¡Bájate del árbol inmediatamente!

PIRRO: ¡Como usted mande, señor! Pero yo le diría que suba al árbol para que compruebe por sus propios medios lo que yo estoy viendo.

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡Bájate primero, sirviente desleal!

PIRRO: ¡Allá voy! (se descuelga del árbol como un gato) ¡Aquí me tiene! (al señor Nicóstrato) Lo ayudo a subir?

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¿Qué te has creído? Todavía puedo hacerlo solo. Ahora estoy fuerte como un roble.

(El señor Nicóstrato comienza a subir por el árbol con toda dificultad. Por momentos pareciera que se va a venir abajo)

PIRRO: (por lo bajo, a la señora Lidia) ¿Está lista, mi amor?

LA SEÑORA LIDIA: ¡Ay, Pirro! Usted casi me delata cuando se puso a hablar de mi lunar...

PIRRO: Tenía que darle una prueba contundente al viejo... ¡No perdamos tiempo...!

(Ambos corren detrás de una cerca que se encuentra casi al fondo de la escena. Se pierden detrás de ella. Instantes

después, sobre la cerca, van apareciendo indumentarias femeninas y masculinas, sucesivamente).

EL SEÑOR NICÓSTRATO: (desde el árbol)
¡Sinvergüenzas...! ¿Qué están haciendo?

PIRRO: (detrás de la cerca) ¡Nada, señor! ¡Nada! ¡Estamos donde usted nos dejó!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: (dando un alarido) ¡Pero ustedes dos están en cueros!

PIRRO: ¡Visiones, señor Nicóstrato! ¡Puras visiones...! ¡Ya le dije que el árbol está embrujado!

EL SEÑOR NICÓSTRATO: (como siguiendo los juegos amorosos de los amantes) ¡Eso, no, sinvergüenza...! ¡Eso, no...! ¡Bajo enseguida y les rompo los huesos a los dos...! ¡Habrás visto a mi mujer follando con un sirviente! ¡Poniéndome los cuernos!

PIRRO: (un tanto forzado por los debates amorosos) ¡No tenemos la culpa...! ¡Señor! ¡No tenemos la culpa, señor, de lo que usted vea! ¡Son... todas... mentiras! ¿Vio que... el árbol... está... embrujado?

(El señor Nicóstrato vacila. Duda unos momentos y luego, muy resuelto, dice)

EL SEÑOR NICÓSTRATO: ¡En cuanto baje de este maldito árbol, lo voy a hacer cortar! ¡Mejor dicho, tú mismo, pícaro, sinvergüenza, traerás un hacha para derribarlo! (con temor, a sí mismo) ¿Y ahora, cómo hago para bajar...! No encuentro la rama por dónde subí... despacio... ¡Despacio...!

¡No te vayas a venir abajo... podrías romperte un brazo... o una costilla!

(APAGÓN)

(En la oscuridad se escucha un estrépito de ramas que crujen, primero, y luego un cuerpo que cae pesadamente a tierra)

CUANDO LAS LUCES SE ENCIENDEN
BAJA UN CARTEL CON LA LEYENDA

3. EL JARDINERO MUDO

(El juglar sale a escena con su guitarra y canta:)

La gente tonta, a veces, se imagina
que una joven llevando tocas negras
y jurándole a Dios amor eterno
ya no siente escozor entre las piernas.
Pero escuchad la historia de Masetto,
un bravo muchachón, buen hortelano
que se moría de hambre en el invierno
y también en los meses de verano.

CODA

¡Ay, la bondad de Cristo llega a tanto
que paga bien por mal, muy generoso,
a quien le pone cuernos sacrosantos!

(El juglar se retira)

(Jardín de una abadía de monjas. A la izquierda se ve la entrada de una rústica casilla. Neto habla con La Abadesa, una mujer madura pero saludable. Tiene a su lado a Masetto de Lamporecchio, un mocetón alto, muy gallardo y con una cara angelical. Junto a La Abadesa se encuentran Sor Angélica y Sor Filomena, dos monjitas jóvenes y bellas que escuchan la conversación con fingido recato)

NETO: Madre Abadesa, como yo tengo que trasladarme a Verona para atender a una hermana mía que es pobre y, además, ha quedado viuda, le traigo un reemplazante. ¡Es un buen jardinero y mejor hortelano! Es fuerte, como usted verá, y muy trabajador. Pero, desgraciadamente, tiene un defecto...

LA ABADESA: ¿Le gusta el vino?

NETO: No, nada de eso, madre. Masetto es sobrio y, además, frugal.

LA ABADESA: ¡Hermosa virtud esta última, sobre todo porque no causará gastos en comida! Pero, ¿Cuál es su defecto?

NETO: ¡Desgraciadamente, reverenda madre, el pobre es sordomudo!

LA ABADESA: ¿Sordomudo? ¿Y cómo haremos para comunicarnos con él? ¿Sabe leer y escribir?

NETO: Desgraciadamente, no, reverenda madre. Pero es muy hábil con las manos y se hace entender por señas y también comprende del mismo modo.

LA ABADESA: El sueldo es poco: 20 escudos por mes. En cuanto a ropa, se tendrá que conformar con lo que le demos.

NETO: Es servicial y de una lealtad a toda prueba.

LA ABADESA: Podrá dormir en la casilla de las herramientas, donde usted dormía.

NETO: Conforme, reverenda madre.

LA ABADESA: Pero no conteste por él. Pregúntele si está conforme con lo que le proponemos.

NETO: (le hace señas con las manos a Masetto, al mismo tiempo que habla moviendo exageradamente la boca, como se les habla a los sordomudos) ¡Pagarán... 10 escudos por mes...! Te darán... de comer... bien! ¡Te darán... buena ropa... ¡ ¡Dormirás en esa casilla... donde yo dormía... y donde están... las herramientas...! ¿Estás... conforme? (Masetto dice que sí con la cabeza, en forma exagerada, a La Abadesa y sonrío como un estúpido).

LA ABADESA: ¡Gracias, señor Neto, por los servicios prestados! Sentimos mucho su partida (con la mano derecha hace una cruz en el aire) ¡Que Dios lo bendiga, que encuentre un buen trabajo y que su hermana logre el consuelo necesario!

(Neto hace una reverencia, pone una rodilla en tierra y besa el escapulario de La Abadesa).

NETO: ¡Adiós, reverenda madre! ¡Adiós! (se retira visiblemente emocionado).

(Masetto se queda mirando a La Abadesa con cara de estúpido).

LA ABADESA: (a las dos monjitas) Y ustedes, hermanas, indíquenle las tareas que debe cumplir tanto en el jardín como en el huerto. Y como pronto habrá de sonar el mediodía, indíquenle el camino de la cocina para que este pobre hombre tome su almuerzo. Yo hablaré con la hermana encargada del economato.

SOR ANGÉLICA: (haciendo una reverencia) ¡Sí, reverenda madre!

SOR FILOMENA: (ídem) ¡Como usted diga, reverenda madre!

(La Abadesa sale de escena, quedan las dos monjitas y Masetto. Ambas religiosas comienzan a observar al sordomudo. Giran alrededor de él).

SOR ANGÉLICA: (estallando en una carcajada) ¡Si eres capaz de guardar un secreto, te diré lo que se me ha ocurrido y de lo cual tú también podrías sacar provecho!

SOR FILOMENA: ¡Juro que no diré nada a nadie! (besa sus dedos en cruz).

SOR ANGÉLICA: No sé si te habrás dado cuenta de la vida estricta que llevamos y que ningún hombre se atreve a entrar aquí, salvo nuestro confesor y el viejo jardinero que acaba de marcharse. Y ahora viene a vivir aquí este joven sordomudo. Muchas veces he oído decir a mujeres que nos visitaron que todas las dulzuras son una burla en comparación con lo que

la mujer siente en la cama con un hombre. Por eso, he pensado que si con otros hombres no puedo probar esa dulzura, bien lo podría hacer con este joven que es sordo y mudo. Él nada podrá decir a nadie. Además, es un mocetón un poco estúpido pero bello y, sobre todo, fornido. ¿Qué me dices?

SOR FILOMENA: ¡Cállate! ¿Acaso no sabes que le hemos prometido a Dios nuestra virginidad?

SOR ANGÉLICA: (con picardía) ¡Oh, cuántas cosas se prometen y no se cumplen! Además, yo no estoy aquí por mi voluntad sino por voluntad de mis padres que han decidido tener una hija religiosa. ¡Que otras cumplan, entonces, lo que nosotras no hemos prometido!

SOR FILOMENA: (temerosa) ¿Y si quedamos embarazadas?

SOR ANGÉLICA: Ya estás pensando en el mal, antes de que llegue. Cuando eso ocurra, ya pensaremos. Habrá mil modos de arreglar ese accidente sin que nadie se entere. Siempre y cuando ninguna de nosotras diga nada.

SOR FILOMENA: ¿Y qué haremos?

SOR ANGÉLICA: Esta noche, cuando todas las hermanas y la madre abadesa se hayan dormido, nosotras no dormiremos. Miraremos si hay alguien en el jardín y una a una entraremos en la casilla donde estará durmiendo el mudo. Mientras una de nosotras se refocila, la otra montará guardia por si viniera alguien.

SOR FILOMENA: (de golpe y aterrorizada) ¡Habla más bajo! ¡Habla más bajo, que te pueden oír!

SOR ANGÉLICA: ¿Quién? ¿Te has olvidado de que el pobre infeliz es mudo porque es sordo? A ver, ¡llámalo!

SOR FILOMENA: (tímidamente) ¡Oiga, buen hombre...!

SOR ANGÉLICA: ¡Más fuerte, mujer! ¡Más fuerte!

SOR FILOMENA: (levantando el tono de voz) ¡Oiga, buen hombre!

SOR ANGÉLICA: (imperiosa) ¡Más fuerte!

SOR FILOMENA: (a punto de gritar) ¡Oiga, buen hombre!
¡A usted, le digo!

(Masetto la mira impávido y le hace señas de que no oye y que por eso no puede hablar).

SOR ANGÉLICA: ¿Te has dado cuenta? ¡Sordo como una tapia!

SOR FILOMENA: ¿Y si de pronto llegara a oír?

SOR ANGÉLICA: ¡No seas estúpida! ¡El hombre es sordo de nacimiento! (Se dirige a Masetto, le señala un cantero primero, luego un montículo. Hace grandes ademanes como si le indicara que en el cantero deberá sembrar flores y que luego deberá remover el montículo. Le habla moviendo exageradamente la boca, como hacen aquellos que tratan de hacerse comprender por los sordomudos. Luego le señala la casilla de las herramientas).

(Las luces se van apagando lentamente hasta la oscuridad completa. Cuando se encienden de nuevo, lentamente, es pasada medianoche).

SOR ANGÉLICA: (con cuidado) El mudo ya debe estar dormido. No hay luz en la casilla.

SOR FILOMENA: ¡Esto es una locura! ¿Y si nos descubren?

SOR ANGÉLICA: ¡No seas tonta! Te quedarás en la puerta haciendo guardia y si sientes algún ruido, me avisas.

SOR FILOMENA: ¿Y si nos descubren?

SOR ANGÉLICA: Diremos que fuimos al jardín para hacer unas oraciones aprovechando la tibieza de la noche.

SOR FILOMENA: ¡Tengo miedo!

SOR ANGÉLICA: ¡Te digo que no pasará nada!

SOR FILOMENA: ¡Dios quiera! (se persigna)

(Sor Angélica penetra en la casilla. Se escuchan ruidos. Luego, un silencio. Sor Filomena se aproxima a la puerta y pone el oído. Se escuchan gemidos. La casilla comienza a sacudirse de un lado a otro. Finalmente, se deja oír un gemido ahogado. Sor Filomena, asustada, está a punto de huir).

SOR ANGÉLICA: (saliendo de la casilla, con la toca revuelta y el hábito completamente arrugado. Trata de arreglarse) ¡Dios mío!

SOR FILOMENA: (curiosa) ¿Y qué pasó?

SOR ANGÉLICA: Lo que tenía que pasar.

SOR FILOMENA: ¿Te dolió? Porque escuché que dabas un grito.

SOR ANGÉLICA: Al principio, sí. ¡Pero luego, todo fue delicioso!

SOR FILOMENA: (cada vez más curiosa) ¿Y qué se siente?

SOR ANGÉLICA: (soñadora) Primero, como una música celestial. Luego, fue un delicioso escalofrío que me recorría todo el cuerpo. Y por último, una tranquilidad beatífica. Como si me hubiera unido a la divinidad. Eso es lo que deben sentir los místicos cuyos libros hemos leído.

SOR FILOMENA: (cada vez más curiosa) ¿Así que es como estar unida a Dios?

SOR ANGÉLICA: (suspirando) ¡Ni más ni menos.

SOR FILOMENA: ¿Y crees que yo...?

SOR ANGÉLICA: (tranquilizándola) Dejémoslo descansar al pobre mudo.

SOR FILOMENA: ¿Por qué?

SOR ANGÉLICA: Después te explico...después te toca a ti...

SOR FILOMENA: ¿A mí?

SOR ANGÉLICA: ¡Sí! ¡A ti! Y apúrate que pronto van a tocar a maitines!

SOR FILOMENA: ¡Me muero de miedo!

SOR ANGÉLICA: Ya verás que pronto se te pasa, cuando estés en brazos del sordomudo.

SOR FILOMENA: ¿Y tú vigilarás que no venga nadie? ¡Y si viene alguien, avísame!

SOR ANGÉLICA: (arrastrándola y metiéndola casi a la fuerza en la casilla) ¡De una vez por todas, apúrate!

(Sor Filomena penetra en la casilla y cierra la puerta. En la escena queda Sor Angélica. Luego de unos instantes, se escucha un grito sofocado. La casilla comienza a sacudirse peligrosamente. Sor Angélica contiene una risa maliciosa y cuando la casilla deja de moverse se aproxima a la puerta, que se abre y aparece Sor Filomena, como borracha, pero con la cara radiante, arreglándose el hábito y componiéndose la toca que le ha quedado atravesada)

SOR ANGÉLICA: (ansiosa) ¿Y cómo te fue?

SOR FILOMENA: ¡Es verdad! Al principio, duele, pero luego... qué maravilla.

SOR ANGÉLICA: ¿Y el mudo?

SOR FILOMENA: ¡Ese mozo tiene una fuerza...! ¡Gracias a Dios que es mudo!

SOR ANGÉLICA: (entusiasmada) ¡Ahora iré yo otra vez! ¡Cuídame la puerta y, si viene alguien, cántame en voz alta!

(Sor Angélica penetra en la casilla. En ese momento, aparece la Abadesa. Sor Filomena comienza a cantar con voz atiplada el *Tantum ergo*).

LA ABADESA: ¿Qué hace usted, Sor Filomena, en el jardín y a estas horas?

SOR FILOMENA: (bajando la cabeza, con humildad) Como se me quitó el sueño, vine al jardín para rezar unas oraciones...

LA ABADESA: (maliciosa) Y para cantar... ¿no ha pensado que podría despertar a las otras hermanas?

SOR FILOMENA: ¡Lo hacía en voz baja, reverenda madre!

LA ABADESA: ¿Y quién estaba con usted, Sor Filomena?

SOR FILOMENA: Estaba yo sola, reverenda madre.

LA ABADESA: Sin embargo, escuché voces.

SOR FILOMENA: Rezaba en voz alta.

LA ABADESA: (cada vez más incisiva) ¡Qué raro! Me pareció oír su voz y la voz de otra religiosa...

SOR FILOMENA: ¡Era yo sola, reverenda madre!

LA ABADESA: (con sorna) Yo diría que se trata de un extraño caso de desdoblamiento. (La casilla comienza a moverse de nuevo). ¿Y eso? ¿Por qué se mueve de esa forma la casilla?

SOR FILOMENA: (dando un grito de espanto fingido) ¡No lo sé, madre! ¡No lo sé! ¡Posiblemente sea un temblor de tierra!

LA ABADESA: ¿En esa casilla duerme nuestro nuevo jardinero, el sordomudo?

SOR FILOMENA: (cada vez más afligida) ¡Así lo creo, reverenda madre!

LA ABADESA: (decidida) ¡Entonces, voy a averiguar qué pasa adentro!

(En ese momento, se abre la puerta de la casilla y aparece primero Sor Angélica y luego, Masetto, en paños menores y con aspecto de fatigado).

LA ABADESA: ¡Santo Cristo! (el jardinero sordomudo se esconde en la casilla y cierra la puerta). (a Sor Angélica) Necesito una explicación.

SOR ANGÉLICA: (cayendo de rodillas) ¡Perdón, reverenda madre! ¡Perdón!

LA ABADESA: (fingiendo ignorancia) ¿Y qué tengo yo que perdonar?

SOR ANGÉLICA: (falsamente arrepentida) ¡La curiosidad me ha llevado al pecado!

LA ABADESA: (severa) ¡Explíquese, hermana!

SOR ANGÉLICA: ¡Usted, reverenda madre, no podrá creerlo!

LA ABADESA: ¿Eso quiere decir que usted se ha entregado a los placeres de la carne con el nuevo jardinero?

SOR ANGÉLICA: ¡Así es, reverenda madre! ¡Pero mañana me confesaré y cumpliré con las penitencias que me imponga el padre confesor, por más dolorosas que sean!

LA ABADESA: (volviéndose a Sor Filomena) ¿Y usted, hermana?

SOR FILOMENA: (cayendo, a su vez, de rodillas) ¡Yo también, reverenda madre! ¡Yo, también! ¡Pero fui arrastrada al pecado por Sor Angélica! También yo, mañana, me confesaré y cumpliré todas las penitencias que me impongan!

LA ABADESA: (luego de meditar unos instantes y cambiando bruscamente de tono) ¿Y qué tal es el nuevo jardinero? (las monjas se miran, una a la otra, sin saber qué decir) A usted le pregunto, Sor Angélica, ¿es vigoroso?

SOR ANGÉLICA: (vacilante) ¡Sí...! ¡Sí...! ¡Sí... reverenda madre!

LA ABADESA: (cambiando bruscamente de tono. Más conciliadora) ¡Muy bien...! Pero primero tengo que decirles una cosa: antes de entrar en la religión yo estuve casada. Poco duró mi matrimonio. Mi querido Giuseppe murió en una partida de caza.

SOR FILOMENA: ¡Pobrecito!

LA ABADESA: Él no sufrió. La que sufrí fui yo pues quedé viuda muy joven, cuando apenas había empezado a conocer

las delicias del amor carnal. Decidí entrar en la religión. Pero el recuerdo de aquellas noches de amor no me ha dejado nunca. A pesar de las oraciones, a pesar de las penitencias, a pesar de los cilicios. Algunas noches, Giuseppe me visitaba en sueños y hacía el amor conmigo. Me despertaba llena de sudores fríos. Ahora veo que, no siendo posible resistir los llamados de la carne, es preferible darle de comer a esa bestia insaciable que llevamos entre las piernas (se detiene y cambia de tono). Haremos un pacto: yo no diré nada a nadie pero ustedes tampoco.

SOR ANGÉLICA: (entusiasmada) ¡Y, por supuesto, el mudo no podrá contar nada a nadie de lo ocurrido y... de lo que ocurra!

SOR FILOMENA: (ídem) ¡Eso... y de lo que sucederá!

LA ABADESA: Ahora me toca a mí. Ustedes dos vigilen y avísenme si viene alguien.

SOR FILOMENA: Podríamos cantar...

LA ABADESA: ¡Cantar o silbar, pero avísenme! (a sí misma) ¡Ahora, a recordar el pasado! (con toda resolución, la abadesa abre la puerta de la casilla y penetra en el interior. Luego de un momento toda la estructura comienza a sacudirse. Las dos monjas se abrazan, bailan y se ríen tapándose la boca. De pronto, la puerta de la casilla se abre y aparece Masetto en paños menores).

MASETTO: (lanzando un grito de desesperación)
¡Socorro...! ¡Socorro...!

LA ABADESA: (saliendo de la casilla) ¡Milagro...! ¡Milagro!

SOR FILOMENA y SOR ANGÉLICA: (al mismo tiempo)
¡Milagro... milagro!

MASETTO: ¡Qué milagro ni qué milagro! ¡Ya no doy más!
¡Se acabó...! Ustedes me han contratado como jardinero y hortelano pero no como padrillo!

SOR FILOMENA: ¿Pero acaso usted no era sordomudo?

MASETTO: ¡Sordomudo por necesidad; pero ahora también por necesidad, hablo!

LA ABADESA: (adoptando un tono señorial) ¡Espero que usted sea todo un caballero!

SOR ANGÉLICA: (espantada) ¡Dios mío, las otras hermanas lo sabrán todo!

MASETTO: ¡Señoras, he oído que un solo gallo se basta para diez gallinas pero ni que aún diez hombres bastan para satisfacer a una mujer. De manera que a mí, me conviene servir de a tres y no a toda una comunidad! De otro modo, me debilitaría, me enfermaría y moriría en la flor de la edad. (severo) ¡Impongo condiciones...!

LA ABADESA: ¿Y se podría saber cuáles son esas condiciones?

MASETTO: (resuelto) ¡Yo impondré los días y las horas y además, los turnos de las visitas de ustedes tres!

LA ABADESA: ¡Trato hecho! ¿Y ustedes, qué dicen?

SOR FILOMENA: ¡Aceptado!

SOR ANGÉLICA: ¡Aceptado!

MASETTO: Pero hay algo más, referente a la comida. Porque debo alimentarme bien, dado el enorme esfuerzo físico que tendré que desplegar para servir las. En primer lugar, necesito cuatro comidas diarias: desayuno, almuerzo, merienda y cena.

LA ABADESA: ¡Aceptado!

SOR FILOMENA: Nosotras prepararemos las cuatro comidas con nuestras propias manos.

MASETTO: Y el menú será el siguiente: codornices asadas, un buen lechón, carne de ternera, pescados de la estación y sobre todo, un buen vino.

LA ABADESA: ¡Tendrá todo lo que ha pedido!

MASETTO: ¡Ah! Me olvidaba: debo comer nueces en abundancia, muchas ensaladas de apio, todo mezclado con hojas de mandrágora. Para reforzar mi virilidad.

LA ABADESA: ¡Tendrá todo y mucho más si usted lo desea!

MASETTO: ¡Solo así no diré ni una palabra!

LA ABADESA: ¡Pero si usted abre el pico, nosotras lo denunciaremos por intento de violación mediante el subterfugio de hacerse pasar por sordomudo! Y en estas cosas entiende la Santa Inquisición. ¿Comprendido?

MASETTO: (sorprendido en un primer momento. Luego le extiende a la Abadesa su mano derecha) ¡Comprendido! (le estrecha la mano) ¡ Trato hecho!

LA ABADESA: (sonriendo) ¡Trato hecho!

(APAGÓN)

CUANDO LAS LUCES SE VUELVEN A ENCENDER, BAJA DE LA PARRILLA UN CARTEL QUE DICE:

4. EL AVARO CORNUDO

Luego de unos instantes, el cartel vuelve a levantarse. La juglaresa avanza hacia el proscenio y canta:

LA JUGLARESA:

Al que codicia bienes terrenales
alguna vez la suerte lo castiga
y queda para colmo de sus males
sin aquello que tanto lo fatiga.

No trueques el amor por vil dinero
como la bella esposa de este cuento
y aunque sea pobre que sea verdadero
porque si no, terminará en lamento.

A Lucía, Gulfardo la deseaba,
a Lucía, mujer avariciosa.
Pero el galán al fin la castigaba
en esta historia por demás graciosa.

CODA

Escuchen la feliz stratagemma
que la memoria guardará cual gema.

(La Juglaresa se retira. Calle de la hermosa ciudad de Florencia. Gulfardo entra precipitadamente en escena. Se lo ve desesperado. Corre de un lado para otro. Se detiene).

GULFARDO: (al público) ¡Necesito dinero! ¡Ahora o nunca...! ¿Sabes ustedes dónde yo podría encontrar dinero? (escucha) ¡Sí! ¡Dinero! ¡Ya sean monedas de oro, de plata, billetes...! ¡Sí... papel moneda, piastras, maravedíes... pero nada de moneda falsa...! ¡Moneda verdadera! ¡Tengo que terminar un asunto que me dará muchas satisfacciones! (de nuevo, al público) ¿Nadie sabe a quién yo podría pedirle prestadas 300 piezas de oro, antes de la medianoche...? ¡Puedo pagar grandes intereses...! ¡Digamos el cinco por ciento...! ¿No...? ¿Digamos el diez por ciento...? ¿No...? ¡Sí! ¡El diez por ciento diario! ¿Qué es demasiado...! ¡Consideren que estamos a las 7 de la tarde...! Yo comenzaré a pagar el diez por ciento desde la medianoche de hoy hasta la medianoche de mañana... ¡Es decir que, a partir de la medianoche, yo le devolveré mañana 330 piezas de oro! ¡Dividan 330 piezas por 24 horas y verán! ¿Quién ha ganado tanto en tan poco tiempo? ¿Qué trabajo puede rendir tanto? ¡Quién puede ganar tanto en tan poco tiempo...?

(Una vieja atraviesa la escena)

GULFARDO: (a La Vieja) ¡Señora...! ¡Señora...! ¡Un momento!

(La Vieja se detiene)

LA VIEJA: ¿Qué es lo que desea usted, jovencito?

GULFARDO: ¡Perdóneme, señora, si la molesto...! Por casualidad, conoce usted a alguien que me pudiera prestar 300 piezas de oro desde esta medianoche hasta la medianoche de mañana...? ¡Yo pagaría un muy buen interés!

LA VIEJA: Conozco a uno, pero...

GULFARDO: ¿Pero, qué... señora?

LA VIEJA: No se lo aconsejo... no vaya a su casa... ¡Es el avaro, el usurero más reconocido de toda la ciudad y sus alrededores y, yo creo, que del mundo entero!

GULFARDO: (fingiendo desesperación) ¡Pero yo estoy al borde de la desesperación...! ¡Si no encuentro ese dinero, perderé un gran asunto!

LA VIEJA: ¡Ah! ¡La sed de riquezas es mala consejera, jovencito...! ¿Y si el asunto fracasa, usted se quedará atrapado por ese usurero, por ese avaro para el resto de sus días...? ¡Piense bien, jovencito...! ¡Reflexione bien lo que tiene que hacer...! ¡Usted se arriesga a pasar toda su vida pagando intereses sobre intereses...! ¡Es decir que se convertirá en esclavo del usurero que le preste las 300 piezas de oro! ¡Es mucho dinero...!

GULFARDO: ¡Conozco muy bien todo eso...! ¡Pero le digo, santa madrecita, estoy seguro de poder devolver el dinero antes del término convenido!

LA VIEJA: ¿Tan rápido?

GULFARDO: ¡Es así, madrecita...! ¡No se preocupe por mi destino! ¡Le aseguro que ganaré el doble o el triple en un término de cinco horas!

LA VIEJA: ¡Qué mundo! Cuando yo era joven, trabajábamos como unos burros para ganar apenas unos céntimos.

GULFARDO: Los tiempos cambian, madrecita mía... pero ahora perdóneme. Estoy apurado... ¿Conoce usted a alguien que pudiera prestarme 300 piezas de oro, ya sean piastras, maravedíes, escudos, libras tornesas o doblones españoles?

LA VIEJA: ¡Al frente vive el señor Gasparruolo... pero...!

GULFARDO: (apurado) ¡Lo sé... ¡Lo sé...! (como repitiendo de memoria) “Es el usurero más grande de la ciudad, de sus alrededores y quizás del mundo entero...!”.

LA VIEJA: ¿Y cómo lo sabe?

GULFARDO: ¡Usted acaba de decírmelo, mi querida madrecita!

LA VIEJA: ¡Es verdad...! ¡Es verdad...! ¡Con la edad, uno pierde la memoria! (tratando de reanudar la conversación). Usted sabe que el otro día...

GULFARDO: (retomando una actitud de seriedad solemne)
¡Perdóneme, señora, pero estoy totalmente apurado...!
¡Gracias! ¡Mil gracias por su información...! ¡Hasta pronto...!
¡Hasta luego!

(La va empujando a La Vieja hacia la salida de escena)

LA VIEJA: (desconcertada) ¡Adiós, jovencito...! ¡Le deseo mucha suerte...! ¡Hasta pronto...! ¡Pero recuerde: el señor Gasparruolo es un animal peligroso...! ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Mucho cuidado...!

(La Vieja sale. Gulfardo vuelve y golpea a la puerta del señor Gasparruolo)

EL SEÑOR GASPARRUOLO: (desde adentro) ¿Quién es?

GULFARDO: ¡Soy yo, señor Gasparruolo...! ¡Soy yo!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¿Y quién es usted?

GULFARDO: ¡Me llamo Gulfardo! ¡Soy comerciante, vendedor de aves...! ¡Muy conocido en la comarca...!
¡Necesito dinero!

(El señor Gasparruolo sale de inmediato)

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¿Dinero...? ¡Usted ha dicho “dinero”...? ¡¿Tiene necesidad de dinero...? ¿Cuánto?

GULFARDO: ¡300 piezas de oro, señor Gasparruolo... ya sean escudos, maravedíes, libras tornesas, piastras o doblones españoles!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Muy bien...! ¡Muy bien!
¿Señor....?

GULFARDO: Gulfardo, señor... Gulfardo... ¡Giovanni
Gulfardo...! ¡Vendedor de aves!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Muy bien, señor vendedor
de aves! ¡Pero antes, es necesario que usted conozca mis
condiciones y, sobre todo, debo saber si usted podrá pagar
los intereses, devolver el capital en los términos convenidos,
los términos del empréstito y qué garantías me dará, etcétera,
etcétera, etcétera.

GULFARDO: Es para hacer un negocio que me dará mucho
dinero...

EL SEÑOR GASPARRUOLO: (interesado) ¿Un
negocio...? ¿Usted ha dicho un negocio?

GULFARDO: ¡Sí, un negocio!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¿Y yo podría saber de qué
“negocio” se trata?

GULFARDO: Es un secreto, señor Gasparruolo. ¡Es un
secreto!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Sí, por supuesto! ¿Pero
qué garantías tendré yo de poder recuperar mi capital con los
correspondientes intereses?

GULFARDO: Usted puede informarse, señor Gasparruolo.
Yo soy muy conocido en la comarca. Soy el mejor vendedor
de aves de esta ciudad y sus alrededores. Mi gallinero está

muy bien provisto: gallos, gallinas, pollos, pintadas y hasta algunos faisanes.

EL SEÑOR GASPARRUOLO: (rascándose la barba)
¡Muy bien...! ¡Muy bien! ¿Pero, usted sabe mis condiciones?

GULFARDO: Las que usted me quiera imponer, señor Gasparruolo.

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¿Tiene usted bienes inmuebles que puedan garantizar el préstamo?

GULFARDO: ¡Sí, señor Gasparruolo: una casa, herencia de mis antepasados; un campo donde yo siembro el alimento para darles a las aves, una...

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Basta... basta...! ¿Y todo eso, dónde se encuentra?

GULFARDO: Frente al arroyo... a unas veinte cuadras, a la entrada de la ciudad, señor Gasparruolo.

EL SEÑOR GASPARRUOLO: Es necesario que yo vea esa casa, ese campo y todos esos bienes...

GULFARDO: ¡No hay tiempo! ¡Debo terminar el negocio, señor Gasparruolo! Debo terminar el negocio a las 5 de la mañana, es decir, al alba.

EL SEÑOR GASPARRUOLO: Usted, jovencito, sepa que si yo le doy ese dinero, los intereses corren desde la medianoche hasta la medianoche. Es decir, que mañana, me pague a la mañana o antes de la medianoche, usted deberá

agregar a las 300 piezas de oro, otras 30 piezas de oro como intereses.

GULFARDO: Sé muy bien que usted tiene la costumbre de prestar al 10% de interés diario, señor Gasparruolo.

SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Acumulativo, señor vendedor de aves! ¡Acumulativo!

GULFARDO: (falsamente intrigado) ¿Y eso, qué quiere decir?

EL SEÑOR GASPARRUOLO: Eso quiere decir que si usted no me paga en el término convenido, deberá agregar los intereses al capital y sobre eso correrán nuevos intereses del 10%. ¿Ha comprendido?

GULFARDO: (rotundo) ¡En absoluto!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: Le daré un ejemplo. Si yo le doy...

GULFARDO: ¡Muchas gracias, señor Gasparruolo!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Es una manera de decir! Si yo le presto 300 piezas de oro hoy, pasado mañana, si no me paga, deberá agregar a las 330, los intereses correspondientes; es decir, 33 piezas más. O sea, en total: 363 piezas de oro. ¿Me ha comprendido, señor vendedor de aves?

GULFARDO: ¡Completamente, señor Gasparruolo!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Ahora hay que firmar el contrato!

GULFARDO: ¿Y qué dice ese contrato?

EL SEÑOR GASPARRUOLO: Lo que le acabo de decir. Y también que si en un mes no me paga las 300 piezas de oro y los intereses acumulativos, yo le podré rematar su casa, su campo y todas las aves; o quedarme con todo ello. ¿Ha comprendido?

GULFARDO: ¡He comprendido, señor Gasparruolo!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Entonces, hay que firmar el contrato! (el señor Gasparruolo saca un papel y un tintero de su bolsillo y redacta el contrato) “Yo, el abajo firmante... etcétera... etcétera... etcétera... En caso de que así no lo hiciera, el señor Gasparruolo podrá rematar mi... etcétera... etcétera... etcétera. (A Gulfardo) ¡Ya está! ¡Ahora, firme aquí!

GULFARDO: ¡No puedo! ¡No sé leer ni escribir!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Eso no tiene importancia! ¡Haga una cruz aquí y deme su pulgar! (Gulfardo le da su pulgar y el señor Gasparruolo, después de mojarlo en la tinta del tintero, lo apoya sobre el papel). ¡Ya está...! ¡Trato hecho!

GULFARDO: ¡Trato hecho! Ahora deme usted las trescientas piezas de oro...

EL SEÑOR GASPARRUOLO: Es verdad (Saca de su bolsillo una bolsita de terciopelo). ¡Ahí tiene las 300 piezas de oro! ¡Y no se olvide de los intereses, señor Gulfardo!

GULFARDO: ¡Gracias, señor Gasparruolo! Le devolveré 330 piezas de oro mañana por la mañana. Hasta más verlo, señor Gasparruolo.

(El señor Gasparruolo se retira. Gulfardo, muy contento, recorre el escenario cantando y bailando. Pronto se detiene).

GULFARDO: (gritando) ¡Señora Lucía! ¡Señora Lucía de Gasparruolo! ¿Dónde está? ¡Acabo de llegar con su dinero... el dinero que usted me ha pedido!

(Aparece en escena La Señora Lucía)

LA SEÑORA LUCÍA: ¡Mi amor!... Gulfardo...! ¿Pudo lograr su empresa?

GULFARDO: ¡Sí, señora de Gasparruolo...! ¡Tengo mis... es decir “sus” 300 piezas de oro! Tal ha sido su condición para hacer el amor conmigo. ¿No es verdad?

LA SEÑORA LUCÍA: (un tanto avergonzada) ¡No ha sido una condición...! Digamos...

GULFARDO: ¡Un precio!

LA SEÑORA LUCÍA: ¡Usted me ofende, Gulfardo! ¡Más bien digamos “una prueba de amor”!

GULFARDO: ¡Prueba, condición o precio, me da lo mismo...!

LA SEÑORA LUCÍA: ¡Entonces, deme las 300 piezas de oro. Las necesito para comprarme un vestido, zapatos, un abrigo y un sombrero! Una vez más tengo que decirle que estoy casada con un hombre avaro. Pero decir “avaro” es

poco. Es “el rey de los tacaños”, “el emperador de los avaros”. ¡Es capaz de comerse los carozos de los duraznos para no tirarlos!

GULFARDO: ¡Pobre amiga mía!

LA SEÑORA LUCÍA: ¡No necesito compasión! ¡Necesito comprensión! (cambiando de tono) ¡Rápido, deme el dinero!

GULFARDO: Antes de entregarle las 300 piezas de oro, querría hacerle una pregunta: ¿dónde vamos a hacer el amor? ¡Porque el deseo me está quemando! (comienza a acariciarla).

LA SEÑORA LUCÍA: ¡Deténgase, amor mío! Piense que estamos en público! (bruscamente, con tono imperativo) ¡Yo le diré el lugar, pero antes deme la bolsa de terciopelo rojo con esas piezas de oro que yo tanto necesito!

GULFARDO: (cargoso) ¡Un besito! ¡Un besito a cuenta de mayor cantidad!

LA SEÑORA LUCÍA: (muy molesta) ¡Aquí, no...! ¡Aquí, no...! ¡Hay mucha gente!

GULFARDO: ¡No veo a nadie! ¡Ya está muy oscuro! ¡Estoy muy apurado! ¡He esperado tanto tiempo...!

LA SEÑORA LUCÍA: (severa) ¡Primero, el dinero!

GULFARDO: (rijoso) Primero, dígame ¿adónde iremos a hacer el amor, señora Lucía?

LA SEÑORA LUCÍA: (un tanto molesta) ¡Hay varios lugares en mi jardín que son muy tupidos! (señalando bruscamente un lugar impreciso) ¡Como aquel!

GULFARDO: ¿Dónde está?

LA SEÑORA LUCÍA: (casi en un grito) ¡Allá...! Pero apúrese, amor mío. Mi marido, el señor Gasparruolo puede venir! Recuerde usted que es el avaro más grande del mundo y también muy avaro de su mujer!

GULFARDO: ¡Ahí tiene, amor mío! (le entrega la bolsa con el dinero) ¡Ahora vamos a hacer el amor! (La toma de un brazo y luego de darle algunas sacudidas, ambos desaparecen de la escena. Después de unos instantes se escuchan detrás de las bambalinas, gemidos de placer, cuchicheos, jadeos y gruñidos. Pausa).

Voz del SEÑOR GASPARRUOLO (adentro) ¡Mujer...! ¿Dónde se ha metido usted, señora mía...? Ya son las diez en punto de la noche. Es necesario que vayamos a acostarnos!

Voz de LA SEÑORA LUCÍA: (desde las bambalinas) ¡Mi marido...! ¡Es la voz de mi marido...! ¡Vístase usted, señor Gulfardo!

Voz de GULFARDO: (ídem) ¡No puedo encontrar mi zapato!

Voz de LA SEÑORA LUCÍA: ¡Aquí está...! ¡Apúrese usted, señor Gulfardo!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: (apareciendo) ¡Mujer...! ¡ Adónde se ha metido? ¿Dónde está usted?

LA SEÑORA LUCÍA: (apareciendo y quitándose algunas hierbas de los cabellos y el vestido) ¡Aquí estoy, marido mío...! ¡Aquí estoy!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Es muy tarde, mujer! Tenemos que acostarnos!

LA SEÑORA LUCÍA: ¡Como usted quiera, señor y dueño mío!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¿Qué estabas haciendo por aquí, en nuestro jardín a estas horas de la noche?

LA SEÑORA LUCÍA: Estaba tomando el fresco.

(Aparece Gulfardo)

GULFARDO: (le hace una reverencia) ¡Buenas noches, señor Gasparruolo!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡El vendedor de aves!

LA SEÑORA LUCÍA: (turbada) ¡Es el vendedor de aves...! Le pedí que me trajera una gallina para mañana, para la cena de la noche!

GULFARDO: (haciendo una nueva reverencia) ¡Su servidor, señora! ¡Su servidor!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Qué casualidad! ¡Le acabo de hacer un préstamo de 300 piezas de oro!

LA SEÑORA LUCÍA: (estupefacta) ¿Cómo?

GULFARDO: Y yo acabo de devolvérselas a su mujer.
¡Desgraciadamente, el negocio fracasó y no quería demorarme en devolvérselas porque si pasaba la medianoche, yo debía pagarle a usted los intereses convenidos (señalando a la Señora Gasparruolo) Ahí tiene su mujer la bolsita de terciopelo que usted me ha dado con las 300 piezas de oro.

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¿Cómo?

LA SEÑORA LUCÍA: (por lo bajo y con rabia, a Gulfardo)
¡Desvergonzado...! ¡Pícaro...! ¡Ladrón...! ¡Me engañaste...!
¡Me vengaré...!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡No se enoje usted, mujer!
¡No se enoje...! Yo soy quien tiene que enojarse por haber perdido las 30 piezas de oro de los intereses...

LA SEÑORA LUCÍA: Es que... (se interrumpe)

EL SEÑOR GASPARRUOLO: (confundido) ¿Cómo?

LA SEÑORA LUCÍA: (enervada pero conteniéndose aún)
¡Nada, marido mío...! Nada... ¡Decía por decir...!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Entonces, deme usted la bolsita de terciopelo con las 300 piezas de oro!

LA SEÑORA LUCÍA: (estallando) ¡Marido mío: necesito zapatos, polleras, blusas y sobre todo, un abrigo porque viene el invierno!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: ¡Hace poco que la he llenado de ropa!

LA SEÑORA LUCÍA: Eso fue cuando nos casamos, ¡hace diez años!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: (imperioso) ¡Deme la bolsita! ¡Le digo que me dé la bolsita! (montando en cólera) ¡Deme de una vez la bolsita!

LA SEÑORA LUCÍA: (rotunda) ¡No, señor! ¡Yo necesito ese dinero!

EL SEÑOR GASPARRUOLO: (sacando un garrote de entre sus ropas) ¡Deme la bolsita! (comienza a correr a la Señora Lucía por todo el escenario mientras Gulfardo se ríe a carcajadas). ¡Le digo que me dé la bolsita!... ¡Le digo que me dé la bolsita...!

APAGÓN

Cuando las luces vuelven a encenderse, baja un cartel desde la parrilla que dice:

5. EL HOMBRE PREÑADO

El juglar se adelanta hacia el proscenio:

EL JUGLAR: (cantando)

Hay gente que se cree lo que dicen,
capaces de comprar hasta una plaza
siempre que el charlatán con impudicia
se diga dueño de la gran Florencia.

Los vivos se aprovechan de los tontos
y con los distraídos se complacen
en sacarles el oro de sus bolsas
y de sus propiedades despojarlos.
Cuidado, pues, queridos ciudadanos,
de aquellos que marean con palabras
y que al final envuelven con su labia
y despluman hasta al Ángel de la Guarda.

CODA

Tal es el caso de nuestro Calandrino
que guardaba la gracia del bautismo.

(El Juglar se retira. Una calle de Bolonia. Aparecen en
escena, conversando: Bruno, Nelo y Buffamalcco).

BRUNO: ¿Vieron a Calandrino?

NELO: Estará por llegar.

BUFFAMALCCO: Pareciera que ha hecho una pequeña
fortuna en la feria.

BRUNO: ¡Qué tacaño! Estoy seguro de que no va a pagar
nada en la taberna.

BUFFAMALCCO: ¡Es más fácil sacarle la muela del juicio
por el trasero que un escudo del bolsillo!

BRUNO: Ya es sabido. Mucha gente le ha echado en cara
ese defecto. Pero a él no le hacen nada ni consejos ni
amenazas.

NELO: Y no para de atesorar sus escudos...

BUFFAMALCCO: Seguramente que al otro mundo no se
los llevará...

BRUNO: El infeliz ni siquiera los disfruta en este mundo...

NELO: No se le conoce mujer...

BRUNO: A mí me ha dicho que hasta que no encuentre una mujer ahorrativa como él, no se casará...

BUFFAMALCCO: ¡Tacaña como él, querrá decir...!

BRUNO: Ocorre que, para él, ninguna mujer es demasiado ahorrativa... ¡Ni siquiera va con putas...!

NELO: ¡Qué va a ir...!

BUFFAMALCCO: ¡Ni pensarlo! Las putas cobran y hay que pagarles. Y si no le paga, tendrá que verse con su rufián, que le hará pagar en moneda de garrotazos.

BRUNO: Y Calandrino les tiene miedo a los golpes. Porque, además de tacaño, es cobarde.

NELO: Un gallina...

BUFFAMALCCO: Una mariquita...!

BRUNO: ¿No tendrá malas costumbres?

NELO: ¡Qué va...! Si fuera marica tendría que pagar a quien lo monte... ¡porque es tan feo...!

BRUNO: ¡Pero, cuidado...! ¡Ahí llega...!

(Calandrino entra en escena arrastrando los pies y tomándose el estómago).

CALANDRINO: ¡Ay...! ¡Ay...! ¡Se me retuercen las tripas!

BRUNO: ¿Qué has comido al mediodía?

CALANDRINO: ¡Unas frutas...! ¡Nada más...! ¡La carne está cara! ¡Ay...! ¡Ay...!

BUFFAMALCCO: (palpándole el estómago) ¿A ver...? ¡Déjame ver! (luego de unos instantes y con un aire de preocupación) ¡Está muy hinchado!

CALANDRINO: ¡Ay...! ¡Ay...!

NELO: ¡Déjame a mí...! ¡Déjame a mí! (pone el oído en el vientre de Calandrino y escucha con atención) ¡Qué ruidos más raros! ¡Pareciera que tienes un sapo en la panza! (le aprieta el vientre)

CALANDRINO: ¡Ay...! ¡Ay...! ¡Espacio!

BRUNO: ¡Yo también quiero ver! (comienza a palparlo) ¿Te duele ahí?

CALANDRINO: ¡Sí...! ¡Sí! ¡Ayyyyy!

BRUNO: ¿Y ahí?

CALANDRINO: ¡Sííí...! ¡Mucho más!

BRUNO: (dándole un fuerte apretón) ¿Y ahí...?

CALANDRINO: (lanzando un grito de desesperación) ¡Ayyyyy!

(Bruno se queda en silencio. Calandrino comienza a preocuparse).

CALANDRINO: (con curiosidad) ¿Qué estás pensando?

BRUNO: (con preocupación fingida) Hmmm... ¡Esto no me gusta nada! ¡Habría que llamar a un médico!

CALANDRINO: (desesperado) ¡No...! ¡No...! ¡Un médico, no, por favor...! Un médico cuesta dinero y ustedes saben que yo soy pobre... ¡No tendré con qué pagarle!

BUFFAMALCCO: (sentencioso) ¡Lo pagaremos nosotros!

BRUNO: ¡Haremos una colecta pública...!

NELO: (grave) Porque no podemos dejarte morir. Tienes el vientre muy hinchado.

BRUNO: ¡Puedes estar en peligro de muerte!

CALANDRINO: La muerte será más barata...

BUFFAMALCCO: ¡No creas! ¡Está el velatorio...!

CALANDRINO: ¡Que sea muy sencillo...!

BRUNO: ¡Hay que comprar el cajón!

CALANDRINO: Que sea el más ordinario...

BUFFAMALCCO: Luego hay que pagarle al cura por el responso...

CALANDRINO: ¿Saben que me están pasando los dolores?

NELO: Es un alivio momentáneo...

BRUNO: Pueden recomenzar.

NELO: ¡Desde aquí puedo escuchar el ruido de tus tripas!

BRUNO: (a Buffamalcco) ¡Vete a buscar al doctor que vive frente a mi casa! ¡Es todo un sabio! (le guiña un ojo)

BUFFAMALCCO: ¿El doctor...?

BRUNO: (guiñándole el ojo nuevamente) ¡Sí, imbécil! El doctor que vive enfrente de mi casa! (Lo toma de un brazo y lo aparta) ¡Dile a Simón que venga disfrazado de médico. Él tiene el disfraz de los últimos carnavales. ¡Y que se traiga un purgante para caballos! Yo seguiré entreteniendo al tacaño.

(Buffamalcco sale corriendo. Quedan Bruno y Nelo atendiendo a Calandrino).

NELO: Creo que tendrías que recostarte en el suelo hasta que venga el médico. ¡Es peligroso que te quedes de pie!

CALANDRINO: (cada vez con más cara de mártir) ¿Tú crees?

BRUNO: A mí también me parece bien que te extiendas en el suelo. Es muy posible que las frutas que comiste estuvieran verdes. Y cuanto más estés de pie, más rápido te bajará la indigestión...

(Con mucha dificultad, ambos amigos hacen acostar en el suelo a Calandrino).

BRUNO: ¡Respira fuerte!

NELO: ¡Después contén la respiración!

(Calandrino obedece).

CALANDRINO: (de pronto) ¡Ayyyyyyyy!

BRUNO: ¿Qué pasa?

CALANDRINO: ¡Otra vez los retorcijones!

NELO: ¡Respira rápido!

(Calandrino obedece).

BRUNO: ¡Más rápido!

(Calandrino obedece).

NELO: ¿Y? ¿Te sientes aliviado?

CALANDRINO:(tímidamente) Un poco...

BRUNO:(mirando a su derecha) ¡Ahí viene Buffamalcco con el médico!

(Buffamalcco entra en escena seguido por Simón disfrazado de doctor quien se cubre la cara con una máscara).

BUFFAMALCCO: ¡Por aquí, doctor! ¡Por aquí, doctor!

SIMÓN: (grave y doctoral) ¿Dónde está el paciente?

NELO: ¡Aquí, doctor!

BRUNO: ¡Aquí, doctor! Lo hicimos tender en el suelo...

SIMÓN: (poniéndose de cuclillas) ¿Qué sientes, hijo?

CALANDRINO: ¡Unos terribles dolores de vientre!

SIMÓN: (palpándole el vientre) ¿Te duele?

CALANDRINO: (dando un grito) ¡Síííí, doctor! ¡Me duele muuuuucho...!

SIMÓN: (se incorpora y se pasea con gravedad alrededor del paciente) ¡Ajá! (hace un silencio grave).

CALANDRINO: (luego de unos instantes) ¿Es grave, doctor...? ¿Me puedo morir?

SIMÓN: ¡No! ¡No es grave! ¡Pero es curioso!

BUFFAMALCCO: Entonces, ¿qué tiene?

SIMÓN: (luego de pensar un momento) ¡Este hombre está preñado!

CALANDRINO: (dando un grito) ¿Cómo, doctor?

BRUNO: (sin poder contener la risa) ¿Cómo?

NELO: (sin tampoco poder contenerse) ¿Preñado?

BUFFAMALCCO: (sin poder contener la risa) ¿Preñado?

SIMÓN: (rotundo) ¡Sí, señor...! ¡Este hombre está preñado!

CALANDRINO: (incorporándose dificultosamente) ¡Es imposible, doctor! ¡Nunca se ha sabido que un hombre estuviera preñado! ¡Es imposible!

SIMÓN: (grave y doctoral) ¡Nada es imposible, mi buen hombre!

NELO: ¿Quiere decir que este hombre ha tenido relaciones carnales con otro hombre?

BRUNO: ¡Eso es imposible!

CALANDRINO: (ya de pie) ¡Ni con un hombre ni con una mujer! (rotundo) ¡Jamás he pecado!

NELO: (guiñando un ojo a los otros compinches) ¡De eso estamos seguros!

SIMÓN: (cada vez con mayor convicción) ¡Sin embargo, este hombre está preñado y pronto va a dar a luz!

CALANDRINO: (desesperado) ¡Socorro!

BRUNO: (siguiendo el juego) ¿Pero, cómo es posible, doctor?

BUFFAMALCO: ¡Nuestro amigo es virgen!

CALANDRINO: (otra vez atacado por nuevos dolores) ¡Ayyyyyyy!

NELO: ¿Serán los dolores del parto?

BUFFAMALCCO: (sentencioso) ¡Es muy posible!

BRUNO: (sentencioso) ¡Lo cual quiere decir que la criatura está a punto de nacer!

NELO: ¿Es decir que el parto es inminente?

SIMÓN: (doctoral) ¡Todos los síntomas lo revelan!

CALANDRINO: Pobre de mí! ¿qué dirán todos los que me conocen? (rebelándose de pronto) ¡No...! ¡No...! ¡Y no...! ¡Me niego a parir!

SIMÓN: ¡Por más que usted se oponga, el parto es inevitable!

BRUNO: ¡Todo me parece absurdo!

CALANDRINO: (casi llorando) ¡Qué vergüenza...! ¡Qué vergüenza...! ¿Qué dirá mi madre...? ¿Qué dirá mi padre...? ¿Qué dirán mis hermanos? ¿Qué dirán mis vecinos?

SIMÓN: ¡Cuándo sepan la verdad, se asombrarán y tendrán un gran respeto por ti, hijo mío!

BUFFAMALCCO: ¡Explíquese mejor, doctor!

BRUNO: ¿Acaso estaremos frente a un milagro?

SIMÓN: (rotundo) ¡Efectivamente!

CALANDRINO: ¿Cómo es posible que yo...?

SIMÓN: (a Calandrino) ¿Eres un buen cristiano?

CALANDRINO: (sorprendido por la pregunta) ¡Lo soy! He sido bautizado. He tomado la primera comunión. Me confieso y comulgo con el párroco todos los domingos y fiestas de guardar.

SIMÓN: Entonces te haré una pregunta. ¿Tú crees que Nuestra Señora, la Virgen María, concibió a su hijo sin pecado, por obra y gracia del Espíritu Santo, tal como lo enseñan las Sagradas Escrituras y la Santa Madre Iglesia?

CALANDRINO: ¡Sí, padre! (corrigiéndose) ¡Sí, doctor!

SIMÓN: Entonces, debo decirte un secreto: sobre ti ha descendido el Espíritu Santo y te ha cubierto con su sombra. Por lo tanto, has concebido por obra y gracia del Espíritu Santo!

BRUNO: ¿Entonces, el hijo será Hijo de Dios?

NELO: (cayendo de rodillas) ¡Milagro!

BUFFAMALCCO: (imitándolo) ¡Milagro!

CALANDRINO: ¿Y yo he sido elegido por el Espíritu Santo?

BRUNO: ¡Como la Virgen María!

CALANDRINO: (lanzando un gran grito de dolor) ¡Ayyy!

SIMÓN: ¡Se apresura el parto! ¡Te voy a dar un remedio para el parto! Así podrás dar a luz sin grandes dolores (le alcanza una ampolleta) ¡Toma y bebe, hijo, y el alumbramiento será rápido y feliz!

CALANDRINO: (bebe la ampolleta). Ya está.

BRUNO: ¿Te sientes aliviado?

CALANDRINO: Un poco...

NELO: ¡Todo irá bien...! ¡Todo irá bien!

SIMÓN: (a los otros) ¡Pronto! ¡Traigan una cama y un biombo! ¡El parto comenzará dentro de unos instantes!

(Bruno, Nelo y Buffamalcco penetran en una casa. Dos de ellos regresan trayendo una cama y el tercero, un biombo y

una enorme escupidera. Hacen acostar en la cama a Calandrino y despliegan el biombo ante los ojos del público, cubriendo el lecho donde se supone que se va a acostar Calandrino. Desde ese momento, solo se escucharán las voces de los personajes y en algún momento se moverá el biombo)

SIMÓN: ¡Bájenle los pantalones!

CALANDRINO: ¡Apúrese, doctor, siento que viene el niño!

BRUNO: ¡Quítenle la camisa!

NELO: ¡Acuéstate y abre las piernas!

CALANDRINO: ¿Para qué me ponen esa bacinilla?

SIMÓN: ¡Para recibir la sangre del parto!

BUFFOMALCCO: ¡Puja, Calandrino, puja!

CALANDRINO: (gritando) ¡Ayyyyy! ¡Ay...! ¡Usted, doctor, dijo que no me dolería!

SIMÓN: Será solo un momento.

NELO: ¡Después te aliviarás!

SIMÓN: ¡Haga fuerza, hijo mío, haga fuerza! ¡Ya viene!

CALANDRINO: ¡Ayyyyy! ¡Ay...!

(Se escucha un sonoro pedo y de inmediato salen, tapándose las narices: Nelo, Bruno y Simón. Enseguida se ve a Buffamalcco que se lleva inmensa bacinilla mientras da vuelta la cabeza para escapar del hedor).

BRUNO: ¡Me muero!

SIMÓN: (quitándose la máscara y apantallándose la cara con la mano) ¡Qué empacho tenía el pobre tonto!

NELO: ¡Creí que me moría!

BRUNO: ¡Pobre Buffamalcco! ¿Adónde habrá ido con la bacinilla?

SIMÓN: ¡Seguramente hasta el río Reno!

NELO: ¡No quedará ni un pescado vivo...! ¡Estoy seguro!

CALANDRINO: (asoma tímidamente la cabeza por detrás del biombo) ¡Doctor...! ¡Doctor...! ¿Todo ha terminado? ¿Y mi hijo?

SIMÓN: (volviendo a ponerse la máscara y recobrando su actitud doctoral. Con pesadumbre fingida) ¡Todo ha terminado!

CALANDRINO: ¿Y mi hijo?

NELO: (con pesadumbre fingida) ¡Tienes que ser valiente, Calandrino!

BRUNO: (ídem) ¡Tienes que ser valiente!

CALANDRINO: (alarmado) ¿Qué ha pasado...? ¡Por Dios! ¿Qué ha pasado con mi hijo?

SIMÓN: (más grave aún) ¡Tu hijo ha muerto!

CALANDRINO: (lanzando un grito) ¡No puede ser!

BRUNO: ¿No sientes el olor?

NELO: (poniéndole una mano en el hombro) ¡Tienes que resignarte!

BRUNO: ¡Te acompaño en el sentimiento!

NELO: ¡No somos nada!

CALANDRINO: (en el colmo de la angustia) ¿Pero dónde está mi hijo...? ¿Era varón...? ¿Era mujer?

SIMÓN: Era varón, pero...

CALANDRINO: (angustiado) ¿Pero qué, doctor...?

SIMÓN: ¡Tengo que confesarte algo terrible! ¿Lo podrás resistir?

CALANDRINO: (resuelto) ¡Quiero saber la verdad, aunque sea terrible!

SIMÓN: ¡Tu hijo era un monstruo!

CALANDRINO: (despavorido) ¿Un monstruo?

SIMÓN: ¡Sí, Calandrino! ¡Un monstruo!

CALANDRINO: (con curiosidad) ¿Qué clase de monstruo?

SIMÓN: ¡Una especie de lagarto!

NELO: ¡Con una cola larga!

BRUNO: ¡Y con cuernos!

CALANDRINO: ¡Pero ustedes me dijeron que era hijo del Espíritu Santo!

SIMÓN: (falsamente apesadumbrado) ¡Nos hemos equivocado! ¡Quien descendió sobre ti no fue el Espíritu Santo...!

CALANDRINO: (con mayor curiosidad) ¿Y entonces, quién fue?

SIMÓN: (con voz trémula y fuerte) ¡El demonio!

CALANDRINO: (horrorizado) ¡Nooooo!

NELO: ¡Gracias a Dios que nació muerto!

CALANDRINO: (lloriqueando) ¡Pero aunque sea un monstruo quisiera verlo!

SIMÓN: (doctoral) ¡He mandado a quemar su cadáver! Pero ahora debo confiarte un secreto aún más terrible...

CALANDRINO: (atemorizado) ¿Cuál?

SIMÓN: ¡Corres un grave peligro!

CALANDRINO: (espantado) ¿Yo?

NELO: ¡Sí, tú!

CALANDRINO: ¿Y cuál es el peligro?

SIMÓN: (con voz estruendosa) ¡Que Lucifer quiera descender de nuevo sobre ti! ¡Y que de nuevo quedes preñado!

CALANDRINO: ¡Pero si ya ha fracasado una vez!

BRUNO: ¡Por eso mismo! ¡El diablo es tozudo y lo intentará de nuevo!

CALANDRINO: (muy curioso) ¿Y qué puedo hacer?

BRUNO: ¡El doctor tiene un remedio!

NELO: ¡Pero es muy caro!

CALANDRINO: ¿Cuánto?

SIMÓN: Unos veinte escudos.

CALANDRINO: ¿Y por qué tan caro?

SIMÓN: Porque hay que buscar unas hierbas que no se consiguen en Bolonia, con las cuales tengo que hacer destilaciones y mezclas, largas y complicadas.

CALANDRINO: ¿Pero...el diablo puede volver?

NELO: Para que ello no ocurra tienes que masticar ajos.

BRUNO: Y cebollas todo el tiempo. Pero tal vez consigas alejarlo.

SIMÓN: (doctoral) ¡Solo será momentáneamente!
¡Acuérdate, hijo, que Belcebú así como está acostumbrado al fuego eterno también está acostumbrado a los malos olores!

CALANDRINO: (pensativo) ¿Diez escudos me ha dicho?

SIMÓN: (muy grave y moviendo la cabeza) ¡Diez escudos!
¡Efectivamente!

CALANDRINO: (poniendo cara de simpático) ¿Y no podría hacerme una rebajita? Porque eso es lo que he ganado en toda la semana de la feria.

SIMÓN: ¡Las hierbas son caras; y las destilaciones, muy difíciles.

CALANDRINO: (luego de un momento de pensar y sacando una bolsita de su bolsillo) ¡Precisamente, aquí tengo los diez escudos! Tenga, usted, señor médico! Pero le ruego a usted, y a ustedes también, queridos amigos...

LOS TRES JUNTOS: ¡Qué cosa!

CALANDRINO: ¡No vayan a contar que el diablo me ha preñado. (al Doctor, entregándole la bolsita con el dinero) ¡Aquí tiene, doctor (a todos los pícaros). ¡Y ahora, me voy a casa a descansar, porque he quedado extenuado con el parto!

LOS TRES JUNTOS: ¡Prometido!

(Calandrino entra en la casa. Los tres pícaros estallan en sonoras carcajadas)

SIMÓN: (quitándose la máscara) ¡Y ahora, vamos a la taberna a beber a la salud del hijo del diablo!

APAGÓN

***QUÉ ES JUSTICIA Y NO
VENGANZA***

***o EL HONOR DE UN BUEN
SEVILLANO,***

PROSIFICACIÓN DE

EL ALCALDE DE ZALAMEA, de Pedro
Calderón de la Barca

JORNADA PRIMERA

(La escena transcurre en el pueblo de Zalamea, en Extremadura y en sus alrededores).

(Rebolledo, La Chispa y soldados en marcha)

REBOLLEDO: ¡Que se vaya al carajo quien nos hace marchar como tontos de un lado al otro, sin parar para beber!

TODOS: ¡Ah, tienes razón!

REBOLLEDO: ¿Acaso somos gitanos, para andar errando así, de un lado para otro? ¿Acaso vamos a seguir durante mucho tiempo a ese tambor y a esa bandera enrollada?

PRIMER SOLDADO: ¿Vas a comenzar de nuevo?

REBOLLEDO: Por suerte que, desde hace un rato, ese maldito tambor no nos rompe la cabeza.

SEGUNDO SOLDADO: Vamos, no te preocupes; cuando lleguemos a la aldea tenemos que olvidar la fatiga del camino.

REBOLLEDO. ¡Me importa tres cuernos tu aldea, estoy molido! Y, además, si llego vivo, Dios sabe si nos dejarán alojar; ¿quién me dice que apenas lleguemos, los alcaldes no irán a quejarse al comisario y a decirle que nos darán lo necesario a cambio de que vayamos a acampar más lejos? Primero, el comisario responderá que es imposible, que

estamos reventados, pero si el consejo le pasa un poco de plata, él nos dirá: “Señores soldados, tenemos orden de no detenernos en el camino...”. Y nosotros, pobres diablos, obedeceremos sin replicar una orden que para el oficial es una orden monacal, pero para nosotros es una orden mendicante. Pero, ¡vive Dios!, si yo llego hoy a Zalamea y si quieren trasladarme más lejos, no habrá orden ni plegaria que me hagan abandonarla; partirán sin mí. Por otra parte, y yo me alabo, no será el primer capricho de mi vida.

PRIMER SOLDADO: Tampoco será el primero que le habrá costado la vida a un miserable soldado, sobre todo si se considera que tenemos por jefe a don Lope de Figueroa quien, si es célebre, justamente lo es por su coraje y su valor, pero también por sus cóleras y sus violencias; y por saber hacer justicia con su mejor amigo sin estirar el proceso.

REBOLLEDO: ¿Lo han escuchado? Y bien, haré lo que dije.

SEGUNDO SOLDADO: Un soldado no debe hacerse el gallo.

REBOLLEDO: En cuanto a mí, eso no me inquieta, pero sí por esta pequeñita que me sigue.

(señala a La Chispa)

LA CHISPA: Señor Rebolledo, no se aflija usted por mí; usted lo sabe, yo hago tripas corazón y esa piedad me humilla. Si yo he venido con la tropa, es para sufrir con buen humor todas las penas del oficio. Si hubiera querido llevar una vida agradable, no habría dejado la casa del regidor;

porque allí, a lo largo de todo el mes llueven los regalos y los regidores no se fijan. Y puesto que he decidido partir con Rebolledo y compartir su buena o mala fortuna, ¿por qué dudas de mí y te inquietas por mi suerte?

REBOLLEDO: ¡Vive el cielo! ¡Eres la perla de las mujeres!

SOLDADOS: ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Viva La Chispa!

REBOLLEDO: Es verdad, ¡viva La Chispa! Sobre todo si, para calmar las fatigas de la marcha por entre estas colinas, ella tiene a bien regalarnos algunas de sus coplillas.

LA CHISPA: A ese pedido, yo contesto con las castañuelas.

REBOLLEDO: Y yo te acompaño y los camaradas darán su juicio.

LOS SOLDADOS: ¡Vive Dios! ¡Qué bien dicho está!

LA CHISPA: (cantando) Yo soy titiri, titiri, tina

flor de la jacarandina.

REBOLLEDO: Yo soy tiriri tiriri taina

flor de la jacarandaina.

LA CHISPA: Vaya a la guerra el alférez

y embárquese el capitán.

REBOLLEDO: Mate moros quien quisiere

que a mí no me han hecho mal.

LA CHISPA: Vaya y venga la tabla al horno

y a mí no me falte el pan.

REBOLLEDO: Huéspededa, máteme una gallina
que el carnero me hace mal.

PRIMER SOLDADO: Vean, la cancioncilla nos distrajo tan bien que casi siento el no haber podido ver esa torre; ya debemos haber llegado.

REBOLLEDO: ¿Estaremos ya en Zalamea?

LA CHISPA: El campanario lo dice. No tengas pesar por la coplilla, tendremos mil ocasiones de volverla a cantar; tanto me divierte. Hay quienes por la menor cosa se echan a llorar; yo, por nada canto y les cantaré miles de coplas.

REBOLLEDO: ¡Hagamos alto aquí! Es conveniente que el sargento traiga la orden y que sepamos si hay que formar filas.

PRIMER SOLDADO: Allí llega el sargento. Pero él, a su vez, espera al capitán.

(Entran el Capitán y el Sargento).

EL CAPITÁN: ¡Soldados, agradézcanme! Les traigo una buena noticia: nos quedamos aquí. Y tendremos adonde alojarnos hasta que don Lope llegue con la tropa que se ha quedado en Llerena. Hoy llegó la orden de una prevención general y de salir de aquí hacia Guadalupe hasta que todo el tercio esté reunido y él vendrá luego; y así podremos descansar de la fatiga durante algunos días.

LOS SOLDADOS: ¿Algunos días...?

EL CAPITÁN: Algunos días...

LOS SOLDADOS: ¡Ah! ¡Ah!

EL CAPITÁN: ¡Algunos días, he dicho!

REBOLLEDO: ¡Albricias, le podemos agradecer por esta buena noticia!

TODOS: ¡Viva nuestro capitán!

EL CAPITÁN: Los alojamientos ya han sido distribuidos y el comisario repartirá los billetes a medida que vayan entrando.

LA CHISPA: (aparte) Necesito saber por qué cantó hace un rato:

Huéspedes, máteme una gallina
que el carnero me hace mal.

EL CAPITÁN: Sargento, ¿tiene usted mi billete?

EL SARGENTO: Sí, mi capitán.

EL CAPITÁN: ¿Dónde me alojo?

EL SARGENTO: En la casa de un villano que es el hombre más rico del lugar y del cual he escuchado decir que es el hombre más orgulloso del mundo, más loco y más presuntuoso que un Infante de León.

EL CAPITÁN: En verdad, esta vanidad le sienta bien a un villano enriquecido.

EL SARGENTO: Aseguran que es la mejor casa de la aldea, pero si tengo que decírselo todo no es solo por eso que se la he elegido, sino porque en ella se alberga la mujer más hermosa de Zalamea...

EL CAPITÁN: Veamos...

EL SARGENTO: Se trata de su hija.

EL CAPITÁN: Entonces, ¿por más hermosa y por más vanidosa que sea, no deja de ser la hija de un villano con sus manos groseras y sus pies grandes?

EL SARGENTO: Nada de eso se dice.

EL CAPITÁN: Pero yo te lo digo.

EL SARGENTO: ¿Acaso hay un pasatiempo más agradable, para quien no está enamorado sino solo llevado por la ociosidad, como la compañía de una villana que no sabrá cómo responder a sus galanterías?

EL CAPITÁN: En mi vida, ni aun de paso, jamás me ha divertido porque desde el momento en que una mujer no está vestida con elegancia y coquetería, siento que ante mis ojos ya no es una mujer.

EL SARGENTO: Y bien, yo me contento con la primera que llegue. Vamos allá, ¡rediez!, que yo la tomo para mí.

EL CAPITÁN: ¿Quieres saber cuál de nosotros tiene razón? El que adora a una bella, dice viéndola: “He ahí una dama” y no: “Ahí está mi villana”. Por lo tanto, si se llama dama a

quien uno quiere, está claro que una campesina no puede tener derecho al título de dama. Pero, ¿qué es ese ruido?

EL SARGENTO: Es un hombre que, en la esquina, acaba de bajar de su flaca cabalgadura. Por la figura y la silueta se parece totalmente a ese célebre don Quijote.

EL CAPITÁN: ¡Qué figura tan sorprendente!

EL SARGENTO: Partamos, capitán, ya es tiempo.

EL CAPITÁN: Sargento, lleve primero mis efectos adonde debo albergarme y luego vuelva para advertirme.

(Salen)

(Entra Mendo, hidalguelo ridículo, y Nuño).

MENDO: ¿Cómo va el rucio?

NUÑO: Rodando, porque ya no puede tenerse sobre sus cuatro patas.

MENDO: ¿Le dijiste a mi lacayo que lo paseara unos instantes?

NUÑO: ¡Qué lindo pienso!

MENDO: Nada descansa más a los animales.

NUÑO: Yo prefiero la cebada.

MENDO: Y mis lebreles, ¿has dicho que los aten?

NUÑO: ¡Estarán cómodos, pero no así el carnicero!

MENDO: Basta, y dado que acaban de dar las 3, pásame mis guantes y un escarbadiantes.

NUÑO: Como si esa historia del escarbadiantes se la fueran a creer.

MENDO: Si alguno tuviera el atrevimiento de pensar que no he comido un faisán, estoy dispuesto a sostener, aquí y en cualquier parte, que ha mentido descaradamente.

NUÑO: ¿No valdría más que yo mismo me sustentara, en lugar de esperar de usted todo el sustento?

MENDO: ¡Qué tonterías...! A propósito, ¿llegaron los soldados a la aldea esta tarde?

NUÑO: Sí, señor.

MENDO: ¡Pobres aldeanos! ¿No da lástima que tengan que alimentar siempre a sus nuevos huéspedes?

NUÑO: ¿No da lástima ver a aquellos que jamás se alimentan?

MENDO: ¿De quién hablas?

NUÑO: De los gentilhombres de los campos. ¿Jamás se preguntó por qué, señor, jamás les envían a nadie para que los alojen?

MENDO: ¿Por qué?

NUÑO: Por temor a que se mueran de hambre.

MENDO: ¡Que el alma de mi padre y señor descansa en paz! Él me ha dejado grandes títulos de nobleza pintados en oro y azur que me excluyen de semejantes servicios.

NUÑO: Mejor hubiera sido que le dejara ahorrado un poco de oro.

MENDO: Sin embargo, cuando pienso en ello, y si hay que decir la verdad, no tengo con él ninguna obligación por haberme engendrado noble; porque en el vientre de mi madre yo no me habría dejado engendrar si no hubiera sido por un hidalgo.

NUÑO: ¡Eso le hubiera sido muy difícil de saber!

MENDO: ¡En absoluto, nada es más fácil!

NUÑO: ¿Cómo es eso, señor?

MENDO: Deja, que tú no sabes nada de filosofía y, por lo tanto, ignoras los principios.

NUÑO: Y no solo los principios sino los platos del medio y los postres. Su mesa es una mesa divina, sin entradas ni principios, sin medios y sin postres.

MENDO: Yo no hablo de esos principios. Quiero que sepas que el ser que nace es la sustancia del alimento que comieron sus padres.

NUÑO: ¿Así que los padres de usted comían? No ha heredado de ellos esa costumbre.

MENDO: Luego, esos alimentos se convierten en su propia carne y en su propia sangre... Por lo tanto, si mi padre hubiera comido cebollas, al instante el olor me hubiese incomodado y le habría dicho: “¡Papá, no quiero ser el excremento de semejante plato!”.

NUÑO: Ahora digo que es verdad.

MENDO: ¿Qué?

NUÑO: Que el hambre agudiza el ingenio.

MENDO: ¡Imbécil! ¿Acaso yo tengo hambre?

NUÑO: No se enoje, usted, porque si ahora no tiene hambre no quiere decir que no pueda venir. Han pasado ya tres horas y no hay nada que pueda adelgazar nuestras salivas.

MENDO: ¿Y tú crees que eso basta para que yo tenga hambre? ¡Que los palurdos tengan hambre, en buena hora, pero no todos somos de la misma especie y un gentilhombre bien puede pasarse sin comer!

NUÑO: ¡Oh, vamos, que yo no soy un gentilhombre!

MENDO: Y no me hables más de eso, porque ahora entramos en la calle de Isabel.

NUÑO: ¿Por qué, si usted ama a Isabel con un amor tan firme y tan constante, no ha pedido la mano de ella a su padre? De ese modo, usted y el padre de ella, al mismo tiempo, tendrán aquello que les falta: usted, de cenar; y él, nietecillos gentilhombres.

MENDO: No hables nunca de eso, Nuño, ¿El dinero tendría tanto poder sobre mi persona que yo me rebajaría hasta llegar a aliarme con un gañán?

NUÑO: Pero si usted no se quiere casar, ¿a qué vienen todas esas demostraciones de amor?

MENDO: ¿Acaso tengo necesidad de casarme? ¿No está en Burgos el convento de las Huelgas donde habré de llevarla cuando me case? Mira, por si acaso la ves.

NUÑO: Temo que Pedro Crespo nos esté mirando.

MENDO: No creo que se atreva a tocarte, siendo como eres, mi criado. Haz lo que te ordena tu amo.

NUÑO: Obedezco, pero me gustaría más que me ordenara sentarme a su mesa.

MENDO: ¡No hay sirviente que no acostumbre a lanzar refranes!

NUÑO: ¡Albricias! ¡Isabel con su prima Inés aparecen ahora detrás de la reja!

MENDO: Más bien di que el sol se levanta, coronado de diamantes. Hoy se levanta en el horizonte por segunda vez.

(Isabel e Inés aparecen en una ventana. Los mismos).

INÉS: Ven a la ventana, prima mía, y verás la llegada de los soldados.

ISABEL: No me hables de ir a la ventana cuando ese hombre se encuentra en la calle, porque ya sabes, Inés, cuándo me desagrada verlo ahí constantemente.

INÉS: ¡Qué insistencia en cortejarte en todo momento!

ISABEL: No me hace feliz. Hace mal en demostrarme a cada rato sus sentimientos.

INÉS: No deberían molestarte tantos cumplidos.

ISABEL: Entonces, ¿qué debo hacer?

INÉS: Divertirte.

ISABEL: ¿Divertirme con mis disgustos?

MENDO: (a Isabel) Hasta este preciso instante yo habría jurado, palabra de gentilhomme –y el juramento es inviolable– que no había amanecido. Pero, ¿qué tiene de sorprendente? Un segundo día precede a vuestras auroras.

ISABEL: Ya se lo he dicho, señor don Mendo, numerosas veces, que en vano gasta sus tesoros de galanterías llegando con sus locas extravagancias de enamorado hasta mi calle y frente a mi casa.

MENDO: Si las lindas mujeres supieran cuánto las embellece la cólera, la frialdad, el desdén y la injuria, jamás emplearían otro afeitte. Lo juro por mi vida, ¡usted es tan bella! ¡Por favor, dígame otros reproches!

ISABEL: Puesto que decírselos no lo alcanzan, don Mendo, se lo demostraré de otra manera. Vamos, Inés, entremos y cerremos la ventana en sus narices.

(Sale)

INÉS: Señor caballero andante, no busque aventuras en combates semejantes porque otras justas para usted serían más difíciles. ¡Que el amor lo asista!

(Sale)

MENDO: ¡Inés! ¡Las bellezas actúan según su capricho, Nuño!

NUÑO: ¡Cuando uno es pobre, solo recoge desprecios!

(Entra Pedro Crespo)

CRESPO: ¡No puedo entrar ni salir sin ver a ese hidalgüelo pasearse de arriba a abajo por mi calle!

NUÑO: ¡Ahí llega Pedro Crespo!

(Entra Juan)

JUAN: ¿Quiere decir que siempre he de ver a ese fantasma con sus plumas y guantes, rondar nuestra puerta?

NUÑO: Por aquí llega también su hijo.

MENDO: No temas, mantente firme.

CRESPO: ¡Pero, aquí está mi Juanito!

JUAN: ¡Allá llega mi padre!

MENDO: ¡Disimulemos! ¡Que Dios guarde a su merced, Pedro Crespo!

CRESPO: ¡Que Dios lo guarde a usted!

MENDO: (a Nuño) Vamos para el otro lado porque ese gañán es muy ladino.

(Salen Nuño y don Mendo)

CRESPO: (aparte) Qué porfiado es este ser humano. Uno de estos días me las arreglaré de un modo que le duela. Así comprenderá.

JUAN: (aparte) Estoy a punto de enojarme. (a Crespo) ¿De dónde viene usted, padre?

CRESPO: Vengo de tomar aire. A la siesta fui a ver la cosecha. Las gavillas son magníficas, las parvas de heno se parecen a montañas de oro y este oro es de los más finos, porque es el cielo quien ha hecho crecer los granos. Mientras sopla una brisa, las horquillas dejan de un lado la paja y del otro el grano; lo mismo, en este orden de ideas, el más humilde deja lugar al más grave. Dios quiera que pueda guardar todo en el granero antes de que un golpe de viento me lo saque o que una tormenta me lo destroce. ¿Tú, qué hiciste?

JUAN: No sé cómo decírtelo sin que te enojés. He jugado dos partidos de pelota esta tarde y en los dos he perdido.

CRESPO: ¡No está mal si has pagado!

JUAN: No he pagado. Al no tener dinero, he venido a pedirte...

CRESPO: Antes de terminar, escúchame. Hay dos cosas que jamás debes hacer: “No prometer aquello que no podrás cumplir, ni jugar más de lo que tengas para pagar; que si, por accidente, no puedes cumplir con tu compromiso, tu crédito sufrirá”:

JUAN: Yo respeto como tal un consejo que viene de ti; y te pagaré con otro: “Nunca le des consejos a quien te pida dinero!”.

CRESPO: ¡Muy bien dicho!

(Entra el Sargento).

EL SARGENTO: Pedro Crespo, ¿vive por aquí?

CRESPO: Para servirlo a usted.

EL SARGENTO: Llevo hasta su casa los efectos de don Álvaro de Ataide, capitán de los tercios que acaba de llegar esta tarde para alojarse en Zalamea.

CRESPO: No diga más, eso basta porque desde que se trata de servir al rey o a los capitanes del rey, mi casa y mis bienes están a sus órdenes. Mientras esperamos que se prepare el aposento del capitán, deje ahí sus efectos y vaya a decirle que puede venir cuando le plazca; todo aquí está a su servicio.

EL SARGENTO: Llegará en unos instantes.

(Sale)

JUAN: ¿Cómo es posible que siendo tú tan rico consientas en alojar a esa soldadesca?

CRESPO: ¿Y por qué habría de estar exceptuado?

JUAN: Adquiriendo títulos de nobleza.

CRESPO: Por tu vida, dime: ¿es que hay alguien que no sepa que, aunque de linaje honesto, soy un simple villano? No, por cierto. Entonces, ¿qué ganaría adquiriendo del rey títulos de nobleza si no me compro una sangre noble? ¿Dirán entonces que yo valgo más que ahora? ¡No, sería una tontería! ¿Quieres escuchar un pequeño ejemplo que quiero darte? Un hombre es calvo desde hace años y al final, termina por comprarse una peluca. En la opinión de la gente, ¿dejará de ser calvo? No, porque, ¿qué dicen cuando lo miran? Fulano se compró una hermosa peluca. ¿Qué gana, pues, con que no le vean su calvicie cuando todo el mundo sabe que la tiene?

JUAN: ¿Lo que gana, padre mío? Corrige una desgracia, evita los inconvenientes del sol, el frío, la lluvia y el viento.

CRESPO: Yo no quiero un honor postizo y mi casa se quedará tal cual es. Villanos eran mis abuelos y mis padres, villanos serán mis hijos. Llama a tu hermana.

JUAN: ¡Isabel! ¡Isabel! Aquí viene con Inés.

(Entran Isabel e Inés)

CRESPO: Hija mía, el rey nuestro señor —¡que el Cielo conserve muchos años!—, marcha a Lisboa donde se hará coronar rey legítimo de Portugal. A este efecto, las tropas se

dirigen hacia esta ciudad con todo el aparato militar. Y hasta el más viejo tercio de Flandes ha regresado a Castilla, comandado por un tal don Lope quien, según se dice, es el Marte español. Varios soldados vendrán hoy a alojarse en nuestra casa. Es importante que no te vean. También, hija mía, es necesario que te retires de inmediato a tu pieza de arriba.

ISABEL: Padre mío, yo venía a pedirte permiso. Sé que al quedarme aquí, me expongo a escuchar muchas palabras inconvenientes. Mi prima y yo nos encerraremos en nuestra pieza sin que nadie, ni aún el sol, sepa nada de nuestra presencia.

CRESCO: ¡Dios te guarde! En cuanto a ti, Juanito, quédate aquí; tú recibirás a mis huéspedes, mientras voy a buscar algo para ofrecerles.

ISABEL: ¡Ven, Inés!

INÉS: Vamos, prima. Pero estimo que es una locura querer guardar a una mujer si ella no quiere guardarse a sí misma.

(Ambas salen)

(Entran el Capitán y el Sargento)

EL SARGENTO: Esta es la casa, señor.

EL CAPITÁN: Vete a buscar enseguida mis efectos en el cuerpo de guardia.

EL SARGENTO: Primero, quiero buscar a la pequeña campesina.

(Sale)

JUAN: ¡Sea bienvenido a esta casa, señor; es un gran honor para nosotros recibir a tan grande caballero!

EL CAPITÁN: Estoy encantado de conocerlo.

JUAN: Usted perdonará si la casa no es hermosa; mi padre habría querido que hoy fuera un palacio. Fue a buscar algo para su cena porque quiere que usted reciba un muy buen trato y yo voy a vigilar que se ocupen de su aposento.

EL CAPITÁN: Le agradezco sus atenciones.

JUAN: ¡A sus pies!

(Sale)

(Entra el Sargento)

EL CAPITÁN: ¿Qué ocurre, sargento? ¿Lograste ver a esa campesina?

EL SARGENTO: ¡Por Cristo! He buscado por todas partes, piezas y cocina y no la he encontrado.

EL CAPITÁN: Ese viejo palurdo, seguramente la tiene escondida.

EL SARGENTO: Una sirvienta me ha informado que su padre la tenía guardada en una de las piezas de arriba y que le estaba prohibido bajar. Es muy desconfiado.

EL CAPITÁN: ¡Todos estos palurdos son muy astutos! Y bien, si yo hubiera visto a su hija aquí mismo no le habría

hecho caso, pero dado que el viejo ha querido escondérmela, ¡vive Dios!, me han dado ganas de entrar donde ella está.

EL SARGENTO: Pero, ¿cómo va usted a hacer, señor, y qué medios encontraremos para penetrar en esa pieza sin despertar sospechas?

EL CAPITÁN: Solo para desmentirlo quiero verla y hay que encontrar una artimaña.

EL SARGENTO: No hay que romperse mucho la cabeza con semejante persona; la primera que se nos ocurra será suficiente.

EL CAPITÁN: Escucha, tengo una idea.

EL SARGENTO: Está bien...

EL CAPITÁN: Simularás que... pero no, ahí viene un soldado que es más despabilado que tú y que interpretará mejor el papel que he imaginado.

(Entran Rebolledo y La Chispa)

REBOLLEDO: ¡Eh, Chispa! Voy a hablar con el capitán y veremos si acabo por tener suerte.

LA CHISPA: Háblale de una manera honesta, Rebolledo; no hagas, como siempre, locuras y extravagancias.

REBOLLEDO: Trata de prestarme un poco de tu cordura.

LA CHISPA: La poca que tengo te será muy útil.

REBOLLEDO: Espérame aquí mientras le hablo.

(al capitán). Vengo a pedirle a usted...

EL CAPITÁN: Rebolledo, estoy listo a hacer por ti todo aquello que esté en mi poder, porque me gustan tu brío y coraje.

EL SARGENTO: Es un excelente soldado

EL CAPITÁN: Vamos, ¿de qué se trata?

REBOLLEDO: Vea, usted, he perdido todo el dinero que tuve y habría tenido; y aquí me tiene pobre, en el presente, en el pasado y en el futuro. Venía a pedirle que el alférez, bajo la forma de un pequeño socorro en dinero, me dé hoy...

EL CAPITÁN: Entonces, ¿qué es lo que deseas?

REBOLLEDO: Que el alférez me dé la concesión del juego de palitroque, dado que tengo algunas obligaciones que cumplir y soy un hombre honesto.

EL CAPITÁN: Eso me parece muy justo y y le haré decir al alférez que quiero que las cosas se hagan así.

LA CHISPA: (aparte) Pareciera que el capitán está dispuesto. ¡Oh, si yo pudiera encargarme del juego de palitroque!

REBOLLEDO: Yo me encargo de decírselo.

EL CAPITÁN: Antes, necesito tu ayuda para ejecutar un proyecto que tengo en mente.

REBOLLEDO: ¿Entonces, qué espera usted? Cuanto más pronto me lo diga, más pronto lo cumpliré.

EL CAPITÁN: Escucha: yo quisiera subir a ese aposento de arriba para ver si allí se encuentra una persona que quiere esconderse de mí.

REBOLLEDO: ¿y por qué no sube usted?

EL CAPITÁN: Primero, me hace falta una razón, un pretexto para ello. También, yo voy a simular una pelea contigo, tú escaparás corriendo y subirás las escaleras; furioso, yo sacaré mi espada y tú, enloquecido, entrarás en el aposento donde se encuentra la persona que se esconde de mí y a la que estoy buscando.

REBOLLEDO: Comprendido.

LA CHISPA: (aparte) el capitán habla de tal manera a Rebolledo que estoy segura de que me van a dar la concesión del juego de palitroque.

REBOLLEDO: (levantando la voz) ¡Vive Dios! Decir que se le ha acordado lo que yo he pedido, a un ladrón, a un pollo mojado y a un cobarde; y ahora que un hombre de honor se presenta, se lo niegan.

LA CHISPA: Ya está, ¡otra vez se está haciendo el loco!

EL CAPITÁN: ¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?

REBOLLEDO: ¿Acaso no tengo el derecho de enojarme cuando tengo razón?

EL CAPITÁN: No, no la tienes, ni de hablarme en ese tono; y agradéceme que no te castigo por tu insolencia.

REBOLLEDO: Usted es mi capitán, por ello me callaré; pero, por Dios, si tuviera en mis manos mi bastón...

EL CAPITÁN: ¿Qué harías?

REBOLLEDO: Usted me hablaría en otro tono.

EL CAPITÁN: ¿Qué espero para darle muerte a este pícaro?

REBOLLEDO: huyo, pero solo es por respeto a las insignias de su grado.

EL CAPITÁN: ¡Harás bien en huir, que yo te mataré!

LA CHISPA: (aparte) ¡Otra vez está haciendo de las suyas!

EL SARGENTO: ¡Cálmese usted, señor!

LA CHISPA: ¡Escuchen!

EL SARGENTO: ¡Un momento! ¡Escuchen!

LA CHISPA: ¡Se acabó! ¡No tendré mi juego de palitroque!

(Rebolledo huye, el Capitán sale persiguiéndole, espada en mano)

(Entran Juan, con una espada en la mano, y Pedro Crespo).

JUAN: ¡Rápido! ¡Acudan todos!

CRESPO: ¿Qué ha pasado?

JUAN: ¡El capitán acaba de sacar la espada contra un soldado y lo persigue por la escalera!

CRESPO: ¡Qué mala suerte!

LA CHISPA: ¡Suban todos para detenerlo!

JUAN: Ha sido en vano que quisiéramos esconder a mi hermana y a mi prima.

(Salen)

(Un aposento en la casa de don Pedro).

(Isabel e Inés. Rebolledo penetra corriendo).

REBOLLEDO: Señora, dado que un templo siempre ha sido considerado como un asilo, este lugar es para mí sagrado, dado que es el templo del amor.

ISABEL: ¿Quién lo obliga a actuar de esa manera?

INÉS: ¿Por qué motivo entra usted en esta forma?

ISABEL: ¿Quién lo persigue? ¿Quién lo busca?

(Entran el Capitán y el Sargento).

EL CAPITÁN: Yo, que quiero matar a este pillo. ¡Vive Dios!, si lo hubiera pensado...

ISABEL: Deténgase usted, ¿quién me dice que fue porque él vino a refugiarse en mi pieza? Los hombres como usted les deben protección a las mujeres, no por su calidad, sino porque son mujeres. Eso tiene que bastarle a usted, siendo quien es.

EL CAPITÁN: En otro asilo, sea cual fuere, no habría podido salvarlo de mi furor; solo su rara belleza tiene el poder

de hacerlo y es a causa de ella que le perdono la vida a este insolente. Pero, en estas circunstancias, no le sienta bien a usted hablar del crimen que estuve a punto de cometer y que su mano me lo ha impedido.

ISABEL: Señor caballero, si su cortesía nos obliga para con usted, no se aflija tan pronto de nuestra intervención. Le suplico que le perdone la vida a este soldado. Pero, se lo ruego, no reclame que pague la deuda que mi reconocimiento contrajo con usted.

EL CAPITÁN: No solo su belleza es de una rara perfección, sino que su ingenio no es menos raro. Jamás he visto, como ahora veo, reunidos en una misma persona, con tanta gracia, ingenio y belleza.

(Entran Pedro Crespo y Juan, espada en mano. La Chispa lo sigue).

ISABEL: ¡Ay, padre!

CRESPO: ¿Qué ocurre, señor caballero? Cuando mis temores me decían que podía encontrarlo degollando a un hombre, en cambio...

ISABEL: (aparte) ¡Que el cielo me proteja!

CRESPO: ... lo encuentro diciéndole requiebros a una mujer. Se necesita mucha nobleza para que su cólera se aplaque con tanta rapidez.

EL CAPITÁN: A quien el nacimiento le impone deberes debe someterse a ellos; y el respeto que le debo a esta dama ha desvanecido todo mi futuro.

CRESPO: Isabel es mi hija y es, además, una campesina, señor; no es una dama.

JUAN: (aparte) ¡Vive el cielo! Todo esto no ha sido sino una treta para poder penetrar en el aposento de mi hermana ¡Me muero de rabia con solo pensar que ellos crean que me han engañado! ¡No les servirá de nada! (en voz alta) Señor Capitán, habría podido considerar con mayor atención el deseo que tiene mi padre de servirlo con el fin de ahorrarle esta contrariedad.

CRESPO: (A Juan) Juan, ¿con qué derecho te mezclas en lo que no te incumbe? ¿De qué contrariedad estás hablando? Si este soldado lo ha irritado, ¿no debería perseguirlo, acaso? Mi hija, tu hermana, es muy sensible a la generosidad con la cual el señor caballero lo ha perdonado y yo, por las consideraciones que ha tenido para con ella.

EL CAPITÁN: Está claro que no hay otros motivos y lo comprometo a que se dé cuenta mejor, antes de hablar.

JUAN: He visto muy bien de qué se trataba.

CRESPO: ¿Cómo te atreves a hablar en ese tono?

EL CAPITÁN: Si usted no estuviera presente, castigaría a este malcriado.

CRESPO: ¡Deténgase usted, señor Capitán! Yo tengo el derecho de castigar a mi hijo, si quiero; pero usted, no.

JUAN: Y yo, puedo sufrir el castigo de mi padre, pero no lo sufriría de ninguna otra persona.

EL CAPITÁN: ¿Y qué haría usted?

JUAN: Perder la vida por mi honor.

EL CAPITÁN: ¿Qué honor puede tener un villano?

JUAN: ¡El mismo que el suyo! ¡Que si no hubiera labradores no habría capitanes!

EL CAPITÁN: ¡Vive Dios! ¡Que no puedo soportar esto!

CRESPO: Deténgase, que estoy entre ustedes.

(Ambos sacan sus espadas. Gritos de Isabel y de Inés)

REBOLLEDO: ¡Vive Cristo! ¡Chispa, se van a destripar!

LA CHISPA: ¡Ahí viene la guardia!

REBOLLEDO: ¡Atención, es don Lope!

(Entra don Lope, ricamente vestido, apoyándose en un bastón)

DON LOPE: Hombre, ¿qué ocurre! ¿La primera cosa que encuentro, apenas llegado, es una pelea?

EL CAPITÁN: (aparte) ¡Don Lope de Figueroa llega en mal momento!

DON LOPE: ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido? Hablen, que si no, derribo todo, hombres, mujeres y casa. ¡No basta con que haya tenido que subir hasta aquí, con este maldito dolor que tengo en la pierna, que los diablos se la lleven, amén...! Pero, ¿no son capaces de decirme qué es lo que ha pasado?

CRESPO: No es nada, señor.

DON LOPE: Hablen, digan la verdad.

EL CAPITÁN: Pues bien, usted sabrá que yo estoy alojado en esta casa. Un soldado...

DON LOPE: Termine.

EL CAPITÁN: Hizo que tuviera que sacar la espada en contra de él. Huyó y se escondió aquí. Y persiguiéndolo, entré y me encontré con estas dos villanas. Y su padre, o su hermano, no sé bien cuál de ellos, se han enojado porque llegué hasta aquí.

DON LOPE: Dado que he llegado a tiempo, les voy a dar a todos una satisfacción. ¿Quién es ese soldado, díganmelo, que ha dado lugar a que su capitán saque la espada?

REBOLLEDO: (aparte) ¿Acaso voy a pagar por todos?

ISABEL: Ahí tiene al hombre que entró huyendo.

DON LOPE: Que le den dos azotes.

REBOLLEDO: ¡Azotes...! ¿El señor ha dicho azotes? ¿Y quién me los va a dar?

DON LOPE: ¡Azotes, he dicho!

REBOLLEDO: No merezco que me traten así.

LA CHISPA: Esta vez me lo van a estropear a Rebolledo.

EL CAPITÁN: (por lo bajo, a Rebolledo) ¡Por Dios! Rebolledo, cállate, que yo me encargo de sacarte de esta situación!

REBOLLEDO: (por lo bajo, al capitán) ¿Cómo? Yo hablaré porque si yo me callo, me atarán los brazos atrás como hacen con los malos soldados. (en voz alta) (en voz alta) El capitán me ha ordenado que fingiera una pelea para tener la ocasión de perseguirme y entrar aquí.

CRESPO: Usted ve, ahora, que nosotros teníamos razón.

DON LOPE: Nada de eso, porque usted ha expuesto a su aldea a los peores desórdenes. ¡Hola, tambor! Vete a publicar este bando ¡Que todos los soldados regresen al cuerpo de guardia y que ninguno salga durante toda la jornada, bajo pena de muerte! Y para que usted no permanezca más con esta contrariedad (al capitán) y para que usted no prosiga con sus intenciones, con el fin de darles satisfacciones a los dos juntos, usted buscará otro alojamiento. A partir de este día, yo me instalo en esta casa, hasta que salgamos para Guadalupe, donde está el rey.

EL CAPITÁN: Para mí, sus deseos son órdenes.

(El Capitán, La Chispa y Rebolledo salen)

CRESPO: (a Isabel) Regrese usted, hija mía (ella sale. A don Lope). Se lo agradezco, señor, el servicio que me ha prestado impidiéndome que me perdiera.

DON LOPE: ¿Cómo ha dicho? ¿Impidiéndole que se perdiera?

CRESPO: Al dar muerte a quien me había ofendido.

DON LOPE: ¿Sabe usted –¡Vive Dios!– que él es un capitán?

CRESPO: Sí –¡Vive Dios!– . Pero aun cuando hubiera sido general y si hubiese ofendido mi honor, ¡lo habría muerto!

DON LOPE: Y yo, si alguien se atreviera a tocar un pelo tan solo de la ropa del último de mis soldados –¡Vive Dios!– ¡yo mismo lo ahorcaría!

CRESPO: Y yo, si alguien se atreviera tan solo a tocar un átomo de mi honor –¡Vive el Cielo!–, ¡yo mismo lo ahorcaría!

DON LOPE: ¿Sabe usted que, siendo quien es, está obligado a soportar estas cargas?

CRESPO: Con mi hacienda sí, pero no con mi honor. Estoy dispuesto a dar al rey mis bienes y mi vida, pero el honor es patrimonio del alma y el alma solo depende de Dios.

DON LOPE: ¡Vive Cristo! ¡Pareciera que usted tiene razón!

CRESPO: ¡Vive Cristo!, porque soy yo quien siempre tuvo razón!

DON LOPE: Estoy cansado y esta pierna que me ha dado el diablo, necesita descanso.

CRESPO: ¿Y quién le ha dicho a usted lo contrario? A mí, el diablo me ha dado una cama y es para usted.

DON LOPE: ¿El diablo le ha dado su cama? ¿Tendida?

CRESPO: Sí.

DON LOPE: Y bien, voy a desvestirme y a deshacerla, porque... ¡Vive Dios, cómo estoy de fatigado! (aparte) ¿Qué testarudo es este villano!

CRESPO: ¡Vaya usted con Dios! (aparte) ¡Qué cabezotas es este viejo! ¡Creo que no andaremos muy bien que digamos!

JORNADA SEGUNDA

(Una calle. Se ve la casa de Pedro Crespo. Entran Mendo y Nuño).

MENDO: ¿Quién te ha contado todo eso?

NUÑO: Todo eso me lo ha contado Ginesa, su sirvienta.

MENDO: ¿Así que el Capitán, luego de esa pelea, verdadera o fingida, que tuvo en su casa, se ha puesto a cortejar a Isabel?

NUÑO: Y de tal manera que casi no come, como nosotros. No deja su puerta y, en todo momento le envía mensajes. Y quien se los lleva es un soldadito de mala muerte, su confidente que solo tiene una ocupación: ir y venir.

MENDO: ¡Cállate! Es mucho veneno, demasiado mucho, para que un alma pueda beberlo de un solo trago.

NUÑO: Sobre todo, cuando el estómago está vacío y no ha logrado fuerzas para resistirlo.

MENDO: Por un momento hablemos en serio, Nuño.

NUÑO: ¡Quiera Dios que solo haya sido una broma!

MENDO: E Isabel, ¿qué le contesta?

NUÑO: Como a usted. Isabel es una divinidad, bella y etérea; y los vapores de la tierra no empañan su cielo.

MENDO: (dándole un bofetón) Pero ellos se asientan en tu cara.

NUÑO: ¡Y usted se puede agarrar un bonito dolor de muelas! Me ha roto dos de ellas. Pero, después de todo, lo hizo muy bien porque las pobrecitas no me servían para nada, a causa de estar a su servicio. Ahí llega el Capitán.

MENDO: ¡Vive Dios! ¡Si no fuera por el honor de Isabel, ya lo habría mandado al otro mundo!

NUÑO: Más bien piense en su cabeza.

MENDO: Escondámonos para escucharlo. Ven para aquí, conmigo.

(Se retiran)

MENDO: (a Nuño) Puesto que la noche ya extiende sus velos oscuros, es necesario que yo me decida antes de que mi prudencia haya tomado partido. Dame mis armas.

NUÑO: Pero, señor, ¿qué otras armas tiene usted como que no sean las que están pintadas sobre la mayólica, arriba de su puerta?

MENDO: Creo que entre mis arreos hay lo que me conviene para una empresa semejante.

NUÑO: Vámonos sin que el Capitán lo advierta.

(Ambos salen. Entran el Capitán, el Sargento y Rebolledo)

EL CAPITÁN: ¡Ah, Rebolledo, este fuego, esta pasión que yo siento, no solo es amor, es cólera, es rabia, es furor!

REBOLLEDO: ¡Más le hubiera valido, Capitán, que jamás hubiera visto a esa hermosa villana que tantos pesares le causa!

EL CAPITÁN: ¿Qué te ha dicho la sirvienta?

REBOLLEDO: ¿Usted no sabe las respuestas que ella da?

EL CAPITÁN: ¿Es posible que una villana tan pequeña presente una resistencia tan obstinada? ¡Ni siquiera se ha dignado responderme con una palabra de amabilidad!

EL SARGENTO: Dado que tenemos que partir mañana, ¿cómo quiere usted que una mujer lo escuche en un solo día y se lo entregue?

EL CAPITÁN: En un día el sol ilumina al mundo y luego desaparece. Y puesto que la violencia de mi amor en un solo día tuvo tiempo de hacerme desgraciado ¿habría que preguntarse si la felicidad demanda más tiempo para engendrarse que la desgracia?

EL SARGENTO: ¿Cómo haberla visto una sola vez lo empuja a usted a cometer tales exageraciones?

EL CAPITÁN: ¿Acaso no es suficiente haberla visto un solo instante? Un solo momento basta para que una breve chispa provoque un incendio.

EL SARGENTO: ¿No decía usted que las campesinas no podían ser hermosas?

EL CAPITÁN: Jamás he visto una belleza tan perfecta, tan divina. ¡Ah, Rebolledo, no sé qué haría por volverla a ver!

REBOLLEDO: En la compañía tenemos un soldado que canta a la perfección, y La Chispa que es la administradora de mi juego de palitroque, es también la mejor cantadora del mundo de jácaras y canciones. ¡Vamos, señor, haga que se toque música, se cante y se baile debajo de las ventanas de ella! Usted así podrá verla y hasta hablarle.

EL CAPITÁN: Como don Lope se aloja aquí no quisiera despertarlo.

REBOLLEDO: ¿Cómo quiere usted que don Lope duerma con su pierna? Y además, señor, lo peor que nos puede pasar es que nos acusen si es que usted se disimula en medio de nosotros cubriéndose con su capa.

EL CAPITÁN: Aunque no temo las grandes dificultades, mi dolor sobrepasa a todo. ¡Reunámonos todos aquí, esta noche, pero, por el amor al cielo, que no se sepa que yo he dado las órdenes! ¡Ah, Isabel, cuántos tormentos me causas!

(El Capitán y el Sargento salen. Entra La Chispa).

LA CHISPA: ¡Eh, Rebolledo! ¡Eh, Rebolledo! ¡Detente!

REBOLLEDO: Chispa, ¿qué pasa?

LA CHISPA: Hay un pobre desgraciado al que acabo de hacerle un rasguño en la cara.

REBOLLEDO: ¿Y cuál ha sido el motivo de la pelea?

LA CHISPA: Después de haberme quedado como una hora y media lanzando los bolos, haciendo que cuente los tantos, me quiso estafar. Al final me harté y le di una puñalada. Mientras está en el barbero haciéndose vendar, vamos al cuerpo de guardia y yo te rendiré cuentas.

REBOLLEDO: Caes como anillo porque yo me preparaba para una fiesta.

LA CHISPA: Pero eso no lo impide. Aquí están mis castañuelas, ¿qué hay que cantar?

REBOLLEDO: Lo haremos cuando sea de noche, porque la música debe ser completa. Pero no perdamos tiempo. Vamos rápido al cuerpo de guardia.

LA CHISPA: Quiero que el mundo se acuerde de mí y que se hable mucho tiempo de La Chispa y de su juego de palitroque.

(Salen. El jardín de don Lope. Entran don Lope y Pedro Crespo).

CRESPO: Pongan en ese lugar, que es el más fresco, la mesa de don Lope (a don Lope). Usted comerá ahí con el mejor de los apetitos, señor. Los días de agosto solo tienen como recompensa sus noches.

DON LOPE: Este lugar es muy apacible.

CRESPO: Es un lugar de mi jardín que mi hija quiere mucho. El soplo del aire, que pasa entre las hojas blandas de ese emparrado y de esos árboles, mezcla sus agradables murmullos con el ritmo de esta fuente, laúd de plata y de perlas; y los guijarros de su fuente son como las clavijas de sus cuerdas. Perdone usted, si solo resuena la música de dichos instrumentos, sin cantantes, para su descanso sin voces, para que usted se divierta. Pero tratándose de cantores, solo están los pájaros que pían y de noche no quieren cantar ni yo forzarlos. Siéntese y olvide este sufrimiento continuo.

DON LOPE: No podría, es imposible olvidarlo. ¡Que Dios me ayude!

CRESPO: ¡Que Dios lo ayude! ¡Amén!

DON LOPE: ¡Que el cielo me dé paciencia! ¡Siéntese usted, Crespo!

CRESPO: Estoy bien de pie.

DON LOPE: ¡Siéntese usted, se lo digo!

CRESPO: Dado que usted me lo autoriza, señor, lo obedezco, aunque podría excusarme.

(Se sienta)

DON LOPE: ¿Sabe usted lo que advertí ayer? Que la cólera lo había puesto fuera de sí.

CRESPO: Nada es capaz de ponerme fuera de mí.

DON LOPE: ¿Por qué, entonces, ayer usted se sentó sin que yo se lo haya dicho y sobre la mejor silla?

CRESPO: Justamente porque usted no me lo había dicho y hoy que me lo ha dicho, no hubiera querido hacerlo: hay que ser cortés con quien lo es.

DON LOPE: Ayer usted no hacía sino gruñir y jurar, y hoy es el hombre más tranquilo del mundo, el más amable y el más reservado.

CRESPO: Ocurre, señor, que yo siempre respondo con el tono y con el ánimo de quien me habla. Ayer, usted mismo me hablaba de esa manera y era conveniente que la respuesta fuera en el mismo tono que la pregunta. Le diré que tengo como política jurar con quien jura, rogar con quien me ruega. A todos hago compañía y a este punto he llegado que no he podido dormir en toda la noche pues pensaba en su pierna y me he levantado con dolores en ambas piernas para no equivocarme con respecto a cuál de las dos le duele a usted, si es la derecha o la izquierda. Por eso me duelen las dos. Dígame, se lo ruego, ¿cuál es, de las dos? Quiero saberlo, así me duele una sola.

DON LOPE: ¿No tengo grandes razones para quejarme si, después de treinta años de estar en Flandes al servicio de la guerra, expuesto en invierno a las heladas, en verano a los ardores del sol, jamás he tenido reposo y no he sabido lo que es estar una hora sin sufrir?

CRESPO: ¡Señor, que Dios le dé paciencia!

DON LOPE: ¿Y para qué quiero paciencia?

CRESPO: ¡Señor, que Dios no se la dé!

DON LOPE: ¡Que se la guarde! Todo lo que deseo es que dos mil demonios me lleven junto a mi pierna.

CRESPO: Amén. ¡Y si no lo hacen es porque esos demonios son unos inservibles!

DON LOPE: ¡Jesús! ¡Mil veces Jesús!

CRESPO: ¡Que sea con usted y conmigo!

DON LOPE: ¡Vive Cristo! ¡Que me muero!

CRESPO: ¡Vive Cristo! ¡Ya estoy harto!

(Entra Juan trayendo la mesa).

JUAN: Aquí está la mesa.

DON LOPE: ¿Por qué mi gente no viene a servirme?

CRESPO: Soy yo, señor, quien les ha dicho, con su permiso, que no vengán a servirle y que no se preocupen de nada en tanto usted se encuentre en mi casa. ¡Espero, gracias a Dios, que aquí no le falte nada!

DON LOPE: Pues, dado que mi gente no habrá de venir, hágame el favor de llamar a su hija para que ella cene con nosotros.

CRESPO: Juan, dile a tu hermana que venga al instante.

JUAN: Bien, padre.

(Juan sale)

DON LOPE: Mi poca salud debe apartar toda clase de sospechas, por ese lado.

CRESPO: Aunque su salud, señor, hubiera sido lo que yo deseo, tampoco sospecharía de usted. No tiene que agraviar mi devoción. Si le he ordenado a mi hija que se quedara en la alcoba de arriba fue, primero, para que no escuchara impertinencias odiosas. Pero si todos los soldados fuesen tan corteses como usted, habría sido el primero en ordenarle que los sirviera.

(Entran Inés, Isabel y Juan)

ISABEL: Padre mío, ¿qué desea que yo haga?

CRESPO: Isabel, el señor don Lope quiere honrarte pidiéndote que cenes con él.

ISABEL: Señor, soy su servidora.

DON LOPE: Soy yo, señora, quien desea servirla. Quiero que cene con nosotros.

ISABEL: Será mejor que mi prima y yo les sirvamos.

DON LOPE: ¡Siéntese, usted!

CRESPO: ¡Siéntate, Isabel; siéntate, Inés; hagan lo que les dice el señor don Lope.

ISABEL: El mérito reside en la obediencia.

(Ambas se sientan a la mesa. Afuera se siente un rumor de guitarras).

DON LOPE: ¿Qué es esto?

CRESPO: Son soldados que se pasean tocando la guitarra y cantando.

DON LOPE: Sin estas libertades, las fatigas de la guerra no serían soportables. Estrecha es la religión del soldado. Hay que darle campo libre.

JUAN: Después de todo, es una vida agradable.

DON LOPE: ¿Te gustaría venir con nosotros?

JUAN: Sí, señor, siempre que usted me tuviera bajo su amparo.

UNA VOZ (afuera): Aquí estaremos mejor para cantar.

REBOLLEDO (afuera): Vamos, una coplilla en honor de Isabel. Para que se despierte tira una piedra a su ventana.

CRESPO (aparte): La serenata está dirigida a una determinada ventana. Paciencia.

UNA VOZ (Cantando):

Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.

DON LOPE: ¡Qué niñería!

CRESPO: Son jóvenes! (aparte): Si no fuera por don Lope ya les habría...

JUAN (Aparte): Si pudiera sacar la vieja rodela que está colgada en el aposento de don Lope...

(Hace ademán de partir)

CRESPO: ¿Adónde vas, muchacho?

JUAN: Voy a decir que traigan la cena.

CRESPO: De ello se encargarán los sirvientes.

VOCES (afuera): ¡Despierta, Isabel, despierta!

ISABEL (aparte): ¡Qué hice, oh cielos, para merecer semejante insolencia!

DON LOPE: Esto sobrepasa toda medida y no puedo tolerarlo.

(Derriba la mesa)

CRESPO: Sí, señor, es demasiado.

(Crespo derriba una silla)

DON LOPE: Perdone mi impaciencia. Pero, dígame, ¿es posible que me duela tanto la pierna?

CRESPO: Justamente, es lo que me decía.

DON LOPE: Cuando vi que derribaba su silla pensé que se trataba de otra cosa.

CRESPO: Como usted había derribado la mesa, yo no tenía a mano otra cosa para derribar. (aparte): Por mi honor, disimulemos.

DON LOPE (aparte): Si pudiera salir a la calle. (en voz alta): Se me ha quitado el apetito. No quiero cenar. Vamos.

CRESPO: Así sea. Vamos. A sus órdenes.

DON LOPE: ¡Señoras, que Dios las acompañe!

ISABEL: ¡Que el cielo lo conserve!

DON LOPE (aparte): Mi aposento da sobre la calle y creo haber visto una rodela.

CRESPO (aparte): ¡Hay una salida por el patio y no tengo mi vieja espada!

DON LOPE: Buenas noches.

CRESPO (aparte): Encerraré a mis hijos con llave.

DON LOPE (aparte): Quisiera dejar esta casa en paz.

ISABEL (aparte): ¡Cielos! ¡Qué mal disimulan lo que les pasa!

CRESPO: ¡Eh, muchacho!

JUAN: ¿Padre mío?

CRESPO: Tu aposento queda por ahí.

(Ambos salen. La calle frente a la casa de Crespo. Entran el Capitán, el Sargento, La Chispa y Rebolledo, con guitarras, acompañados por soldados).

REBOLLEDO: Aquí estaremos mejor. El lugar es más favorable. Que cada uno haga su parte.

LA CHISPA: ¿Recomenzamos?

REBOLLEDO: Sí.

LA CHISPA: Ahora me siento más cómoda.

EL CAPITÁN: ¡Y esa villana ni siquiera abrió su ventana!

EL SARGENTO: Sin embargo nos han escuchado desde el interior.

LA CHISPA: ¡Esperen!

EL SARGENTO: A costa mía, tal vez.

REBOLLEDO: Atención, ahí viene alguien.

LA CHISPA: ¡Bah! Es ese viejo caballero armado de punta en blanco.

(Entran Mendo con su tizona y su escudo, seguido por Nuño)

MENDO: ¿No ves lo que pasa?

NUÑO: No veo nada pero he escuchado mucho.

MENDO: ¿Quién podría, oh cielos, quién podría sufrir tanta audacia?

NUÑO: ¡Yo!

MENDO: ¿Acaso Isabel abrirá su ventana?

NUÑO: Sí, la abrirá.

MENDO: No, no la abrirá, palurdo.

NUÑO: Y bien, ¡no la abrirá!

MENDO: ¡Ah, cielos, pena cruel! ¡Los echaré a todos de aquí con todo gusto, a golpes de mi espada, pero es conveniente que disimule mis penas hasta que tenga la prueba de que ella es la culpable de todo esto!

NUÑO: Y bien, sentémonos aquí.

MENDO: Muy bien, de ese modo no seré reconocido.

REBOLLEDO: Puesto que el hombre se ha sentado, sí es hombre y no alma en pena, porque se diría que es el alma en pena de un caballero antiguo que ronda para expiar sus culpas, con su escudo a la espalda, ahora podemos cantar.

LA CHISPA: ¡Eso es! Si es un alma en pena, los cantos la distraerán.

REBOLLEDO: Vamos, una coplilla muy alegre y con mucha sangre.

LA CHISPA: ¡Eso es!

(Entran don Lope y Pedro Crespo, cada uno por un lado diferente, con espadas en la mano)

LA CHISPA (cantando):

Érase cierto Sampayo,

los flor de los andaluces,
el jaque de mayor porte
y el rufián de mayor lustre.
Este, pues, a la Chillona
Halló un día ...

REBOLLEDO: La rima quiere que sea un lunes.

LA CHISPA (cantando):

Halló, digo, a la Chillona,
que brindando entre dos luces,
ocupaba con el Garlo
la casa de los azumbres.
El Garlo, que siempre fue,
en todo lo que le cumple,
rayo de tejado abajo,
porque era rayo sin nube,
sacó la espada y a un tiempo
de tajo y revés sacude.

CRESCO: ¡Debía haber sido de este modo!

DON LOPE: ¡Seguro que así ocurrió!

(Ambos se arrojan sobre los cantores, don Mendo y Nuño,
espada en mano, quienes huyen en desorden)

DON LOPE: Huyeron todos. Solo ha quedado aquel...

CRESPO: El que ha quedado debe ser algún soldado...

DON LOPE: Ese también no ha de escapar tan así como así.

CRESPO: Y a ese le voy a hacer probar el gusto de mi acero.

DON LOPE: Tómese las de Villadiego, como los otros.

CRESPO: Huya usted mismo que si no, lo haré huir.

(Ambos se baten con las espadas)

DON LOPE: ¡Vive Dios, qué bien se bate!

CRESPO: ¡No tiene miedo, vive Dios!

(Entra Juan, espada en mano)

JUAN: ¡Ojalá lo encuentre! (a Crespo). ¡Señor, aquí me tiene a su lado!

DON LOPE: ¿Qué veo, no es Crespo?

CRESPO: Soy yo. ¿Es usted don Lope?

DON LOPE: Sí. Yo soy don Lope. Pero, ¿no me había dicho que no saldría? ¿Qué aventura es esta?

CRESPO: Hacer lo que usted mismo ha hecho, tal es mi disculpa y mi respuesta.

DON LOPE: Esta ofensa me concernía y no a usted.

CRESPO: Es inútil fingir. Si he salido a pelear es para hacerle compañía.

SOLDADOS (afuera): ¡Vamos todos juntos para escarmentar a esos villanos!

EL CAPITÁN (afuera): ¡Cuidado!

(Entran el Capitán y los soldados)

DON LOPE: ¡Un momento! ¿Acaso no me ven? ¿Qué significa esta conducta?

EL CAPITÁN: Los soldados se divertían cantando en esta calle, sin atropellos ni tumultos, cuando vinieron a buscarles pendencia y yo vengo a detenerlos.

DON LOPE: Sé bien, don Álvaro, lo que ocurre. Y dado que hoy la aldea está revuelta, quiero evitar lo peor. Como está a punto de amanecer, le doy orden de que reúna a su compañía y abandone Zalamea en cuanto salga el sol. Y que estas cosas no recomiencen porque de otro modo –¡vive Dios!–, ¡yo estableceré la paz, a golpes con mi espada!

EL CAPITÁN: Le doy mi palabra de honor que la compañía partirá en cuanto aclare. (aparte): ¡Esta villana me ha de costar la vida!

(El Capitán y los soldados salen)

CRESPO (aparte): Es caprichudo este don Lope, pero juntos haremos buenas migas.

DON LOPE: Venga usted conmigo, no es necesario que lo encuentren solo.

(Ambos salen. Entran Mendo y Nuño, herido)

MENDO: ¿Es seria tu herida, Nuño?

NUÑO: Si fuera menos sería aún sería mucho más para mí y mucho más me quisiera.

MENDO: Jamás en mi vida he sentido tanta pena.

NUÑO: Ni yo tampoco.

MENDO: Mi cólera era justa. Pero eres tú quien recibió lo peor sobre tu cabeza.

(Se escucha el redoblar de un tambor)

MENDO: ¿Qué es eso?

NUÑO: La compañía, que parte hoy.

MENDO: Es una suerte para mí, así no tendré que temer la rivalidad de ese capitán.

NUÑO: Todos se marchan hoy.

(Entran el Capitán y el Sargento)

EL CAPITÁN: Sargento, usted partirá antes de la puesta del sol con toda la compañía. Recordará que, cuando ese astro desaparezca del horizonte para hundirse en la fría espuma del océano español, yo lo esperaré a la entrada del bosque porque hoy quiero nacer a la vida mientras muere el sol.

EL SARGENTO: Silencio, hay alguien de la aldea.

MENDO (a Nuño): Tratemos de pasar sin que adviertan mi abatimiento. Tú, Nuño, no muestres tu flaqueza.

NUÑO: Lo que yo como, no me permite dar muestras de vigor.

(Ambos salen)

EL CAPITÁN: yo regresaré a la aldea. He sobornado a una sirvienta con el fin de poder hablar con mi bella homicida. Algunos regalos la decidieron a secundar mis intenciones.

EL SARGENTO: Muy bien, señor, pero si usted vuelve, tenga el cuidado de volver bien acompañado porque no hay que fiarse de estos campesinos.

EL CAPITÁN: Lo sé. Usted designará algunos hombres para que vuelvan conmigo.

EL SARGENTO: Haré todo lo que usted me ordene, ¿pero si acaso a don Lope se le ocurriera volver y lo descubriera...?

EL CAPITÁN: Por ese lado, mi amor no tiene nada que temer. Don Lope también parte hoy mismo para Guadalupe donde debe reunir a todo el tercio. Es él quien me lo dijo hace un rato, cuando me fui a despedir. El rey ya está en camino y no tardará en llegar.

EL SARGENTO: Señor, voy a ejecutar sus órdenes.

EL CAPITÁN: Piensa que en esto va mi vida. Vaya.

(El Sargento sale. Entran Rebolledo y La Chispa)

REBOLLEDO: ¡Buenas noticias, señor!

EL CAPITÁN: ¿Qué ocurre, Rebolledo?

REBOLLEDO: Usted me debe por esta noticia una buena propina.

EL CAPITÁN: Habla.

REBOLLEDO: Usted tiene un enemigo de menos.

EL CAPITÁN: ¿Cuál? ¡Dilo rápido!

REBOLLEDO: Ese joven, el hermano de Isabel, viene a la guerra con nosotros. Don Lope se lo pidió a su padre y éste lo ha consentido. Lo encontré en la calle con nuevos trajes y lleno de ardor pero con un resto de su estilo campesino y las primicias de un soldado. De modo que solo nos queda el viejo para fastidiarnos.

EL CAPITÁN: Todo se arregla a las mil maravillas; y, sobre todo si cuento con la ayuda de quien me ha dado esperanzas de que le hablará esta noche.

REBOLLEDO: No dude de ello.

EL CAPITÁN: Volveré esta noche. Ahora voy a reunirme con la tropa que ya está en marcha. Ustedes dos me acompañarán.

(Sale)

REBOLLEDO: Eh, Chispa, seremos dos –¡vive Dios!–, aun cuando vengan otros dos, cuatro o seis.

LA CHISPA: ¿Y yo, qué debo hacer si tú regresas? No me siento muy segura, sobre todo si me vuelvo a encontrar con ese al que hice coser por el barbero.

REBOLLEDO: No sé qué hacer contigo... ¿Dime, no tendrías el coraje de acompañarme?

LA CHISPA: ¿Por qué no? Si no tengo el traje de soldado, no por eso me faltan el ardor y el coraje.

REBOLLEDO: No es uniforme lo que falta. Está el del paje que se fue.

LA CHISPA: Y bien, yo me haré pasar por el paje.

REBOLLEDO: ¡Vamos, la bandera está en camino!

LA CHISPA: Ahora me doy cuenta bien de lo que dice la canción: ¡"El amor de un soldado solo dura una hora"! ¡Vamos!

REBOLLEDO: ¡Vamos!

(Ambos salen. Entran Crespo, don Lope y Juan)

DON LOPE: Le estoy sumamente reconocido por varias cosas, pero por encima de todo por haberme entregado a su hijo. Se lo agradezco desde el fondo de mi corazón y cuento con mi estimación por lo tanto.

CRESPO: Quiero que vea en él a un servidor.

DON LOPE: Y yo me lo llevo como un amigo. Su apostura, su ardor y su gusto por las armas me complacieron infinitamente.

JUAN: Usted puede disponer de mí; ¡verá, con celo lo serviré y cómo lo obedeceré en todo!

CRESCO: Le suplico, señor, que lo perdone si es un poco torpe al servirlo, porque en nuestra rústica escuela donde el arado, la pala, el mayal, la horquilla y la azada son nuestros mejores libros, no ha podido aprender aquello que el buen uso del mundo enseña en los palacios.

DON LOPE: Ahora que el sol ha perdido fuerza, es tiempo de que yo me vaya.

JUAN: Voy a ver, señor, si le han traído su litera.

(Sale. Entran Isabel e Inés)

ISABEL: No queda bien, señor, partir sin despedirse de quien tanto desea servirle.

DON LOPE: No me habría ido sin besarle las manos y sin rogarle que me perdone la libertad que quiero tomarme, porque no es el precio el que hace al regalo sino el servicio que presta. Esa joya, aunque guarnecida de ricos diamantes, no es digna de sus manos. Sin embargo, le suplico aceptarla y llevarla por atención a mí.

ISABEL: Me enoja que usted haya pensado en recompensar tan generosamente nuestra hospitalidad, porque nos sentimos obligadas por el honor que nos ha hecho.

DON LOPE: No es una recompensa, es una prenda de amistad.

ISABEL: Con ese título solo la puedo aceptar. Le recomiendo a mi hermano, dado que se siente muy feliz de que usted lo haya aceptado como uno de sus muchos servidores.

DON LOPE: Se lo repito, no se inquiete por él. Estará conmigo.

(Entra Juan)

JUAN: Señor, la litera está lista.

DON LOPE: ¡Que Dios les guarde!

CRESPO: ¡Que Dios lo guarde a usted!

DON LOPE: ¡Adiós, don Crespo!

CRESPO: ¡Adiós, noble señor don Lope!

DON LOPE: ¡Quién habría dicho, el primer día en que nos conocimos, que nos convertiríamos en tan buenos amigos para toda la vida!

CRESPO: Yo lo habría dicho, si lo hubiera sabido, al escucharlo, que usted era...

DON LOPE (a punto de partir): Un loco de buen capricho.

(Don Lope sale)

CRESPO (a su hijo): Mientras el señor don Lope hace sus preparativos, escucha, hijo mío, delante de tu hermana y de tu prima, lo que tengo que decirte, por la gracia de Dios, Juan, tú provienes de una familia cuyo linaje es más puro que

el sol, pero plebeya. Una y otra cosa te digo: la primera, para que no humilles tu orgullo y tu ardor en forma extremada, ni que, por desconfianza de ti mismo renuncies a elevarte por encima de tu condición; la segunda, para que la vanidad no te pierda. Sé cortés, afable y generoso. Sé liberal, que el sombrero y el dinero hacen muchos amigos pero el oro que el sol engendra en tierras de Indias no vale tanto como ser mirado y sobre todo, amado. Nunca hables mal de las mujeres. Con estos consejos y el dinero que te he dado para el viaje y para que te compres dos trajes cuando llegues, con la protección de don Lope y mi bendición, espero que te labres un destino. Adiós, hijo mío, porque siento que hablándote me enternezco.

JUAN: Padre mío, tus razones quedarán impresas en mi corazón; dondequiera que esté, las tendré presente. Dame tu mano. Y tú, hermana mía, bésame. Don Lope, mi señor, ya se ha ido y yo debo reunirme con él.

ISABEL: Mis brazos quisieran retenerte.

JUAN: ¡Adiós prima!

INÉS: ¡No tengo fuerzas para decirte nada pero mis ojos suplen a mi voz! ¡Adiós!

CRESPO: ¡Vamos, vete rápido! Cuánto más te veo más me enojo por el hecho de que nos dejas. Pero es necesario dado que he empeñado mi palabra.

JUAN: ¡Que el cielo los guarde!

CRESPO: ¡Que el cielo sea contigo, hijo mío!

(Juan sale)

ISABEL: ¡Qué cruel ha estado, padre!

CRESPO: Ahora que no está aquí, me siento menos afligido. Después de todo, ¿qué sería de él si se hubiera quedado conmigo? Tal vez un holgazán, un mal sujeto. ¡Que vaya, pues, a servir al rey!

ISABEL: Lo que me fastidia es que haya partido de noche.

CRESPO: Que viaje de noche durante el verano, no es fatiga sino comodidad; y lo que importa es que se una a don Lope lo más pronto posible (aparte). Por más que me he esforzado, la partida de este muchacho me ha enternecido.

ISABEL: Entremos, padre, se lo ruego.

INÉS: Puesto que ya no tenemos soldados, quedémonos todavía un momento en la puerta para gozar del fresco de la noche. Pronto los vecinos saldrán de sus casas.

CRESPO: En verdad, no deseo volver a casa; desde aquí, me imagino, viendo la blancura del camino, que aún contemplo a Juan mientras camina. Inés, vete a traerme una silla.

INÉS: Aquí tiene un banquito.

ISABEL: Se dice que esta noche tendrá lugar la elección de los magistrados y autoridades.

CRESPO: Siempre se hace durante el mes de agosto.

(Se sientan. Entran el Capitán, el Sargento, Rebolledo, la Chispa y soldados).

EL CAPITÁN: Caminen sin hacer ruido. Rebolledo, avanza y vete a advertirle a la sirvienta que estoy aquí.

REBOLLEDO: Voy, ¿pero que veo?, hay gente delante de la puerta.

EL SARGENTO: Y yo, con el reflejo de la luna que ilumina sus caras, creo reconocer a Isabel.

EL CAPITÁN: Sí, más que la luna, mi corazón me ha dicho que es ella. Hemos llegado en un momento favorable y dado que llegamos atrevámonos a todo y la suerte nos favorecerá.

EL SARGENTO: ¿Quiere oír un consejo?

EL CAPITÁN: No.

EL SARGENTO: Entonces no se lo daré. Haga usted lo que quiera.

EL CAPITÁN: Me acerco osadamente y secuestro a Isabel. Usted, espada en mano, impida que me sigan.

EL SARGENTO: Puesto que lo hemos seguido tendremos que obedecerlo.

EL CAPITÁN: No se olviden que tenemos que encontrarnos en el bosque cercano, a mano derecha al dejar el camino.

REBOLLEDO: ¿Chispa?

LA CHISPA: ¿Qué?

REBOLLEDO: Cuida las capas.

LA CHISPA: ¿Acaso conviene sacarse las ropas como si uno fuera a nadar, cuando en realidad va a pelear?

EL CAPITÁN: Yo iré adelante.

CRESPO: Ya hemos respirado el fresco lo bastante, ahora entremos.

EL CAPITÁN: Es el momento. ¡Vamos, amigos!

ISABEL: ¡Ah, traidor! ¿Qué quiere usted, señor?

EL CAPITÁN: ¡El furor y la pasión me arrastran!

(La secuestra y sale de escena con ella)

ISABEL (fuera): ¡Ah, traidor! ¡Padre mío!

INÉS: Voy a esconderme aquí.

(Sale)

CRESPO: ¡Aprovecharon que estoy sin espada, miserables, traidores, cobardes!

REBOLLEDO: Retírese, si no quiere que la muerte sea su último castigo.

CRESPO: ¿Qué me importa estar vivo cuando ha muerto mi honor...? ¡Ah, si tuviera una espada! Sin armas, ¿para qué seguirlos...? ¡Y si fuera buscar las mías, durante ese tiempo los habría perdido de vista! ¿Qué hago, cruel destino? ¡Haga lo que haga el peligro sigue siendo el mismo!

(Inés regresa con una espada)

INÉS: ¡Aquí tiene una espada!

(Vuelve a salir)

CRESPO: Esta espada viene a tiempo... Ahora puedo salvar mi honor. Los perseguiré con mi espada. ¡Suelten la presa, traidores, cobardes...! ¡Liberaré a mi hija aunque me cueste la vida!

EL SARGENTO: Todos tus esfuerzos serán inútiles, Somos más que tú.

CRESPO: ¡Mis desgracias son mucho más numerosas pero todas ellas combaten conmigo...!

(Cae)

REBOLLEDO: ¿Lo rematamos?

EL SARGENTO: ¡Detente! Sería demasiado cruel quitarle al mismo tiempo la vida y el honor... Más vale llevarlo con nosotros y dejarlo atado en el fondo del bosque para que así no dé la alarma.

ISABEL (afuera): ¡Padre mío! ¡Padre mío!

CRESPO: ¡Hija mía!

REBOLLEDO: ¡Llémoslo como tú has dicho!

(Se lo llevan)

TELÓN

JORNADA TERCERA

(Un bosque. Entra Juan)

ISABEL (afuera): ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mío!

JUAN: ¡Qué triste voz!

CRESPO (afuera): ¡Dios mío! ¡Socórranme!

JUAN: ¿Qué son esos gemidos? A la entrada de este bosque mi caballo rodó, me despidió y cuando me levanté ya había huido. Ahora lo busco. De ese lado escucho unos tristes lamentos y del otro, gemidos que parten el alma. No puedo reconocerlos porque me vienen de lejos. Dos llamados reclaman a gritos mi coraje... Dos seres sufren y me llaman para que los socorra... Uno es un nombre. El otro, es una mujer... Primero la socorreré a ella. Seguiré así el doble consejo que me ha dado mi padre: batirme tan solo por una buena causa y honrar a la mujer.

(Sale)

ISABEL (entrando, bañada en lágrimas): ¡Ah, ya no puedo ver la hermosa luz del día que con solo oírla nombrar tengo vergüenza de mí misma! ¡Oh, tú, primavera fugitiva, no permitas que la aurora invada la llanura azul del cielo! ¡Oh, sol, retarda tu camino en medio de la espuma fría del mar! ¿Por qué habrías de revelar al mundo, con mi triste ventura, la más atroz violencia que el cielo haya permitido para castigo

de los seres humanos! Pero, ay!, eres insensible a mis quejas; desde que te rogué que retardaras tu carrera, veo tu rostro majestuoso levantarse poco a poco por encima de los montes. ¿Qué hacer? ¿Dónde ir? Si deajo que mis pasos errantes me devuelvan a la casa de mi padre, qué nueva afrenta para ese pobre viejo que no tenía otro bien, ni otra alegría que mirarse en el puro cristal de mi honor ahora manchado con una mancha innoble. Si por temor y por respeto a él no regreso a la casa, dejaré abierto el camino a las calumnias. Dirán que yo fui cómplice de mi infamia. ¡Cuán equivocada estuve escapando de las manos de mi hermano! ¿No habría sido mejor que con su cólera me diera muerte cuando vio mi triste suerte? Quiero llamarlo. Quiero que vuelva, furioso y vengador y que me dé muerte. Pero escucho gritos confusos que el eco repite...

CRESPO (afuera): Ah, vuelve y mátame y serás un piadoso homicida; dejarle la vida a un desgraciado no es piedad...

ISABEL: ¿De quién es esa voz? Solo pronuncias palabras confusas y apenas si la reconozco.

CRESPO (ídem): ¡Mátame, por favor! ¡Mátame por piedad!

ISABEL: ¡Oh, cielos! Hay otro que llama a la muerte. Hay otro, un desgraciado, que aún vive a pesar de él... Pero, ¿qué veo...?

(Se corre una cortina y descubre a Crespo atado a un árbol)

ISABEL: ¡Con las manos atadas al tronco rugoso de un roble...! ¡Es mi padre!

CRESPO: ¡Hija mía!

ISABEL: ¡Padre mío! ¡Mi señor!

CRESPO: ¡Hija mía! ¡Acércate y desátame estos lazos!

ISABEL: No me atrevo. Una vez que mis manos hayan desatado esos lazos que te retienen, no me atreveré, padre mío, a contarte mis desgracias porque si tú me ves a la vez con tus manos libres y a mí sin honor, tu cólera me dará la muerte y yo quiero, antes, contarte mis penas.

CRESPO: ¡Detente, Isabel, detente! No continúes. Hay desgracias que, para ser comprendidas, no necesitan ser contadas.

ISABEL: ¡Hay muchas cosas que tú debes saber y es obligación que al escucharlas, tu virtud se irrite y que quieras vengarlas antes de que haya terminado! Ayer por la noche, si recuerdas, yo estaba gozando cerca de ti esa tranquila seguridad que tus cabellos blancos inspiran a mi juventud cuando esos traidores embozados en sus capas, que determinan en su audacia robar aquello que el honor defiende, me robaron como el lobo hambriento y sanguinario roba al corderito quejumbroso. Ese capitán, ese huésped ingrato que, al entrar en tu casa introdujo la traición y la perfidia, me tomó en sus brazos, mientras otros traidores, sus soldados, protegían su atentado. Luego me llevó a lo más profundo del bosque donde ahora estamos y que llega a la entrada del pueblo. Aquí mismo, después de haber perdido el conocimiento dos veces, tu voz que me seguía se debilitó y me abandonó. Lo que primero habían sido palabras

diferentes no eran más gritos sino simples ruidos; luego, desparramadas en el viento, no eran gritos sino los ecos de voces confusas. Así, cuando se escucha un clarín que se aleja, lo que queda mucho tiempo en uno mismo, no es la misma música sino el recuerdo de esa música. Viendo que ya no había nadie más que lo siguiera, que no había nadie más que me protegiera, porque la misma luna se había escondido, oh cruel!, ¡oh vengativa!, detrás de las nubes sombrías, esa luz que ella pide prestada al sol, el traidor pretendió, mediante palabras hipócritas, justificar su amor. ¡Qué desvergüenza querer pasar así de la ofensa a la ternura! ¡Malhaya, malhaya el hombre que quiere ganar un alma por la fuerza! ¡Cómo no vio que las victorias del amor no residen en la conquista de un trofeo sino en la confesión de la ternura de la mujer deseada, porque amar sin su consentimiento a una mujer ofendida, es como amar a una mujer sin vida! ¡Cuántas súplicas, a veces humildes, a veces orgullosas le dirigía! Pero en vano, ¡ay!, porque se lo diré, padre mío, orgulloso, grosero, desvergonzado, cruel, audaz, ¡no tuvo piedad! Y lo que la palabra no puede expresar hay que explicarlo por el gesto; de vergüenza yo me cubro la cara, sollozo de desesperación, me retuerzo las manos de rabia, mi pecho se quiebra por la cólera. Comprenda estos gestos porque no hay palabras que los puedan traducir. Me basta con decir que a las quejas, repetidas por los vientos a quienes ya no imploraba socorro del cielo sino su justicia, el alba se mostró y con el alba escuché un ruido entre las ramas. Miro para ver qué podía ser y veo a mi hermano. Él, en la claridad dudosa del alba, se da cuenta del mal que han cometido antes de que nadie se lo dijese; el dolor tiene ojos de lince. Sin decir una

palabra, saca su espada que tú le habías ceñido al cinto en la víspera. El capitán, en vista del socorro que le llega, ¡ay!, tardío, también saca su espada. Uno y otro combaten; este grita, el otro huye y yo, mientras ambos combaten valientemente, pensando con tristeza y temor si mi hermano ignoraba si yo era culpable o no como para no aventurar mi vida antes de haberme justificado, vuelvo la espalda y me escapo hacia lo más profundo del monte, pero no sin antes mirar a través de las ramas porque deseaba saber de qué peligros yo huía. Muy pronto mi hermano hirió al capitán que cayó; iba a rematarlo cuando los soldados que llegaban en busca de su jefe se aprestan a vengarlo. Mi hermano quiso primero vengarse, pero viendo que ellos formaban una tropa, huyó a todo correr. Ellos no pensaron en perseguirlo y antes prefirieron ocuparse del remedio que de la venganza. Se llevaron en sus brazos al capitán en dirección a la aldea, sin inquietarse por su crimen y solo pensando en su herida, Y yo, que había sufrido con ansiedad tantas angustias, confusa, avergonzada, desesperada, corrí al azar, enloquecida, subiendo y bajando a través del bosque, hasta que caí agotada, a tus pies, esperando que me des la muerte, Ya te he contado mis desgracias. Ahora que ya las conoces, dirige con rigor el acero de tu espada contra mi vida. Con el fin de que me mates, mis manos desatarán esos lazos (lo desata) para que aprieten ahora mi cuello infortunado. Yo soy tu hija deshonrada. Ya estás libre. Deseo que mi muerte sirva como alabanza tuya y que digan de ti que, para salvar tu honor, diste muerte a tu hija.

CRESPO: ¡Levántate, Isabel! No te quedes por más tiempo arrodillada. Sin esos acontecimientos dolorosos que nos

atormentan y nos afligen, nuestras penas serían vanas y nuestras felicidades sin precio. Esas desgracias son la herencia de los mortales; hay que aceptarlas con coraje y apretarlas fuertemente contra nuestro corazón. Vamos, Isabel, volvamos rápidamente a la casa; tu hermano está en peligro y tenemos mucho que hacer para saber qué le ha ocurrido y ponerlo a buen recaudo.

ISABEL (aparte): ¡Oh, destino!, ¿qué me reservas? ¡Hay mucha suavidad y mucho disimulo por parte de mi padre!

CRESPO: ¡Pongámonos en camino, hija mía! (aparte) ¡Vive Dios!, si la necesidad de hacerse curar ha hecho que el Capitán vuelva al pueblo, más le valdría morir por esa herida que por aquellas que yo le reservo, porque no cejaré hasta darle muerte! (en voz alta) ¡Vamos, hija, volvamos a la casa!

(Entra el notario)

EL NOTARIO: ¡Señor Pedro Crespo! ¡Le traigo una buena noticia! ¡Lo felicito!

CRESPO: ¿De qué se trata?

EL NOTARIO: Hoy, el Consejo lo ha nombrado alcalde y para que se estrene tiene dos grandes asuntos. El primero, es la llegada del rey, que estará aquí, según dicen, hoy o mañana; el otro, es que los soldados acaban de traer en secreto, para hacerlo curar con gran premura, a ese Capitán que estuvo ayer aquí con toda su compañía. No ha dicho quién lo ha herido, pero si podemos descubrirlo será un gran acontecimiento.

CRESPO (aparte): ¡Oh, cielos, en el mismo momento en que pensaba vengarme, veo que la vara de la justicia me convierte en dueño de mi honor! ¿Cómo podré delinquir yo, si en esta misma hora me nombran juez para impedir que otros delincan? Pero cosas como esta piden reflexión (en voz alta): Estoy muy reconocido por el honor que acaban de hacerme.

EL NOTARIO: Venga usted a la sala del Consejo para que allí tome posesión de su vara y así podrá de inmediato proceder a sus investigaciones.

CRESPO: ¡Vamos! (a Isabel) ¡Retírate a tu casa!

ISABEL: (aparte) ¡Que el cielo tenga piedad de mí! (en voz alta) Debo acompañarlo a usted.

CRESPO: Hija mía, tu padre es alcalde. Él sabrá hacerte justicia.

(Salen. Una casa en Zalamea. Entran el Capitán, vendado, y el Sargento)

EL CAPITÁN: Dado que la herida era ligera, ¿por qué me hiciste venir hasta aquí?

EL SARGENTO: No podíamos saber si era grave antes de que lo curaran. Ahora, su restablecimiento está en buen camino; debemos reflexionar: no conviene poner su vida en peligro a causa de esa herida. ¿Acaso no era imprudente que se expusiera a una gran pérdida de sangre?

EL CAPITÁN: Pero yo estoy curado. Sería un error que nos demoráramos. Partamos antes de que corra el rumor de que estamos aquí. ¿Adónde están los otros?

EL SARGENTO: Aquí.

EL CAPITÁN: Y bien, apurémonos para ponernos fuera del alcance de esos gañanes. Si llegan a saber que estoy aquí, tendremos que irnos a las manos.

(Entra Rebolledo)

REBOLLEDO: La Justicia acaba de entrar.

EL CAPITÁN: ¿Qué tengo yo que ver con la justicia ordinaria?

REBOLLEDO: Digo que la justicia acaba de entrar en esta casa.

EL CAPITÁN: Nada mejor para mi conveniencia. Si supieran que estoy aquí, nada tengo que temer de las gentes de la aldea. Forzosamente, la justicia tendrá que remitirme a mi consejo de guerra y allí, por más penoso que sea el incidente, nada tengo que temer.

REBOLLEDO: El villano ha debido entablar demanda contra usted.

EL CAPITÁN: Yo también lo creo.

(Pedro Crespo, desde afuera)

CRESPO: Guarden todas las puertas y no dejen salir a ninguno de los soldados que están aquí. Y al que quisiera hacerlo por la fuerza, ¡mátenlo!

(Entran Pedro Crespo con su vara de alcalde, el Notario y gentes de la aldea)

EL CAPITÁN: ¿Cómo se atreve a entrar aquí? Pero, ¿qué veo?

CRESPO: ¿Y por qué no? La justicia, según creo, no tiene que pedir permiso.

EL CAPITÁN: Dado que desde ayer usted representa a la justicia, piénselo bien, nada tiene que ver conmigo.

CRESPO: Se lo ruego, señor, no se enoje. Solo vengo con su permiso para hacer una gestión y es necesario que usted se quede un momento a solas conmigo.

EL CAPITÁN: (a los soldados) ¡Salgan de aquí!

CRESPO: (a los otros) Salgan igualmente. (al Notario) Pero cuídeme a esos soldados.

EL NOTARIO: Cuente conmigo.

(El Notario, los campesinos y los soldados salen)

CRESPO: Ahora que me he despojado de mi calidad de alcalde y de representante de la justicia y del respeto que usted le debe para obligarlo a que me escuche, depongo la insignia de mi dignidad y es como hombre que quiero confiarle mis penas. (se despoja de su vara de alcalde). Y dado que estamos solos, señor don Álvaro, hablemos claramente los dos sin que todos esos sentimientos que tenemos encerrados en las prisiones del corazón lleguen a quebrar sus muros de silencio. Soy un hombre de bien. Siempre, entre mis iguales, me han hablado con respeto. El consejo y los notables hacen estima de mi persona. Tengo bastantes bienes porque, gracias al cielo, en la comarca no

hay otro labrador tan rico como yo. Mi hija ha sido criada y educada, según creo, en las mejores ideas, en la virtud y aislada del mundo. Ella es digna de su santa madre, ¡a quien Dios tenga en su reino! Como garantía de mis palabras, creo que me bastará, señor, ser rico, no tener a nadie que murmure de mí, ser modesto y no tener a nadie que me afrente, sobre todo en esta pequeña aldea donde nos damos el gusto de censurar los defectos y las ridiculeces de unos y otros. Y las malas lenguas no faltan. Que mi hija es hermosa, sus acciones de usted lo dicen bastante, aunque me cuesta pensar en ello, Allí reside, señor, toda mi desgracia. Pero no derramemos todavía toda la amargura de la copa, reservémosla para el sufrimiento. Sin embargo, no debemos dejar que las circunstancias lo hagan todo; debemos trabajar lo mejor para que nos sean favorables. Mi dolor, usted lo ve, es tan grande que a pesar de todos mis esfuerzos no lo puedo disimular y, sin embargo, Dios sabe que si pudiera conservarlo en secreto y hundido en lo más profundo de mi ser, yo no estaría aquí, frente a usted. En lugar de hablar me encerraría en mi sufrimiento. Pero con la intención de reparar un ultraje tan manifiesto, de buscar un remedio a mi afrenta, buscar una venganza no es lograr dicho remedio. Yendo de un partido al otro solo encuentro uno que a mí me va bien y que a usted no le sentará mal. Y es que, desde este momento, tome usted toda mi hacienda sin que yo reserve para mí y para mi hijo, a quien traeré para que se arroje a sus pies, ni un solo maravedí, aunque debemos pedir limosna si otro recurso no nos quedara para vivir. Y si usted quiere marcarnos a fuego con un hierro y vendernos como esclavos, todo se agregaría a la dote de mi hija que ahora le ofrezco.

Pero devuélvame el honor que me ha quitado. No creo que el suyo pueda sufrir porque los méritos que sus hijos, señor, podrán perder por ser mis nietos, les serán compensados por la ventaja de tenerlo como padre. En Castilla, dice el proverbio: es el caballo el que lleva la silla (se arrodilla). Mire que se lo suplico de rodillas y mojando con mi llanto mi barba blanca. Al fin, ¿qué es lo que pido? Le pido el honor que usted mismo me ha quitado y, aunque sea mi bien, se lo pido con tanta humildad que pareciera que lo que solicito no es mi bien sino el suyo... ¡Pienso que yo puedo tomarlo con mis propias manos y que no quiero hacerlo sino que sea usted quien me lo devuelva!

EL CAPITÁN: ¡Mi paciencia se acaba! ¡Viejo cansador y charlatán! Agradece que a ti y a tu hijo no les doy muerte con mis propias manos. Gracias a la belleza de Isabel no soy más cruel con ustedes. Si quieres vengar por las armas tu honor, nada tengo que temer y si es por la vía de la justicia, no tienes aquí ninguna jurisdicción sobre mi persona.

CRESPO: ¿Entonces quiere decir que mis lágrimas no lo conmueven?

EL CAPITÁN: Las lágrimas de un viejo no tienen ningún sentido, así como las de una mujer o las de una criatura.

CRESPO: ¿Semejante dolor no tendrá una palabra de consuelo?

EL CAPITÁN: ¿Qué otro consuelo deseas? ¿No te basta con la vida que te perdono?

CRESPO: ¡Piense que estoy de rodillas a sus pies y que llorando le pido que devuelva mi honor!

EL CAPITÁN: ¡Qué enfado!

CRESPO: ¡Piense que ahora soy alcalde de Zalamea!

EL CAPITÁN: ¡Te he dicho que no tienes ninguna jurisdicción sobre mi persona! ¡Es el Consejo de Guerra el que me habrá de reclamar!

CRESPO: ¿Esa es su decisión?

CAPITÁN: ¡Sí, viejo molesto y chocho!

CRESPO: ¿Por lo tanto, no hay otro remedio?

EL CAPITÁN: El mejor sería tu silencio.

CRESPO: ¿No hay otro?

EL CAPITÁN: ¡No!

CRESPO: Y bien, ¡juro por Dios que usted me las pagará! (toma su vara y se levanta). Hola!

EL NOTARIO (desde afuera): ¡Señor!

EL CAPITÁN: ¿Qué pretenden hacer estos gañanes?

(Entran el Notario y los campesinos)

EL NOTARIO: ¿Qué ordena?

CRESPO: Que detengan al señor capitán.

EL CAPITÁN: ¡Qué insolencia! No se puede hacer con un hombre de mi rango y al servicio de su majestad.

CRESPO: Veremos. Usted solo saldrá de aquí prisionero o muerto.

EL CAPITÁN: Ya veo adónde quiere llegar. Soy un capitán en actividad.

CRESPO: ¡Acaso soy un alcalde jubilado! ¡Entréguese prisionero de inmediato ...!

EL CAPITÁN (aparte): No puedo defenderme; será necesario que me deje arrestar. (en voz alta): Me quejaré al rey por esta arbitrariedad.

CRESPO: Y yo también por la suya y puesto que está cerca de aquí, no tardará en escucharnos a los dos. ¡Entregue su espada!

EL CAPITÁN: No es conveniente que...

CRESPO: ¿Cómo no, si va usted preso?

EL CAPITÁN: Tráteme con respeto.

CRESPO: No tenga miedo de ello. Condúzcanlo con respeto a la prisión, y con respeto colóquenle los grillos en los pies así como una cadena al cuello y vigilen, con respeto, que no hable con ninguno de sus soldados. Igualmente, pongan a estos en calabozos separados, para luego, con respeto, interrogarlos a los tres. (al Capitán): Y finalmente, entre nosotros, con respeto, les tomen declaración. Y si los cargos

se prueban, con muchísimo respeto, ¡habré de colgarlos, lo juro por el Cielo!

EL CAPITÁN: ¡Ah, los villanos con poder!

(Los campesinos se llevan al capitán. El Notario vuelve trayendo a Rebolledo y a La Chispa vestida de paje)

EL NOTARIO: Este paje y este soldado son los únicos a quienes he podido arrestar; el otro huyó.

CRESPO: ¡Este es el pícaro que canta! ¡Le daré una vuelta de cogote para que cante la última copla de su vida!

REBOLLEDO: ¿Qué crimen hay con cantar?

CRESPO: Reconozco que es una virtud tanto más cuanto que tengo un instrumento que te hará cantar mejor. Prepárate a declarar lo que sabes.

REBOLLEDO: ¿Qué?

CRESPO: Todo lo que pasó ayer por la noche.

REBOLLEDO: Tu hija sabe mejor que yo.

CRESPO: O morirás ...

LA CHISPA (por lo bajo): Rebolledo, niega todo con desparpajo y si niegas te cantaré una jacarandina.

CRESPO: A ti, luego te haré cantar.

LA CHISPA: A mí no me pueden dar tormento.

CRESPO: ¿Podemos saber por qué?

LA CHISPA: La ley lo prohíbe.

CRESPO: ¿Y qué razones invocas?

LA CHISPA: Una razón capital.

CRESPO: Dínosla.

LA CHISPA: ¡Estoy preñada!

CRESPO: ¡Qué desvergüenza! Pero nada de cólera. ¿Acaso no eres un paje?

LA CHISPA: ¡Un paje de pega!

CRESPO: Más te vale declarar lo que tú sabes.

LA CHISPA: Declararemos todo lo que quieran y aún más de lo que sabemos: peor sería morir.

CRESPO: Eso les evitará la tortura.

LA CHISPA: ¡Dado que es así, puesto que nací para cantar, vive Dios!, yo cantaré! (cantando): Tormentos me quieren dar.

REBOLLEDO (cantando): ¿Y qué quieren darme a mí?

CRESPO: ¿Qué hacen?

LA CHISPA: ¡Preparamos el instrumento porque vamos a cantar!

(Salen)

(La casa de Crespo. Entra Juan)

JUAN: Después que herí al traidor, luego que tuve que huir por la llegada de los soldados, he recorrido todo el monte, me introduje en todas las espesuras sin poder encontrar a mi hermana. En efecto, por eso me atreví a volver hasta la aldea y regresar a mi casa donde debo contarle todo a mi padre. Él me aconsejará todo lo que yo debo hacer para salvar a la vez mi vida y mi honor.

(Entran Isabel e Inés bañadas en lágrimas)

INÉS: Deja de lado tanto sentimiento. ¡Vivir en semejante desesperación no es vivir, es matarte!

ISABEL: ¡Ay, Inés!, ¿quién te ha dicho que yo no odio la vida?

JUAN: Le diré a mi padre...(divisando a Isabel) ¿Acaso no es Isabel? ¿Por qué esperar?

(Saca su daga)

INÉS: ¡Primo!

ISABEL: ¡Hermano mío! ¿Qué quieres hacer?

JUAN: ¡Vengar así la circunstancia que ha comprometido mi vida y mi honor!

ISABEL: Escucha...

JUAN: ¡No! ¡Te mataré, vive Dios!

(Entra Pedro Crespo, con su vara en la mano)

CRESPPO: ¿Qué es esto?

JUAN: Padre mío, es satisfacer una injuria, es vengar una ofensa y es castigar...

CRESPO: ¡Basta, basta! ¿Cómo te atreves a aparecer por aquí?

JUAN (aparte): No comprendo.

CRESPO: ¿Cómo te atreves a presentarte así, delante de mí, cuando tú acabas de herir a un capitán en el bosque?

JUAN: ¡Padre mío, si he llegado a ese extremo fue en defensa de tu honor!

CRESPO: ¡Vamos, Juan, basta! ¡Hola!, ¡que también lo lleven a la cárcel!

(Entran los campesinos)

JUAN: ¿Cómo puedes tratar así a tu hijo con tanto rigor?

CRESPO: Y a mi padre lo trataría con igual rigor (aparte): De esta manera aseguro su vida y pensarán que mi justicia es la más rara del mundo.

JUAN: Por lo menos, escucha mi defensa para saber que, habiendo herido a un traidor también he querido dar muerte a mi hermana.

CRESPO: Lo sé, pero no basta que lo sepa yo, como yo. Es necesario que lo sepa como alcalde y para eso es necesario hacer una información sobre el acontecimiento. Y hasta que no conste qué culpa te incumbe o no, debo mantenerte en prisión. (aparte): Lo sabré justificar.

JUAN: Es imposible comprender cuáles son los fines que persigues. Tu honor está perdido y tú mandas a detener a quien acaba de devolvértelo y conservas a tu lado a quien te lo quitó.

(Lo llevan a la cárcel)

CRESPO: Isabel, ven a firmar esta demanda que tú misma has redactado contra quien te ha ultrajado.

ISABEL: ¿No eres tú, padre mío, quien quería esconder esta ofensa que lloramos y que ahora quieres hacerla pública? Dado que no la has podido vengar, trata al menos de callarla. Dispénsame, te lo ruego, de una formalidad tan penosa; no es por ese medio que se repara mi honor.

(Sale)

CRESPO: Inés, pon aquí mi vara de alcalde. Puesto que ella no ha querido obedecerme, la obligaré por la fuerza.

DON LOPE (desde afuera): ¡Detente, detente te lo digo!

CRESPO: ¿Qué es esto? ¿Quién llega delante de mi casa? ¿Quién entra en ella?

(Entra don Lope)

DON LOPE: Pedro Crespo, soy yo, don Lope. Estaba ya a mitad de camino cuando tuve que volver hasta este lugar por un asunto que me molesta mucho. Y he pensado que, siendo su amigo, no estaba bien que me alojara en otro lugar que no fuera su casa.

CRESPO: Dios le guarde por el honor que usted quiere hacerme.

DON LOPE: No hemos visto a su hijo por allá.

CRESPO: Pronto sabrá la razón. Pero usted mismo me dirá en confianza cuál es el motivo que lo trae; parece muy alterado.

DON LOPE: Se trata de la insolencia más grande que se pueda imaginar; es la locura jamás cometida por hombre alguno; un soldado me alcanzó por el camino y me lo ha contado...Le confieso que estoy alterado por la cólera.

CRESPO: Continúe, usted.

DON LOPE: ¡Que un alcaldito de aquí haga prisionero al Capitán! Y vive Dios, jamás como hoy mi maldita pierna me ha hecho sufrir tanto. ¡Ella fue quien me ha impedido llegar más rápido para castigar a ese insolente! ¡Por Cristo! ¡Lo mataré a palos!

CRESPO: ¡Y bien, creo que usted ha vuelto inútilmente porque dicho alcalde no se dejará matar a palos!

DON LOPE: ¡Quiera que no, lo haré!

CRESPO: No veo la cosa tan clara. No concibo que haya alguien en el mundo que haya podido aconsejarlo tan mal. ¿Sabe usted por qué el alcalde lo mandó a arrestar?

DON LOPE: No, pero sea cual fuere el motivo, que el querellante espere de mí la justicia. Sé tan bien como

cualquiera hacer que las cabezas caigan cuando es necesario.

CRESPO: Creo que usted no comprende bien, señor, lo que un alcalde tiene que hacer de ordinario en su aldea.

DON LOPE: ¡Que es además un gañán!

CRESPO: Puede ser un gañan, pero si se le mete en la cabeza que tiene que dar garrote, ¡vive Dios!, nadie se lo podrá impedir.

DON LOPE: Se lo impediremos, ¡vive Dios! Y si usted quiere saber si yo lo impediré o no, dígame dónde vive.

CRESPO: Vive cerca de aquí.

DON LOPE: ¡Entonces, dígame quién es el alcalde!

CRESPO: ¡El alcalde soy yo!

DON LOPE: ¡Vive Dios! ¡No lo dudaba!

CRESPO: ¡Vive Dios! ¡Usted lo ha dicho!

DON LOPE: ¡Y bien, Crespo, lo dicho está dicho!

CRESPO: ¡Y bien, señor, lo hecho está hecho!

DON LOPE: He venido a liberar al prisionero y castigar este abuso de autoridad.

CRESPO: Y yo lo conservo en la cárcel por el crimen que ha cometido.

DON LOPE: ¿Sabe usted que yo soy su juez natural porque él está al servicio del rey?

CRESPO: ¿Sabe usted que me robó a mi hija en mi propia casa?

DON LOPE: ¿Sabe usted que este asunto es de mi competencia?

CRESPO: ¿Sabe usted con qué cobardía le robó su honor en el monte?

DON LOPE: ¿Sabe usted hasta donde llegan los privilegios de mi cargo?

CRESPO: ¿Sabe usted que le supliqué que llegáramos a un acuerdo y que él se negó?

DON LOPE: Usted usurpa una jurisdicción que no le pertenece.

CRESPO: Ha usurpado mi honor que no pertenecía a su jurisdicción.

DON LOPE: Yo sabré obtener una satisfacción, se lo garantizo.

CRESPO: Jamás he rogado a nadie que haga lo que yo podía hacer por mí mismo.

DON LOPE: Me llevaré al prisionero, le doy a usted mi palabra.

CRESPO: Y yo he dado fin a mi expediente.

DON LOPE: ¿Qué quiere decir usted con eso de “expediente”?

CRESPO: Son hojas de papel que yo coso una con otra a medida que se instruye la causa.

DON LOPE: Lo sacaré de la prisión.

CRESPO: Puede usted hacerlo. Pero le prevengo que he dado órdenes que disparen un tiro de arcabuz sobre el primero que se aproxime.

DON LOPE: ¡Estoy acostumbrado a las balas!(aparte): Más vale no cometer imprudencias en este asunto. ¡Hola, soldado!(entra un soldado): Vaya lo más rápido posible y diga a todas las compañías que están en camino que vuelvan en buen orden, a tambor batiente y con las mechas encendidas.

EL SOLDADO: No es necesario que vayan a buscarlas. Al saber lo que ha sucedido, la tropa ha regresado al pueblo.

DON LOPE: Y bien, ¡vive Dios!, ¡vamos a ver si me entrega o no al prisionero!

CRESPO: Y bien, ¡vive Dios! ¡antes daré fin a lo que debo hacer!

(Ambos salen. La plaza pública de Zalamea. En el fondo, la prisión. Se escucha un redoble de tambor)

DON LOPE (afuera): Soldados, esta es la prisión donde está encerrado el Capitán. Si no nos lo entregan en un instante, incendiadla y si el pueblo se levanta, incendiad a todo el pueblo.

EL NOTARIO (afuera): ¡Tendrán que incendiar la prisión porque no daremos libertad al prisionero!

DON LOPE (afuera): ¡Mueran esos gañanes!

CRESPO (afuera): ¿Mueran? ¿Y por qué? ¿Nada más que eso?

DON LOPE (afuera): ¡Les han llegado socorros...! ¡Adelante, rompan las puertas de la prisión! ¡Adelante!

(Por un lado entran don Lope y sus soldados y por el otro, el rey Felipe II, Pedro Crespo y los campesinos)

EL REY: ¿Qué es esto...? ¿Cómo, en el momento en que yo llego, ustedes hacen todo este desorden?

DON LOPE: Eso ocurre, Majestad, a causa de la más grande temeridad que jamás se haya visto por parte de un gañán y, ¡vive Dios!, si su Majestad hubiera llegado un instante más tarde habría encontrado luminarias por todos los lugares.

EL REY: ¿Qué ha pasado?

DON LOPE: Un alcalde hizo detener a un capitán. Yo he venido a reclamarlo y no quisieron entregármelo.

EL REY: ¿Quién es el alcalde?

CRESPO: Yo, Majestad.

EL REY: ¿Y qué disculpas tienes para darme?

CRESPO: El procedimiento ha establecido que el crimen merece la pena de muerte; una jovencita ha sido secuestrada, fue violada en el monte y el culpable se negó a casarse con ella aunque el padre se lo había suplicado de rodillas.

DON LOPE: Majestad, este hombre es a la vez el alcalde y el padre de la joven.

CRESPO: Eso no tiene nada que ver con el caso. Si un extraño viniera a pedirme justicia, ¿no habría de otorgársela? Entonces, ¿qué hay de sorprendente que yo haga por mi hija lo que haría por otro? ¿No he detenido a mi hijo, por qué no habría de escuchar a mi hija? ¿Que se vea si la causa ha sido bien instruida, que se busque si en ella se ha puesto pasión, si yo he sobornado a algún testigo, si nada se ha cambiado en las declaraciones?, y entonces, si así fuera, que me den muerte!

EL REY (luego de haber examinado el expediente): Bien juzgado, pero usted no tiene la autoridad para hacer ejecutar la sentencia. Ese derecho pertenece a otro tribunal. Él decidirá. Deben entregar al prisionero.

CRESPO: Majestad, mal podré entregarlo. Como aquí solo hay una audiencia, es ella la que ejecuta todos los juicios y este ya ha sido ejecutado.

EL REY: ¿Qué dices?

CRESPO: Señor, si no me cree usted, mire y vea, ¡Ese hombre es el capitán!

(Se abre una puerta y se ve al Capitán a quien le han dado garrote)

EL REY: Pero, ¿cómo tuvieron esa audacia?

CRESPO: ¿No ha dicho usted que la sentencia estaba bien dada? Luego, no está mal su ejecución, entonces.

EL REY: ¿El Consejo no habría sabido hacerla ejecutar también?

CRESPO: Toda su justicia, Majestad, forma un solo cuerpo. Si ese cuerpo tiene numerosas manos, ¿qué importa que a veces sea una y a veces otra quien ejecute la sentencia? ¿Y qué importa un vicio de forma banal cuando el juicio fue justo?

EL REY: Dado que ello es así, ¿por qué siendo el Capitán un gentilhombre, no lo hiciste decapitar?

CRESPO: ¿Usted me lo pregunta, Majestad? Nuestros gentilhombres se conducen tan bien por lo cual nuestro pueblo no ha tenido la ocasión de ejercitar en ellos, como verdugo, el arte de decapitar. Por otra parte, esto le incumbe al muerto. Cuando reclame, veremos; hasta entonces, nadie tiene cualidad para litigar por él.

EL REY: Don Lope, puesto que lo hecho está hecho y la muerte ha sido justamente dada, poco importa el defecto de forma, si la sentencia acertó en lo principal. Hagan partir a las tropas porque debo llegar a Portugal rápidamente. Y que aquí no quede ni un soldado. (A Crespo): En cuanto a ti, te nombro alcalde de este pueblo para siempre.

CRESPO: Usted, Majestad, sabe honrar a la justicia.

(El rey sale con su séquito)

DON LOPE: ¡Dé gracias a la feliz llegada de Su Majestad!

CRESPO: ¡Por Dios, aunque el rey no hubiera estado aquí, ya no había remedio!

DON LOPE: ¿No le habría valido más dirigirse a mí? Si usted me hubiera entregado el prisionero, yo habría hecho reparar el honor de su hija.

CRESPO: Ella entrará en el convento que acaba de elegir y allí tendrá un esposo que no se fija en eso de las calidades.

DON LOPE: Y bien, entrégueme a los otros prisioneros.

CRESPO: ¡Que los liberen al instante!

(Salen todos)

DON LOPE: Falta su hijo. Estando bajo mis órdenes, no puede quedar prisionero.

CRESPO: Igualmente lo quiero castigar, señor, por haber herido a su capitán. Aunque su honor exigía reparación, bien la podía obtener de otra manera.

DON LOPE: Está bien, Pedro Crespo, hágalo venir.

CRESPO: Aquí está.

(Entra Juan)

JUAN (a don Lope): Permítame, señor, arrodillarme a sus pies. Para siempre soy su humilde servidor.

REBOLLEDO: Y yo, no cantaré nunca más en mi vida.

LA CHISPA: Yo sí, cantaré siempre cuando vea ese instrumento que vimos hace un rato.

CRESPO: Y con esto, el autor da término a esta historia verdadera solicitando al público que disculpe sus defectos.

FIN